

VOCES DEL PLATA

MEMORIA FALSA

IGNACIO APOLO

Premio Proyección 1995



ATLANTIDA

MEMORIA FALSA

Ignacio Apolo

**Editorial Atlántida
Buenos Aires - México**

Premio Proyección 1995

a Soledad

UNO

La abuela de Soledad murió en la playa. Estaba con su hija de nueve años de la mano. Imagínate: Mar del Plata, ponéle la Bristol, pero en los cincuenta. O sea, una playa peronista. ¿No te hacés la idea? Yo tampoco. Pero era así; la nena de la mano, nueve años, y la madre al lado, mirando las olas, en la orilla. Un quilombo de gente me imagino yo. Y de repente la madre se va al piso, pum. Y entonces sigue: la separan a la nena, que no ve nada más; la mamá se había caído, y ahora había un montón de gente a los gritos. La separan y se la llevan. La traen a Buenos Aires en coche, andá a saber quiénes, mientras en una ambulancia viaja la madre que ya venía muerta. Cuando la nena llega a ver qué pasó con la madre, entra a su casa y se encuentra el velorio, ¿te imaginás? Llegás a ver qué le pasó a tu vieja y te encontrás su velorio, y tenés nueve años. Ahora no sería así, ahora no pasa nada. Lo único que podés hacer es imaginarte de dónde vienen todas las cosas que ves, pero quién hace eso. Yo no puedo. No me puedo imaginar ni siquiera una playa peronista: el otro día el tano Cicero, un tipo amigo, me contaba del velorio de Evita, la de la ópera rock. Ese fue otro quilombo de gente, en la calle haciendo cola, y dice que venía un tipo y decía: “la gente está esperando

afuera; café con leche y sanguchitos para todos”, y se los traían, pero a todo el mundo, te juro, o eso decía Cicero, que lo debe haber visto. Cada dos por tres te habla del peronismo -y yo siempre fui antiperonista, pero ahora lo comprendo, te dice-, y si no, te habla de títulos de películas italianas. Yo llego a ver una película en italiano y me cago de risa, no me la puedo creer. No puedo ver ni siquiera una película argentina vieja, que me parecen todos una manga de pelotudos. Así que todos esos deben haber sido unos pelotudos también, digo yo, porque si no, no me lo puedo imaginar. Pero estaba con lo de la abuela de Soledad. Se murió en la playa. Ese es un buen comienzo para entender todo, así que hagamos el esfuerzo.

Pensálo en blanco y negro. Ella es gorda de arriba, y las piernas derechas y flacas, como se usaba. Tenía esas mallas con una especie de pollerita, y un peinado muy grueso, así, para arriba. Y la tiene de la mano a la nena, que se debe estar preguntando por qué todo el mundo es así, hacen todos las mismas cosas y se ponen todos juntos. ¿No ven el mar? El mar es otra cosa, es distinto que la gente, tiene otro olor, con espuma y medio frío. Y la arenita que te va envolviendo los pies como una cosa cremosa pero linda; cada vez un poquito más hundidos los dos piecitos; los bordes de la arena parecen como labios. Me concentro con todas las fuerzas en los labios de la arena, que además se mueven como labios envolventes, con color a piel y todo, hasta que dejo de escuchar todos los ruidos salvo el de la espuma que está como siempre apagándose, despacito y largo, pero apagándose. Y entonces la mano se me viene abajo de golpe, con mamá prendida a ella, que hace como un ruido de salpicar con la cara en el agüita, plash, y queda ahí, boca abajo. Es rarísimo porque parece un juego, y a mí me hubiera divertido mucho, pero mamá no haría esas cosas sin avisar y te juro que me asusté. Se me soltó la mano, y cuando miro para los costados veo que viene la gente corriendo y gritando y entonces me pongo a llorar; y cuando veo que la agarran a mamá me pongo a llorar más fuerte y entro a patalear como una loca, hasta que un tipo gordo me alza con dos manotas

así de grandes y me saca corriendo para las carpas. De lo demás, por ahí me olvidé un poco ya, pero me quedó grabada la imagen de los pies en la arena y el ruido que hizo al golpear con la cara en el agua, y eso no me lo olvido más.

Esa era la madre de Soledad cuando era chica, y seguro que la mina no fue de luna de miel a Mar del Plata, y se mandó a Bariloche, como hacía todo el mundo, ¿no viste las fotos? Los recuerdos de Bariloche. Son increíbles. Te los muestran con vergüenza, con una sonrisita así como para que los mires poco, y vos lo que ves es que se la pasaron cogiendo y no se quieren ni acordar, o eso es lo que me imagino yo, aunque para decirte la verdad, ¿quién se las puede imaginar cogiendo todo el tiempo? Es como que te imagines a tu vieja. No. Mi vieja no coge, boludo, yo nací de un repollo mientras mi viejo se iba a laburar y ella hacía de comer. Mi vieja no tuvo nada que ver. Bueno, de eso estoy seguro. Aunque la vieja de Soledad por ahí sí. Ya tenía un mambo con los labios y los piecitos en la arena a los nueve, y eso que eran peronistas y Evita fue virgen antes, durante y después del matrimonio, como la virgen María. La mamá de Soledad debe haber cogido todo el tiempo en Bariloche, y muchas fotos no debe tener. Así era antes; en lugar del viaje de egresados, te casabas y la hacías con tu esposa. Coger, nada más. Ni porro, ni merca, ni cerveza. Bomba y bomba. ¿Te das cuenta? Más te vas para atrás y menos encontrás. No había nada; a veces me pregunto si mi tatarabuelo sabía hablar. Que yo sepa, los guachos se trataban de usted y usaban bigotes tipo mostacho, y reloj con cadenita. No, viejo, a mí no me joden. El mundo tiene veinte años y el resto lo inventó algún genio y nos cagó a todos. Seguro que fue Einstein, que se inventó él mismo y después inventó las maquinitas y todas las cosas, hasta las cosas viejas; inventó la historia y después se volvió loco. Cuando lo quiso explicar, no lo entendió nadie y ahí lo tenés, en todas las fotos igual, y te mira como pensando: los cagó, Einstein los cagó. Pero no me tomés en serio. Alguna joda debe haber, pero no debe ser ésa.

La joda viene de los psicólogos. ¿Nunca te mandaron a un psicólogo? De chico, digo. A todo el mundo lo mandaron. A mí me mandaron, a Soledad también, a todo el mundo. Soledad te cuenta que se curraba la guita y se iba a otro lado, pero no dice adónde, así que ni siquiera debe ser verdad. ¿Qué iba a hacer? ¿A tomarse un helado? No, hermano, cuando tenías que ir al psicólogo, tenías que ir. Para qué, no sé. Para que se queden tranquilos, para que le digan a alguien que te mandaron al psicólogo. Después se dieron cuenta, y siguieron yendo ellos solos, o no. Yo qué sé. Ahora van a la astróloga -la vieja de Soledad va a la astróloga-. Pero la joda viene de los psicólogos, que encima se la creen. Te analizan todas las palabras y después te cuentan siempre la misma historia, a todo el mundo igual, a todo el mundo le pasó lo mismo: se separaron tus viejos y vos no podés hacer nada, porque todo lo que hacés es una cagada, andá a hablar con tu padre de parte de tu madre para que te dé la guita para pagarle al psicólogo; y si se pelean por eso, vení la semana que viene y contame. No me digas que no. De ahí debe venir lo que me pasa.

Te juro que no lo puedo evitar, es más fuerte que yo. Soledad se enojaba todo el tiempo por eso, y es cierto que me hacía sentir bastante tarado. Pero si no lo podía evitar, ahora tampoco puedo. De todo eso me quedó la cosa de explicar, todo te lo explico, a cada cosa que pasa habría que hacerle una historia. Y no te voy a mentir; yo me divierto. ¿Sabés por qué? Porque a mí también se me ocurrió al final lo mismo que se le ocurrió a ella: cuando tenía que contar algo, lo cambiaba todo o lo inventaba. ¡Y no te puedo explicar las conclusiones que me tiraban! Siempre las mismas. Papá y mamá.

Papá y mamá, ¿qué sabrán ellos? Vayas donde vayas llegas a eso. Así que una de dos: o ese asunto de siempre es mentira, o todas las historias son, ¿cómo te digo?, intercambiables. Viene a ser lo mismo contar que pasó esto o lo otro, mezclar todo o mentir terriblemente; si del principio de todas las cosas

se dice **lo mismo** es porque el final es siempre el mismo, en el final estás vos. Así que el pasado es un verso. Palabras. Ahí tenés la historia de la tía Teresa, para ver si te la podés explicar. La tipa tenía como setenta años cuando contaba sus historias. Eran de Mercedes, un pueblo. Ya con eso te podrás imaginar que todo es imposible, ¿viste alguna vez un pueblo? La tía es la que crió a su vez a la tía de una amiga, y las historias se las contó a ella la madre, hace poco. A veces ni yo no me doy cuenta de quién es quién, pero lo que sé es que pasó hace mucho tiempo y a la vez no tanto, si pensás que la que le cuenta esto a la hija alguna vez vio con sus propios ojos a esa tía. Una rosca. La mina faltó a su casamiento. Tenía una casa enorme en Mercedes, con un patio. Se encerró en una pieza y se quedó ahí, y no la sacaba nadie. ¿Y sabés por qué? Le habían dicho que cuando un tipo se la metía por delante, le salía por atrás. Yo me imagino que se lo habrán dicho ese mismo día, andá a saber qué pensaba la mina que era eso de casarse. Lo alucinante es que el novio, colgado, la vino a buscar a caballo, y se le puso a dar vueltas por el patio con una escopeta en la mano. Dicen que anduvo vigilando con la escopeta como un año, o dos, no importa. La mina no salió -peor es que te la metan por delante y te salga por atrás-. Al final, el tipo se habrá cansado o se habrá acostumbrado a montar caballos en vez de minas, y la historia sigue muchos años después. La tía Teresa se quedó encerrada, y ya era grande cuando se casó de nuevo. Debía tener treinta y cuatro, ponéle. Se casó; como lo oís. Le habrán contado, al final, que en condiciones de presión atmosférica normales y si no hay luna llena, lo que entra por delante se queda adelante. Ahí la tenés a la tía Teresa ahora, cebándole unos mates al marido en el mismo patio de la escopeta -el marido era otro-. Lleva casada un par de días, y nunca se sacó esas enaguas que van del cuello a las rodillas. Habrá echo un par de cosas por abajo, pero a quién se le hubiera ocurrido mirar. La tenemos en el patio. Le cebó un mate, se lo retiró hasta una mesita de madera donde estaba la pava. No hablan, porque es el campo y toman mate. Le ceba otro, con espumita, amargo. Cuando se lo acerca, el tipo está muerto.

La tía Teresa se casó a los treinta y cuatro, y quedó viuda unos días después. Guardó luto por el marido siete años, y no salió a ningún lado. Imagínate. La ventana, o la puerta de vidrio, debía dar al patio. Y según dicen, la tía Teresa en toda su vida habrá cogido un par de veces, y jamás hizo nada sin sacarse esas enaguas que van del cuello a las rodillas. La historia termina en el cementerio. La tía iba muy seguido, digamos una vez por semana, a llevar flores a la tumba. Un buen día, un sepulturero viene y le toca el hombro, para decirle algo, mientras la tía lloraba de rodillas en la tumba. ¡Para qué! Sin parar de llorar, se puso histérica, a los gritos. Le había prometido al marido que nunca jamás otro hombre iba a tocarla en su vida, y no viene este sepulturero pelotudo y le toca el hombro... No volvió a ir al cementerio.

Estas son las historias de la tía Teresa, la que crió a la hermana de la madre de mi amiga. A mí me llegaron de ella, ni qué pensar lo que habrá sido escuchar a la vieja. Tenía setenta años, y ahora explicáme esto: la vieja era lo más malhablado que las sobrinas hayan escuchado en toda su vida. Cuentan que contaba todo mezclado con las barbaridades más grandes que te podés imaginar, ¡y era una viejita de setenta años! Andá a hacerte coger, peináte los pendejos, sacátelos de la boca. Cosas así no se habían dicho nunca en Mercedes en el tiempo de la madre de mi amiga, y no creo que las haya vuelto a escuchar salvo en su memoria, hasta el día en que se lo contó a la hija. Ni yo mismo me puedo imaginar a la vieja puteando en la cara de las sobrinas, vieja loca. ¿Cómo me la explicás? Pensá solamente esto: con el primer novio que se acuerda, la madre de mi amiga sólo daba vueltas a la plaza. Salían primero con las madres: las minas dan vueltas para un lado, y los pibes para el otro. Cuando se cruzan, se dicen “buen día”, “buenas tardes”. Después, el pibe le pide permiso para dar vueltas con ella. Entonces empiezan a dar vueltas juntos, sin la madre -que se quedaba, seguro, en un banquito con las otras madres, mirando a las minas-. Un día el pibe le pide permiso para tutearla, y no me creas si no querés, pero la vieja de mi amiga le dice que sí y después no puede

dormir en toda la noche pensando que es una puta. El pibe, al final, le pide que se queden hasta más tarde, para darse un beso. Claro, no se pueden besar si no se hace tarde. Pero acá no importa si ella quiere o no quiere: ella no se convence. El pibe insiste en que si no se quedan no tiene mucho sentido “seguir la relación”. Y la madre de mi amiga le dice, escuchá bien, le dice: *Entonces, adiós*. Y se las toma. No lo vio nunca más -cómo se hace para no ver a alguien nunca más en un pueblo, no tengo idea-. Ojalá esta ciudad fuera a veces como un pueblo, para cruzarme a Soledad en una plaza alguna vez.

Viejas hijas de puta, malhabladas, habrá habido siempre. Ahora imagináte a las sobrinas oyendo las historias. Ahí se te va todo a la mierda. Si hasta a mí mismo me pasa, con mi propia historia, lo de no creer. Me acuesto a la noche, boca arriba en la oscuridad, y me acuerdo de Soledad. La veo reírse de cualquier cosa y ponerse seria al mismo tiempo, la veo tropezarse con algo y caerse de espaldas contra el ropero y nos volvemos a cagar de risa. Ella se agarra la panza para reírse, y yo me levanto y voy al baño. Prendo la luz y aparezco en el espejo. Soy yo pero no soy ése. Esa cara que está en el espejo nunca la vio a Soledad. Nunca la miró de cerca y la besó sin cerrar los ojos, nunca escuchó repetir rápido, uno tras otro, te amo, te amo, te amo, mientras hacía el amor. Esa cara en el espejo ni siquiera estaba recordando a Soledad, solamente se levantó de noche para ir al baño y no le importan demasiado la cosas. Yo no soy yo en el espejo; y como la vieja hija de puta que nunca se sacó la enagua, yo cuento la historia de Soledad llena de malas palabras, que son una mierda. Nunca van a servir para decir la verdad. Y te vuelvo a repetir que a mí no me joden: yo podría saber cómo pasaron las cosas, pero cuando me encuentro acordándome o contándolas me doy cuenta de que todo eso es imposible, que lo único que pasa es el agua que cae por el inodoro, y yo lo sé porque le escucho el ruido al mismo tiempo. Cuando el ruido se acaba, se acaba la historia.

Soledad era mala para contar cosas; salvo dos o tres, que eran cortas y te dejaban mucho peor que a ella misma, que parecía no darles importancia y así te dabas cuenta de que sí, que eran terribles. La muerte de su abuela fue una de esas. La marca en la cara era otra. Yo estaba con ella en el Once, en Corrientes y Pueyrredón, y era bien de noche, en un día de semana, así que te imaginarás que estábamos como arrojados a la mierda de la ciudad. No podíamos volver todavía al departamento de Fernanda porque la mina tenía que terminar sus cosas con un pibe. Y como no la metías a Soledad ni a palos en un bar -decí que no llovía-, andábamos por ahí entre los coreanos de la noche. Se parece al *wild side*, le digo. Esta ciudad no tiene *wild side*, dice ella. Eso es verdad. El *wild side* es de negros, negros-raza, no negros negros. Así era para ella, y lo que era para ella era para mí. Amo a los negros, yo quisiera ser negra, decía siempre, y yo la agarro en seguida: no me vas a venir con otros negros que no sean los negros-video, los negros Los Angeles; amo esa ciudad, me decía, y yo amaba New York y ahora sé que estaba totalmente equivocado. Si no estás en L.A. ("el ei"), sos "rasta", y si no, matáte. M-TV se pone en el living, ahí también

están los negros, y ahora creo que la hacía sufrir tanto estar en el Once de los coreanos como estar en la calle sin un walkman; la calle se inventó para poder escuchar el walkman. Decíme si la calle no es como un video; yo ni en pedo me tomo un bondi sin poder escuchar música, y no hay nada que me rompa más las pelotas que encontrarme con alguien que te quiere hablar arriba del colectivo; tenés que apagar el walkman y hablar nada: qué hacés, cómo andás, adónde vas, adónde te bajás -por favor bajáte rápido-. Yo vivo haciéndome el boludo en los bondis, y lo único que me haría falta son un par de negros jugando al basquet -este país no existe-. Estábamos en Once y nos pusimos a hablar un rato. Nos habíamos sentado en una vidriera, zapatillas *Nike* y una foto de Michael Jordan. *Nike* también estaba en un cartel de arriba de un edificio, qué sé yo por qué me acuerdo de eso. Se me mezcla un poco todo -estoy reloco- y esto de la marca en la cara se me aparece en la cara de Jordan. ¿Viste esa foto de frente donde estira el brazo de cuatro metros con una *Gatorade* verde en la mano? La foto es blanco y negro, y el tipo se ríe. Bueno, yo lo veo con una marca en la cara, porque cuando Soledad me la mostró, la marquita digo, casi no se le veía. Esta me la hizo mi viejo, me dijo. A la mierda, le dije yo.

Soledad tenía una marquita en la mejilla derecha, como una cicatriz chiquita, y bueno, ella era demasiado linda, no me quiero meter ahí porque me pongo idiota. Claro que es la mina más linda que conocí en mi vida, no voy a ponerme a explicártelo, igual no me creerías; es muy largo de contar y cada vez que me meto, aunque sea para decir cómo eran sus orejas, me duele el estómago, brother, y me parece tenerla acá, para masticarla y comerla a pedacitos. Dejémoslo ahí. Tres años dice que tenía. Y el viejo le cruzó la jeta con la hebilla del cinturón. Hay que ser animal. Estaba siempre de la merca, dice, un falopa de aquéllos. Yo pienso, ¿existía la merca en esa época? Si existía la merca en esa época, entonces es todo mentira, ¿te das cuenta? No lo de Soledad; eso es verdad. Es todo mentira lo que te cuentan, hermano. Las películas de Palito Ortega, las fotos de Bariloche

y Siglo XX Cambalache, ese programa de garcha de Fernando Bravo y Teté Coustarot. ¿Te das cuenta que nada existió? Lo único cierto fue Jim Morrison y Janis Joplin, que además eran yankis, y a este país de mierda lo inventaron después. ¿Cómo puede ser que el padre, que era un cantante de televisión tipo Palito -exacto, era famoso, tocaba la guitarra y cantaba onda “La Felicidad”-, cómo puede ser que viviera de la merca? Cuando se casó no era nadie, y después la pegó y se hizo famoso. Y el man no podía estar casado y tener hijos si era famoso. No. Le dijo a todo el mundo que la mujer era su cuñada, que él la estaba cuidando no sé por qué, y que su hijita era la sobrina. Su hija no era su hija cuando salían de casa, y no la dejaba decirle “papá” adelante de nadie, ¿vos podés creer? Dicen que tenía todas las minas el tipo, eso sí te lo creo, y además eran rependejos la madre y el padre. Obvio, la madre es aquélla, la nena de la playa, la mina de las fotos de Bariloche, eso te lo cuento después. Un día van al canal de TV, la madre y Soledad, de tres añitos, y la vieja la manda al camarín con un pullover para el padre, porque hacía frío. Llévale a papá. Y papá, de la merca, estaba con el peluquero, o el maquillador, o alguien. Va la nena y le dice: “tomá, papá”. Y el viejo se levanta y le cruza la jeta de un hebillazo. Le abrió la cara, ¿me oís? La tuvieron que llevar al hospital para coserla. No le pregunté si se acordaba o no, o si se lo habían vuelto a contar. No podía preguntarle mucho. Me colgué con el cartel de *Nike* en la esquina de Corrientes y Pueyrredón y me quedé ahí colgado. ¿Qué te puedo decir? A mí, mi viejo me pegó una vez con un serrucho, pero de canto, y no pasó nada; y mi viejo era un viejo y nada más, y era un buen tipo, un tipo normal. ¿Cómo querés que me imagine a este otro? Vestido de Palito Ortega, raya al costado y pantalones oxford, pero de la merca como los quías de El Dragón en el Abasto, cuando tocan los Caballeros de la Quema, brother; lo nuestro es otra cosa, y no tenemos hijos. Ahora en televisión están todos de la bocha, y hasta el presidente se da para que tengan todos y repartan, rinoscopía y efedrina, y es todo lo mismo, pero la Historia es otra cosa. Imagínatelo a

San Martín de la cabeza, usando el cuadrito de Sarmiento de la escuela primaria para cortar un par de líneas; es como pensar que la señorita Leonor, la de séptimo grado -una vieja- cogía con el de gimnasia en los recreos; estamos todos locos. A Soledad, el padre le cruzó la cara con una hebilla cuando tenía tres años, y si cuando lo pienso así me pongo loco y digo todas estas cosas, no quiero saber lo que pensaría ella. Nada.

Obvio. Ella no pensaba nada. Ahí está la diferencia. A ella las cosas le pasaban, o le dejaban de pasar, y cuando le dejaban de pasar no se daba cuenta. Y cuando le pasaban, le pasaban. Siempre se enojaba conmigo si yo la cortaba un poco para pensar las cosas. ¿Para qué vas a analizar?, me decía. ¿Vos también me querés analizar? Los psicólogos te cagan la vida; a mí me analizaron hasta los quince años, ¿y? Te enroscan, te enroscan, y ellos son los que menos entienden entre toda la rosca. Las cosas son simples, dos palabras: esto es así, y esto ya fue. ¿Y las palabras? A las palabras se las lleva el viento (lo habrá leído en una revista, o se lo dijo la abuela, porque era una frase bastante boluda). Y yo me pregunto, ¿a las personas también se las lleva el viento? Porque sino, ¿dónde carajo estás, Soledad? La odio. Me repito todas las mañanas: ya fue, ya fue, ya fue, y la odio más. ¿Sabés lo que me hizo, lo sabe ella? No tenés la más puta idea. Me hizo algo muy jodido. Y ahora lo sé. Me grabó un montón de cosas en la cabeza, y no se me van de ahí. Me grabó cosas que no puedo sacar. No me puedo olvidar de nada. Y ahora decíme para qué te sirve el recuerdo, para qué te sirve la memoria esta. ¿Podés -si estás recordando- podés vivir? ¿Podés ir a bailar, conocer un par de minas? ¿Podés comprarte ropa, escuchar música; podés laburar, podés cagarte de risa? ¿Podés mirar unas películas, jugar unos videos, viajar a Estados Unidos, tomar sol, darte lámpara? ¿Podés ver revistas, mirar a Tinelli, ir a ver a los Rollings? Podés, claro que podés, cuando te metés la memoria en el orto podés. El presente es lo que ella me cagó, creo. De todas maneras me diría jodéte. Y tendría razón. Todo el mundo entiende mejor que yo las cosas, no importa si está en Pachá, la Nave

Jungla, un boliche gay, si corre por el under; en la vida todos saben mejor que yo lo que hay que hacer, a menos que seas un viejo, o que vivas como si tuvieras treinta años. Con una birra en la calle ya me siento mejor, salvo algunas noches. No interesa. ¿No recordarás un poquito de algo, vos? Por ahí tenés en alguna parte también esta enfermedad. Habría que curarse haciendo *covers*, eso pensé el otro día. Hay que cantar los temas viejos, que nadie se acuerda, y tocarlos ahora como ahora, hacerlos nuevos, ¿te das cuenta? Hacés un *cover* y el tema viejo no existe más, ¿o vos te creés que queda algún bolero viejo? Son todos de Luis Miguel, preguntále a las minitas que le tiraban las bombachas en la cancha de Vélez si no. Es como conseguir una mina hecha de nuevo -la cirugía estética también te cambia el cerebro- o no conseguir nada; ¿qué voy a conseguir yo, al final? Contarte una historia entera. Aunque Soledad me mataría si se enterara. Igual te la voy a contar. ¿Sabés qué fue de su viejo? Se fue con la secretaria del programa de televisión. Soledad, a los tres años y de la mano de la madre, se quedó con las ganas de ir al zoológico. Y ahora que electrificaron los alambres de los animales, en el zoológico privado, me imagino que no le gustaría. Salvo los orangutanes, que los donó el dueño de Medicorp para acordarse de cuando era chico y había orangutanes, unos animales más feos que la mierda. Parecen gente.

Te tengo que contar lo que pasó con ella. Tiene que ver con Maradona y con la Plaza de Mayo. Así es mi cabeza a veces. Te lo cuento tal cual como yo lo pienso, empezando por el principio. Una vez pasé por la Plaza de Mayo. No, miento, pasé dos veces; la vez anterior había ido a la Catedral con la escuela, yo estaría en tercer grado. No me acuerdo nada. Había un granadero que caminaba con las piernas abiertas, y una lámpara de Aladino con fuego que no se apaga nunca. La otra vez que pasé fui a hacer un trámite, de esos trámites de mierda que te mandan y no me preguntes de qué, debía tener el frasquito de meo en la mano, típica del secundario -ir de un lado para el otro con un frasquito de meo en la mano-. La plaza es un lugar increíble.

Gente, palmeras y palomas; pero dicen que sirvió para dos cosas, aunque ahora se ve que le encontraron otro uso mejor: está cerca de los bancos, donde los manes manejan la guita del país y son los únicos que no usan el movicom para pelotudear. Si te presentás de promotor de movicom te lo dicen; cuando quieras vender, se vende así: el movicom es para hacer guita, usted quiere hacer guita, compre uno. Pero antes la plaza sirvió para otra cosa, no me digas que no sabés porque todo el mundo lo sabe, todo el mundo hizo el dibujito de la lluvia, los paraguas y el Cabildo. Antes de los movicom hicieron quilombo en la plaza. Dos quilombos para ser exactos, aunque para dibujar tengas que dibujar uno solo. La plaza la llenaron French y Beruti primero, y Perón después. La primera vez, eran todos nabos. Se pintaban patillas y bigotes con corcho quemado, se quedaban abajo de la lluvia, y decían siempre lo mismo: el pueblo quiere saber de qué se trata. Buen lugar para preguntar, digo yo: nunca me enteré de qué se trataba. Pero el pueblo era así, cuando quería algo, iba a la plaza, ¿te imaginás? Se tomaban la galera o la diligencia, se ponían pantaloncitos blancos de puto, onda Manuel Belgrano, y salían al balcón. No pasa nada, circulen, circulen, no pasa nada, hicimos la primera junta, la junta grande, la junta militar. Si quieren saber qué pasa, peguen las estampitas en el cuaderno: Saavedra, Castelli, Paso, Mariano Moreno. El que no trajo las estampitas me da el cuaderno de comunicaciones y le pongo una mala nota para sus padres: “su hijo se porta mal”. ¿Sabe lo que hizo su hijo? Tenga cuidado, si le dan un caramelito en la calle, que no lo agarre. Los terroristas, los subversivos. Yo había dibujado un millón de cabecitas juntas, era como la cancha de Boca. Perón en el balcón, con un micrófono, así como me contó mi tío el ferroviario, que era un tío raro, no sé si de mi vieja o de mi viejo, o de ninguno; el tío Pereyra, mal tipo. Un día se fue porque andaba en algo. Pero yo me había copado, porque él me dijo: ¿viste la cancha de Boca? Era así, los muchachos en la plaza y el General en el balcón. Dibujáله eso, un millón de compañeros cantando la marcha, “y todos juntos la vuelta vamo’a dar”. Me confundí un

poco, creo: en lugar de 25 de mayo de 1810 le metí 17 de octubre, y se armó el quilombo. Me mandaron a la dirección. Yo dije que era la cancha de Boca, y fue peor, ¿vos qué te creíste que es la escuela, una cancha de fútbol; qué te pensás que son los héroes de la Patria, quién te metió esto en la cabeza? Vamos a tener que hablar con tus padres. Fue mi tío, les digo. Y ahí se callaron. Mi vieja salió seria y muda de la dirección, y el bife cruzado que me encajó cuando lo nombró al tío es el primer recuerdo en serio que tengo de la Plaza de Mayo, puta que la parió. A ese tío no lo vi más, dibujé como veinte Cabildos con paraguas y lluvia, y todos los días tenía que recitar la primera junta, de ahí que todavía me la sé: Saavedra, Castelli, Paso. Mierda. Después me enteré, en el secundario, lo que era esa poronga del 17. Me enteré viéndolo a Herminio cuando quemó el ataúd, los peronistas son todos unos negros de mierda, si vuelven me voy del país, decían en casa. Hoy es San Perón y llenamo'la plaza, mirá qué asco. En cambio Alfonsín los hacía llorar; decía con la democracia esto y lo otro y mi vieja se ponía a llorar. Ese era el 25 de mayo, lo otro era el 17. Bueno, más vale que me enteré de otras cosas después. Todos chorros. Siempre me dio un poco de miedo saber algo más, pero al final creo que me enteré, y ahí se cruza todo esto con Soledad, no te pienses que te cuento estas historias al pedo. Te las cuento con esa manía mía que le molestaba tanto a ella, pero qué puedo hacer, si me sale así. Es que justo el día de la efedrina de Maradona, Soledad desapareció. ¿Cómo me voy a olvidar del pueblo argentino, si lo llevo grabado en la cabeza con el recuerdo de Soledad, la puta madre? El mismo día que la pierdo a ella, un rato antes, me doy cuenta de lo que decía el tío ferroviario sobre la gente que cruzó un puente de garcha, hace cincuenta años. Estoy completamente loco, porque sentí un montón de cosas. El tío decía que todo el pueblo siguió a su líder, un coronel al que lo habían metido preso. Y el pueblo entero salió a la calle y se fue a la plaza, el general en el balcón. Ahí me di cuenta lo que era Maradona, el Diego, para todos nosotros; y nunca tuve tantas ganas de abrazarme con el pueblo argentino como cuando salí a

la calle aquel día. Le hicimos el aguante al Diego en el obelisco, un poco más tarde. Pero hasta mi vieja dijo que no había podido dormir esa noche cuando se enteró, hasta mi abuela estaba remal. En la tele, llamaban las tipas grandes y se ponían a llorar, que Dieguito era como un hijo. Lo cagó Havelange, le hicieron la cama. Era salir a la calle y darse cuenta de que el país entero pensaba en una sola cosa, todo el mundo estaba triste, los tacheiros escuchando la radio te ponían una cara y vos otra, y así te entendías con todo el mundo sin hablar una palabra, el país de luto. Salieron a hablar boludeces por la tele, y todo el mundo a las puteadas, de la cabeza, y Neustadt y Julio Grondona, el de la AFA, aprovechándose. Al Diego lo queremos, lo llevamos adentro del corazón. Y después se va todo al carajo, y hasta parece la misma historia, porque el general también se las tomó, mucho antes de que se fuera el tío ferroviario, y medio país se la agarró contra él, como después se llenó la boca medio mundo. Pero somos muchos más los que decimos que el Diego es un sentimiento, y hasta al más jodido de los periodistas se le cae un lagrimón cuando ve en su casa, sin que lo vea nadie a él, el gol contra los ingleses que tiene grabado, y el Diego que se levanta, con el puño cerrado y el grito en la boca, el grito de un país, la película de los héroes, Diego Armando Maradona. ¿No viste a la periodista de canal 2 que se puso a llorar viendo la nota en villa Fiorito? Yo todavía me abrazo a la tele cuando el Diego grita su último gol de cara a la pantalla, y todos besamos la camiseta, la celeste y blanca, y somos todos argentinos. Carajo. Después, horas después, Soledad había desaparecido.

El treinta de junio de 1994 entendí la diferencia entre el 25 de mayo y el diecisiete de octubre. Al final de ese día y de esa noche, iba a empezar a preocuparme por otra cosa, que con el tiempo se termina pareciendo porque es otra diferencia, la diferencia de estar con alguien y recordar a alguien. Porque de repente, Soledad no estaba más. ¿Y no es como si estuviera? Es como si estuviera. Mirá si la dejara de recordar. Si la dejara de recordar, algún minuto, algún segundo, ¿seguiría estando? ¿Dónde seguiría estando? ¿En el recuerdo de quién seguiría estando? ¿Se acordará de mí? Estoy loco. ¿No empecé a creer una vez que ella debería acordarse de mí permanentemente, como yo me acuerdo de ella, para seguir estando yo también en algún lado? No puedo creer, no puedo convencerme de que ella se olvidó de mí, estoy muy seguro de que se acuerda, todo el tiempo, y por eso yo sigo así, sigo como siendo el mismo tipo, y ella sigue siendo la misma mina. La tengo atrapada. Pero de mí no sale, eso es lo que no entiendo, que no pueda encontrarla, que fuera de mí no sepa dónde está. La busqué, ésa también es la historia. Pero qué pistas puede tener un tipo como yo sobre una mina así, una mina perdida. Pistas. Pensé en un momento que se le había dado por abandonar todo, ¿y de dón-

de lo saqué? De mi cabeza, ¿o quién te enseñó alguna vez a buscar cosas perdidas? Las películas de detectives terminan siendo mentira. Esto no es L.A.; acá nunca desaparece nadie. Esto es B.A., donde siempre somos los mismos, desde que yo me acuerdo. Eso pensaba hasta que Laura me habló de política, pero dejemos eso; Laura puede ser una rayada de mierda, y hay cosas que no tienen explicación. Esto no es como aquello que me contó Soledad, aunque sea parecido. Soledad deasapareció; en cambio, su padre la abandonó. Su padre cae una tarde, un domingo, cuando la iban a llevar al zoológico, a ella y a la mamá, y les dice “las dejo”. La madre no entiende. ¿Adónde nos dejás? “Las dejo, las abandono”. No jodas, se hace tarde. “Me voy. Acá no soy libre, quiero ser libre”, dice y recoge unas ropas. Suena el portero eléctrico, atiende la madre, y es la secretaria del canal. “¿Baja Juan?”. Sí, ya baja, dice la vieja, un momento. Y el padre se las toma; seguro que en un falcon o en un torino blanco, no sé adónde -se habrá ido de luna de miel a Mar del Plata, a la carpa del amor-. Y la vieja se quedó con la nena, abandonada así nomás, y yo no sé si le habrá importado. Llamó a su tía, que se vino a vivir con ella para que pudiera laburar, y así la criaron a la nena, la madre laburando y la tía en la casa. Mirá lo que llega a pensar uno cuando no tiene nada que hacer: me acordaba siempre de la vieja en la playa que se muere con la nena de la mano, y la tía de Soledad que se le muere después en la cama, cuando ella le tiene la mano también. Soledad no era una nena ya, tenía como diecisiete; esas son las cosas que más puedo entender, son cosas que existen, yo también tenía diecisiete y todavía no la conocía. Ahí estaba Soledad -vestida de secundario la veo yo- flaquita y linda, al lado de la cama de la vieja, teniéndole la mano y sin hablar. Y después de eso tampoco habló. Me lo contó una vez. Se quedó sin voz. No sabés qué jodido, me decía, yo quería hablar y no tenía voz, me salía aire y nada más. Me pasé una semana con la tía, y no me movía de al lado de la cama todo el tiempo; era horrible. Me fui quedando afónica sin darme cuenta, hasta que se me fue la voz del todo, y la tía se murió. Mi tía era la mejor, mi tía era como una mamá para mí, porque me crió desde que era chica y yo

la quería a ella como si fuera mi mamá. Se murió cuando yo tenía diecisiete. Me pasaron cosas rejodidas a mí, por ahí es por eso que soy así, un desastre; no entiendo cómo hacés para decirme que me querés, ¿no ves que soy un desastre? Me llevaron al médico y dijo que yo sola iba a volver a hablar; que me dejen así, tranquila, y anduve como tres semanas con el papelito para pedir cosas. Pero no iba al colegio porque no podía decir nada. Y después, el médico tuvo razón y empecé a hablar; “qué bajón” -dijo y se reía de mirarme-. La gente no tendría que hablar; odio a los tipos que están todo el día de acá: que bla, bla, bla, bla, como vos, cosita, que estás todo el día dándole al talking al pedo, talking, talking, cosita, y yo te miro, porque sos cosita y no te das cuenta. Talking. No me enojé porque me abrazó y me dio un beso; era así de jodida cuando se ponía dulce, no le podía decir nada. Después se reía, con un abrazo; no sabés lo que era esa mina. Tenía una especie de perfume cuando te abrazaba, y un calor que le salía del sweater; tan copado que me daba vuelta, y al final nunca supe si le gustaba que yo le hablara y me cargaba, o si lo que le gustaba era interrumpirme en cualquier momento. Pero lo que te decía es que todo era distinto esta vez: antes su viejo había ido a avisarles que las dejaba, el muy hijo de puta, en cambio ella no dijo nada. Yo no entiendo. Al principio me enojé tanto que me convencí de que se fue por un rollo con su vida, así, sin decir nada, el mismo puto día de la efedrina. Pero eso no puede ser cierto. Hubiera hablado, creo, porque esas historias de gente que se va era lo único que contaba bien. Pero no dijo nada. Odiaba al padre, falopa de aquéllos, y a su madre la trataba como a una pendeja más, que por ahí hacía la misma vida que ella. De la tía nunca hablaba nada; no quería o no sabía hablar de las cosas buenas. Pero nada de esto puede explicar su desaparición, ¿me entendés? Yo estaba como enojado, hasta que pasé, te juro, al terror, cuando Laura me habló de política. Esa fue la primera vez que pensé en serio que me quería morir.

La cana no me puede hacer nada. Les dije todo lo que no sabía y lo escribieron a máquina con dos dedos. Ya ni sé las pavadas que me preguntaron, aunque no les importaba mucho.

Cuando fui a la comisaría, fui porque me lo pidieron. Yo todavía estaba convencido de que Soledad se las había tomado, pero no quería ni saber por qué. El cana del mostrador, que no se calentaba por nada, me tuvo ahí esperando como una hora hasta que llegara no sé qué oficial. Mientras, yo lo escuchaba a un chabón, adentro, que se quejaba como llorando, pero no se lo veía. Salió un cana y me pidió que entrara un rato, con otro tipo que venía por una denuncia de choque y que me estuvo hablando todo el tiempo. Pasamos a una especie de calabozo, cómo te explico, igual que los baños de la cancha: pintado de celeste arriba y de azul abajo, y meado también. En un rincón estaba el chabón quejándose, un chabón medio rubio, con unas esposas puestas atrás, diciendo que le dolían, y otro cana que le metía las manos en los bolsillos y le iba sacando cosas. Cada cosa que sacaba la decía, y el otro que nos llamó las anotaba en un papel: dos pesos, dos llaves, un pañuelo, y otras porquerías. El pibe contaba algo como repetido veinte veces: me agarró, decía, me mostró una credencial, una tarjeta, y yo le creí. El cana le contestaba que no podía ser. El chabón le decía que sí, que el guacho estaba vestido de cana, que estaba solo, que lo cagó a patadas, y seguía lloriqueando. Mirá, decía, mirá qué cagada que no me dejó marcado, loco, que no me quebró algo, así se iba a saber. Los canas le volvían a preguntar adónde. No me acuerdo. La cuestión es que al flaco lo cagó a patadas un cana, le puso las esposas y lo dejó ahí tirado con las esposas puestas, y se llevó la llave. Acá se las trataban de sacar, no sabés cómo gritaba el pibe; se ve que le apretaban todavía más. Quedáte quieto que te va a cortar la circulación, le dijeron, y el cana que nos llamó nos sacó del calabozo, de vuelta a esperar, con la listita de objetos para que firmemos. Yo firmé, el tipo también. Y como después salió de una puerta un oficial, me llevaron a un despacho y nunca más volví a ver al chabón. Todavía debe estar con las esposas puestas, creo. Se habrá acostumbrado, y hasta se habrá hecho cana -eso haría yo; para encontrar al cana que tiene las llaves lo mejor es hacerse cana-. En cambio, para encontrar a Soledad lo mejor, pensaba yo, es que

la yuta no se meta -por ahí vuelve, o por ahí avisa algo, o por ahí aparece y la meten adentro a ella y vamos todos hasta las manos-. ¿Qué confianza podés tener en la policía? Si no pueden abrirle las esposas que le pusieron a un chabón, no van a encontrar a una mina que se fue.

¿Cuándo se fue?, me preguntaba el oficial. No sé, el miércoles a la noche, creo. ¿Cuándo la vio usted? El martes. ¿Qué hicieron, dijo algo, adónde se fue? Yo qué sé. No sé ni qué le dije. Me hizo acordar de la Soledad que es mía y que nadie conoce, y no le iba a estar hablando al cana de eso. No sé qué mierda quería saber, pero seguro que no le iba a decir la verdad. La verdad no es para cualquier boludo que piensa que una minita se fue con un chabón sin decirle a la madre; estos canas son así de forros y piensan que todo el mundo hace lo que harían ellos. Verso. Yo no uso bigotitos ni el pelo para atrás con caspa, ni voy a la cancha a repartir palos y tirar gases. Te tratan para el orto porque no tienen aguante; pero dejálos, no te metas con ellos, Soledad los odiaba. Un día la bajaron de un auto, o se bajó ella sola, y el cana se calentó porque no lo trataba de usted, mocosa de acá, mocosa de allá, yo te voy a enseñar un poco de respeto; pero no me contó más. Lo que me imaginé no te lo digo, porque no debe haber sido así, no con Soledad, que era tan tímida conmigo, aunque no lo creas. No le iba a contar a ese hijo de puta cómo fue la última vez que la vi, ni lo que me dijo después por teléfono. “Fue lo más, cosita, fue lo más. Fue todo: fue lindo, fue tierno, fue un cago de risa, fue asqueroso, fue increíble, no le faltó nada”. Y era cierto, no me pidás detalles, ella no es una minita más. Soledad era un sueño en la oscuridad, hermano, cogíamos sin luz y la tengo a ella en la memoria, puedo apagar la luz y escuchar su voz de nuevo, y sus cosas, sin hacer nada. Todavía me habla si quiero, si no prendo la luz. Si me quedo quieto, si abro la ventana y me quedo quieto a la noche, Soledad baja la cabeza arriba mío. La tengo apoyada en el pecho, y le cae el pelo a los costados, el pelo corto hasta la nuca, un poco más, el pelo lacio, el pelo oscuro. ¿Sabés cómo es ella? Es como una sombra

más oscura que la otra sombra. Atrás está la ventana abierta, con los árboles y un par de ventanas más lejos, las ventanas a medio prender -hasta parece la luna que ilumina-. Está la forma de su nariz, una nariz muy chiquita, y de su boca bajando. Hasta las pestañas se le marcan, que son más grandes que sus ojos. El cuellito muy derecho, muy de mina, abajo del pelo, del brillo del pelo, y los hombros levantados, los hombros redondos; la silueta de sus tetas que se me apoyan arriba. Ese es el sueño de la oscuridad, el ángel oscuro que bajó una noche, eso es lo que nunca le digo a nadie, lo que ni siquiera le dije a ella. Son las cosas que pienso solo y que me hacen bien y me hacen mal, que una especie de ángel oscuro bajó de noche y se apoyó arriba mío como un pájaro grandote con cuerpo de mujer. Un ángel más oscuro que la otra sombra, con un nombre así como sagrado, consagrado; me dice Yo soy Soledad, Yo soy el Angel, la Verdad y la Vida, Yo bajo de noche sin que se sepa, para vos solo; y si cerrás los ojos y me dejás de querer, cuando los abras no estoy más. A veces abro los ojos, hermano, y me cago todo. No la veo y es como dejarla de querer. Me asusta. Es lo mismo que la tortura que me hacía mi primo cuando éramos chicos: se tiraba abajo de la cama y me gritaba “salváme, salváme”, levantando un brazo y arrastrándose para adentro. Yo que estiraba la mano y el guacho que se me escapaba a propósito hasta que me hacía llorar. No sé por qué uno es tan tarado de pendejito, pero menos todavía se me ocurre por qué uno sigue boludeando igual de grande. Boludear a veces, muchas veces, hasta hacerse llorar solo, boca arriba, en la oscuridad. Salváme, salváme. Me imagino al Angel de la oscuridad en la sombra boca arriba, me dejaste de querer, me dejaste de querer, me hiciste desaparecer. No. No. No voy a decirle cosas como éstas a un cana hijo de puta que piensa que una minita se fue con un chabón sin que se entere nadie, que me mira como si yo fuera un pobre boludo y se ríe para adentro cuando me pregunta si era mi novia o qué. Andáte a la puta que te parió. Le dije que no, que era una amiga, y el cana se ríe, me parece, y veo que tiene una foto de Soledad entre unas hojas y que la mira un rato,

como pensando si yo me la cogía o si se la podía coger él y cómo sería, y bueno, perdón, soy un cagón, yo pido perdón porque no hice nada, ni dije nada, y hasta me parece que estaba como temblando y tenía la boca seca, y le pedí por favor que haga todo lo que pueda para encontrarla, que por ahí se había perdido, o la habían agarrado, o le habían dado algo, no sé.

El cana me hizo ir. Se estaba riendo para adentro. Había pensado que la minita de la foto tenía cara de puta, que seguro se encontró un quía que se la cogía bien, algún tipo grande y con guita para irse un par de días, seguro que a Mar del Plata. Cuando se calmen, Soledad va a llamar, le va a explicar un par de cosas a su vieja y va a volver a buscar ropa. La vieja también es atorranta: apenas se entere o apenas lo vea al tipo de guita se queda tranquila, si no le pide que le presente algún amigo. Me dice el cana que me quede tranquilo; si en un par de días no llama, que vuelva. Ellos van a dar aviso ahora. Y cuando vi la foto en canal 7 apagué la televisión, a las dos de la mañana. La cana había avisado "...que se ausentó de su domicilio el día treinta de junio de 1994, vistiendo jeans azules gastados". Y esa fue la única imagen que eligieron de Soledad para pasar en la tele, la foto que lo calentó al cana, la foto en medio bloque del programa de Mauro Viale, la imagen de la madre llorando, y el asombro que le dio a Viale cuando le preguntó la edad de la nena y la madre le dijo 25. Hasta yo pensé lo mismo, lo que él no dijo, pero la madre llorando era mejor que Mauro Viale dudando, y eso fue todo lo que se pensó del caso, que nunca iba a servir para hacer un capítulo de Sin Condena, y no había cadáver ni violación ni profesores ni padres falsos y verdaderos, no había droga ni sexo ni rock and roll, no había nada, ni siquiera una madre que convenza o un grupito de amigos que hicieran una marcha del silencio ni sacaran la virgen a la plaza, ni una película, ni siquiera una canción; solamente un nombre muy gastado, muy usado -cómo te explico-, no deberías ponerle a tu hija María Soledad, porque le van a decir "Sol" -que Soledad odiaba tanto por concheto- o te van a hacer un chiste, te van a decir que sos como el caso María Soledad. Mirá vos, andá a ponerle a tu hijo Ubaldo Matildo, ponéle Moria, Ramón Ismael,

ponéle Saúl, Diego Armando, Luis Miguel, ponéle cualquiera. Un amigo de mi hermano era arquero de fútbol cinco, Carlos Ruffino, y gritaba cada vez que cortaba una bocha, desde el piso haciendo bardo, gritaba “el monumental, Carlos Fernando Navarro Ruffino”, qué le vas a hacer. Son las cosas que la gente se acuerda. ¿No te pasa que cuando por ahí te acordás de algo te sentís un viejo? Eso lo odiábamos juntos, Soledad y yo. Con lo único que zafábamos era con las series repetidas en la tele, cuando nos copábamos los dos y nos poníamos a repetir las cosas y a cagarnos de risa. Maxwell Smart y la noventa y nueve, el jefe y el robot Jaime -decíme si alguna vez antes de Homero Simpson hubo algo más grande que Jaime-. Un día se escondió en lo de Max porque lo habían echado de Control, y se hizo ama de casa. Le lavaba la ropa, le limpiaba, le planchaba y le cocinaba; y cuando Max un día llegó tarde, le armó el requilombo: nunca me llevás al cine, Max, nunca vamos a cenar afuera. Ahí estaba el robot Jaime, cara de Jaime, con un delantal blanco y la palita de la basura en la mano, y Max no lo podía creer, por Dios. “¿Qué te dijo? Que le saque la rodilla del pecho”. Todo esto me deprime. Tenía un tío, otro -no el ferroviario-, que te recitaba la formación de Racing del año del pedo, toda de memoria. No podemos volvernos así, no podemos ponernos a recitar de memoria como los viejos, no podemos sentarnos a hablar siempre de lo mismo, no podemos ser Badía, todo el tiempo con los Beatles. Veinte años esperando a los Stones, hasta eso es mentira, lo diga quien lo diga, lo diga Juanse, Grinbank o Juan Pelotas, yo voy a ver a los Stones porque los Stones me dieron la vida, los Stones me hacen vivir, vivo de los Stones, pero quién carajo dijo que los esperé, yo no esperé a nadie hasta que dijeron vienen los Rolling, dijeron por ahí vienen los Rolling, viene todo el mundo, vienen los Stones, vienen ahora, entonces los esperé. No los esperé veinte años. Un aguante en la cola, y el aguante en River Plate, los muertos que hubo son muertos de ahora, se murieron de aguante, no de memoria.

La madre de Soledad quedó loca, loca de en serio. Es la mina de las fotos de Bariloche, la de la luna de miel. La nena de la playa, la tipa del programa de Viale, una tipa más, que no es morocha como las otras y eso ya estaba mal, ¿te das cuenta? Una tipa que sabía hablar. Se volvió loca por eso. Los que no saben hablar, las paraguayas, esas no se vuelven locas así. ¿Sabés por qué? Te lo digo yo, hermano. Esas tipas no piensan que cosas así no les pueden pasar, esas cosas les pasan y fue, les pasaron. Hacen un bardo chico y vos les creés; punto. Los quías van a ganarse “la luca” en los irrompibles de Tinelli, hacen un cantito, Tinelli se les caga de risa, y listo. Si vuelven a la casa y el cuñado les mató a la mujer, les mató a la mujer. Van y lo matan al cuñado. O van y se consiguen otra mujer. No son Grondona, no la buscan por ahí. Son los periodistas los que se las buscan, se las manejan, se la hacen grossa. Les filman las peleas, los juntan a todos, les ponen palabras difíciles, así como serias, como importantes. ¿Les importa algo? Les importa un carajo. A los periodistas, digo. Van al canal con el Honda, con Hyundai, yo los vi, mirá si les va a importar. No Grondona, que habla con políticos; los otros. Este Grondona está más allá; no le hubiera creído una mierda a la madre de Soledad,

de todas maneras no le hubiera creído; no era importante. Pero a mí lo de Grondona me importa por otra cosa. Si él la hubiera escuchado a Laura, pienso yo, si la hubiera oído a Laura hablar de política, por ahí sí la llamaba. De vez en cuando se habla de esas cosas en el programa, así, con carita de ustedes están de la cabeza, lo que debe ser cierto. Cierto: porque a Laura la conocí en un lugar increíble, andá alguna vez y no salís con vida. Y yo salí por Laura, ¡qué historia! No te voy a contar lo que fui a hacer allá, ¿se puede hablar de eso? Es muy jodido, de verdad. Los monoblocks de Lugano, ¿los tenés? Es una ciudad, es Blade Runner, nada que ver con el *wild side*, Lugano es de en serio. Ahí corre de todo, hermano, no te voy a hablar de eso. Pero ahí, lo que quieras. Y un olor a mierda, hermano, un olor. Son todos negros, pero negros grosos; es el cinturón ecológico, no existe. Yo no me perdí, más vale, si me pierdo no salgo. No te puedo decir con quién estaba, así está bien. Si no querés, no te cuento. Pero me quedé solo con Laura, que casi no hablaba, y se hacía tarde, se hacía de noche. Laura es una mina grande, andá a saber si está viva esa mina, es una mina como inmortal, y lo decía ella misma, yo soy inmortal, no me morí, chaboncito, me decía, la muerte soy yo. Estábamos en un lugar increíble, una especie de departamento lleno de porquerías, pero a la vez vacío, no te puedo explicar, iluminado con velas -yo no sabía porque entré de día, pero Laura las prendió después-. Por qué no entraba el olor ahí, no me puedo imaginar. Ahí había otro olor, como de sahumerio, pero no era ni sahumerio ni porro; como olor a campo, olor a yuyo. Y la mina estaba vestida como de trapos, pero no eran trapos, y abajo tenía flores, un vestido de flores, largo y ancho, un vestido de otra época, un vestido limpio -la mina era limpia-. La mina era linda, la mina era linda y era grande, la mina podía tener treinta, podía tener más de treinta, podía tener cuarenta, no sé, era una mina y no era. La mina había hablado poco, pero ahora hablaba, y me preguntaba cosas. ¿De qué laburás?, me preguntaba. Hago entregas, le digo, con el scooter, con la motito. ¿La trajiste?, me dice. Estás en pedo, le digo, vine en bondi, ¿pasan los bondis de noche? La mina me

mira, me dice pasan, los bondis van y vienen, y se ríe. Y yo me río, hermano, ¿no es reloco? No sé por qué me empiezo a reír con ella, y hasta me pareció linda; era linda, era grande pero era linda. Tenía el pelo negro un poco largo, y hablaba despacito, moviendo las manos también despacio, y a mí me dio la sensación de que la mina sabía un montón de cosas, que hasta sabía quién era yo, qué hacía, cómo me llamaba, todo. Prende las velas, me muestra la pared. Estaba dibujado el Che Guevara, ¿lo tenés? El quía de la boina con una estrellita y la barba, el de la boina. Dibujado con lápiz, creo, con lápiz azul, en toda una pared. Fumamos. Marlboro fumamos. Me hace sentar hablando. Tomamos cerveza, ella tenía cerveza. Hablamos. Le conté un par de cosas. Pero se sentó cerca. Tenía rico olor, no sé qué me dio con los olores, tenía rico olor. No le iba a decir una cosa así, imagináte, imagináte el cagazo que me dio cuando se me acerca para olerme, me huele, te juro, y me dice así, me dice “qué bien olés”. No le entendí; hablaba raro. ¿Vos qué edad tenés?, le iba a decir, o le dije. Me toca y me dice “vos sos un nene”. ¿Qué edad tenés? No tengo edad ahora, antes tenía, tenía veinte y ya era grande, ahora no tengo. Y me toca. Sos lindo. ¿Qué hacés?, le digo. ¿Te doy asco?, dice ella. No. Entonces dejáme tocarte; si querés tocame. Y estaba oscuro. Y ella tenía rico olor; me había dado por los olores, y me tocaba, como si de repente se hubiera convertido en una mina de verdad, pero distinta, y se me puso bien cerca para tocarme y para que la toque, la tela rara, una tela suave; pero la piel era más suave todavía, y si yo le había dado cuarenta ahora también le daba veinte, pero veinte raros, no te podría explicar. Me dio un beso en el cuello y después me dio un beso en la boca, y te digo que fue como si me hubiera enamorado, loco, ¿entendés? Te lo digo así porque después fue diferente, ahí era otro mundo; ni siquiera tenía gusto a cerveza, y yo le metí las manos por abajo de ese vestido, y así fue como cogimos; increíble, te lo cuento y no lo creo, cogimos con un forro que sacó de algún lado, un forro que me puso ella misma, con el pelo en la luz de las velas, en la mitad de veinte años -veinte años antes, ella de veinte años-.

Uno nunca sabe cuánto dura un buen polvo, uno habla por hablar. Pero aquél fue un segundo y fue eterno. La sensación de estar acabando y de que eso nunca va a acabar. No puedo repetir lo que ella decía; hablaba muy raro. Yo le entendía todo en el momento, y después se volvía a escapar. Hablaba de eso, creo yo, decía yo no acabo nunca, ¿no acabás? Soy eterna. ¿De qué hablás? Y ella decía que ahora nadie sabe. Pero acabaste, le digo yo. Eso dicen ustedes, creo que me decía -aunque yo estaba seguro-, eso dicen ustedes. Estoy feliz, seguía, me encantó, ¿te gustó? Sí, le digo; y tenía algo que me hacía decir cosas que no digo, le dije que era raro, que no le podía explicar, que no me esperaba eso, ¿de dónde saliste vos? Yo estoy acá siempre, me dijo, si venís acá, me encontrás. Pero nunca más la volví a ver, aunque esa es otra historia. Yo estaba preocupado. Van a venir y nos van a encontrar así. No, no van a venir todavía, tenemos mucho tiempo; y como le creí, de golpe, me asusté. No te asustes, acá no hay problema, chiquito. Entonces explicáme qué pasa -yo no sabía ni qué estaba preguntando-. Sos un dulce, me dijo, ¿qué pasa dónde? Qué pasa acá. Acá estoy yo en esta noche sin tiempo -te repito lo que me acuerdo; te lo invento un poco, no te rías; era muy grossa la mina- porque el tiempo ya no existe. Afuera dicen que todo terminó, pero yo soy eterna, soy un japonés en una isla del pacífico, soy Laura a los veinte, una llamita encendida como ésta -y tenía un porro encendido en la mano, señalando la brasita, un porro como éste que tengo yo, que te juro que no podría hablar de esto sin fumar, hermano, no me acordaría de nada, y ahora me acuerdo lo que me acuerdo y lo que no, te lo invento-. Afuera terminó todo, el sueño terminó; pero yo estaba acá entonces, acá donde me ves. Estaba sola, y se los llevaron a todos, porque no estaban conmigo, y cuando se fueron no quedaba nadie. ¿No estabas vos?, le digo como entendiendo. Yo no soy nadie, me dice para que no entienda. Hablamos pavadadas, le digo. Hablamos de la vida, me dice ella, y sigue. Yo no soy nadie, yo hubiera sido, de haber salido, hubiera sido lo que los que me conocieron habrán creído que fui, una más, que no soy pero que

es como si fuera -así hablaba la guacha-. Y ahora mantengo la llamita, y señalaba de nuevo la brasa y las velas, pero es como si no la mantuviera, porque nadie la ve. La veo yo. Vos no la ves, vos sos un dulce, todos ustedes son unos dulces, son unos chiquitos dulces; ¿sabés que sos hermoso? No te voy a tocar de nuevo, me aclaró, ahora no te toco, ahora te hablo, y escucháme bien, porque te habla Laura, te habla Laura, acordáte de mí, acordáte de mi nombre, hermoso, si alguno te pregunta vos no sabés dónde estoy, vos también desapareciste un día, porque no sabrías salir de acá si no te sacan y no sabrías volver si no te traen, como en los viejos tiempos. Soledad desapareció, le dije yo, tuca en mano como ahora; qué rápido fumamos cuando hablamos de estas cosas, cuando hablamos de la vida, aquella vez y esta misma vez, hermano. No estoy loco. La nombré porque siempre la busco, aunque no lo diga. Se lo dije a ella. ¿Soledad no está con vos?, le dije y claro, estando del porro me confundía todo. Laura me preguntó por Soledad. Desapareció el puto día de la efedrina, le contesto, el día que lloramos todos e hicimos el aguante, el día peronista, le dije hablando esas boludeces que te conté que pienso, y ahí me doy cuenta de que ella también lloraba. En esta isla terminamos siendo todos iguales, me dice, las penas son de nosotros, me dice -qué buena que era esta yerba, hermano-. Soledad soy yo, me dice. No, le digo, vos estás de la cabeza, vos sos Laura. Soledad se fue, de repente se fue, nadie supo nada, Soledad no estaba. Andaría en algo, me dijo. Andaba en scooter y en los patines de Fernanda cuando se los prestaba, boluda de mierda. ¿Me vas a pegar? Sí, te voy a cagar a palos, le digo. Pegáme. Y cuando le mando una mano así, blandita, me la agarra de repente y me besa; era lo más rápido que vi esa mina; me besa con toda la boca y nos quedamos un rato así hasta cansarnos. Entonces Laura, arriba mío, me acaricia, casi como ella en la oscuridad, me acaricia la cara, me habla bajito y pausado, me dice cosas muy lindas -Soledad me decía que yo tenía una boca de miel- y me empieza a hablar, a hablar de verdad. Fue ahí, en un momento terrible, cuando pensé por primera vez en serio que me quería morir -

esto ya te lo dije-. Laura me habló mucho, me lo explicó todo. Me dijo cosas increíbles, me llenó de miedo. Con palabras que yo había oído de chico, creo, alguna vez, palabras malas, malas palabras, que me hubieran servido para ligarme veinte bifes de mi vieja como la vez del tío ferroviario, pero palabras que me parecían ciertas, palabras muy claras, ¿cómo te explico?, palabras que nunca pude repetir, que ni siquiera me puedo acordar, pero todas ciertas, todas claras, todas terribles. Me quería morir y se lo dije. Le dije me quiero morir, dejáme morir. Y ella me preguntó si yo pensaba que muriéndome la iba a encontrar a Soledad, si realmente pensaba que iba a ser así, y yo le dije que no.

Perdonáme. Tenía que vomitar. La mezcla me cayó mal, hermano, qué sé yo. Esperáme un segundo. Me siento mejor. ¿Me perdonás? Mató. No sé qué te decía, te hablaba de Laura. No me parece tan raro que me haya olvidado de todo eso. Mirá, para decirte la verdad, la mina hablaba como para que cada cosa que decía sirviera para entender la otra, y después te la olvidabas, ¿no es rarísimo? Era así. Yo creo que si ella me preguntaba qué había dicho, yo le hubiera contestado solamente la última palabra. Pero te digo que era para creerle, todo. No para repetirlo, ni me lo pidas. Te conté esto por lo de Grondona, por lo de la tele. Ella hablaba de política, eso me quedó. Nunca quiero acordarme de esas cosas, son una pesadilla, pero a veces me imagino a Laura en un programa, haciéndolos suicidar a todos. Esa es la imagen. No sé si la soñé. La mina con el vestido de flores, parada arriba de la mesa, hablando y riéndose, y todos los de traje suicidándose, ya sé que estoy loco. Me debo haber dormido, debo haber llorado, no me acuerdo. Los otros volvieron con las velas apagadas, con Laura envuelta en trapos y callada, como cuando llegué. Los demás habían hecho todo bien -me lo dijeron y me mostraron-, pero la miraban a ella, eso es lo que me parecía a mí. Ella abrió la puerta, sin decir nada, y salió adelante, nosotros atrás. Dobló a la derecha, puta madre, te juro que yo había venido por la izquierda. Después se quedó, y nos despedimos. Chau, gente, un beso. Y aunque no lo podía creer, salimos bien.

Era de noche todavía, y tenía razón: los bondis van y vienen, aunque Lugano parezca vacío y todo igual -las cosas ahí son todas iguales, es lo mismo en todas partes, y la sensación es que salís porque te dejan, así como entrás-. Yo volvía con alguien, no está bien hablar de eso, ¿me entendés?, pero con ese alguien no hablamos nada, solamente me avisó que ahora podía venir solo a Lugano si quería, y después me quedé dormido. Más vale que nunca volví. Incluso me abrí de eso con esa gente. Acá no pasó nada. Ni me puedo acordar. Pero hay algo que sí. Eso te lo dije también. Yo estaba enojado, en el fondo, con Soledad; pensaba que se las había tomado de verdad, por un rollo suyo. Eso no es cierto. Eso cambió. Me pareció, a partir de ese día, que pensar así era una pelotudez. No la encontré todavía, y sigo sabiendo muy pocas cosas. Me la acuerdo igual que siempre, el Ángel de la oscuridad, el agua del inodoro, la nena de la marca en la cara, la mina más hermosa que hubo en el mundo, la arena como labios, la playa peronista. Todo lo demás cambia y es mejor, no pienses como los viejos, esta Budweiser es mejor que la Quilmes, tomá otra lata y no me jodas. Soledad tomaba Pepsi, “la bebida power -decía ella-, la bebida power de la new generation”. Era increíble. Y más vale que esto no termina acá.

DOS

Calma.

Todavía tenemos tiempo para uno más. ¿Cuántos quedan?

(Yo. Yo. Yo).

Bien, que pase uno y los demás quedan para la clase que viene.

(Uh).

¿Quién se ofrece?

Pedro.

(Pedro, jo. Bsss. Che).

Bien. Calma.

Pedro. Sí.

Bueno, yo voy a contar algo de Brasil, sí, cuándo no, pero no vayan a creer que todas las cosas que me pasaron son de Brasil. Lo que pasa es que justo quiero hablar de una cosa de cuando era chico, y de chico viví en Brasil. Era así: apenas llegamos a San Pablo fuimos a un hotel bien céntrico, mis viejos

y yo, y yo tenía seis años. Mi viejo tenía que salir a trabajar y mi vieja y yo no teníamos nada que hacer todavía, porque recién llegábamos. Ya lo dije, pero era así: apenas llegás te empiezan a dar todas las recomendaciones, cuidado en la calle que es peligroso, te ven que sos de otro lado, cuidado con la gente de color. Yo no tengo nada con la gente de color pero es la gente más peligrosa, así que mi viejo cuando salía nos decía que no salgamos, que no andemos solos por ningún lado. Me aburría en el hotel, no saben. Si miraba la tele no entendía nada porque estaba en portugués; si quería jugar, no conocía a nadie, no tenía amigos y no podía salir. Cuestión que el primer día, a la noche, volvió mi viejo y me trajo de regalo una ametralladora de plástico. Era alucinante. Tenía un tubo rojo con lucecitas que se prendían al apretar el gatillo y una bala plateada atrás, en un tubito transparente, que se movía así rápido. Era una sola bala pero la veías moverse, disparabas a repetición. A mí me encantó. Así que desde ese día yo me asomaba siempre al balcón cada vez que estaba solo -era un tercer piso- y le disparaba a la gente de la calle. Ratatata-tatatá les hacía, y los tipos miraban para arriba y se reían.

(Jo).

Había bastante gente de color que pasaba; como era un lugar céntrico, casi todos los cadetes eran de color, los que iban a hacer los trámites y los encargos. Y yo, ratatatá, los cagaba a tiros. Perdón. Era un nene, pero ojo que me sentía grande, súper fuerte. Y un día mi mamá me pidió de acompañarla a hacer las compras. ¡Tan-tan...! Yo sabía que era muy peligroso; entonces le dije que iba con la ametralladora, por las dudas. Dijo que sí y salimos. Mi mamá toda caminando y yo con la ametralladora en la mano y con cara de malo sacando pecho, todo agrandado. A cada tipo sospechoso que pasaba le hacía ratatatá, ratatatá, y los tipos, chac, me miraban o pin, me decían cosas. Pero yo no, yo iba ahí, muy seguro, con mi vieja al lado. Ratatatá. Hasta que un día la ametralladora se paró.

(Uh).

No disparaba más; era a pilas y se le habían acabado. Las pilas. Ahora no tenía lucecita y no podía hacer ratatá, no tenía lucecita. Primero me puse triste, pero después me preocupé. En serio, estaba preocupado, y encima viene mi vieja y me dice que salíamos de compras. No podemos salir, le digo muy en serio, porque la ametralladora no funciona. Bueno, me contesta, le compramos pilas y se las ponemos. ¡No!, le digo, porque la gente va a ver que es a pilas y se va a dar cuenta; ¡no podemos salir y ponerle pilas adelante de todo el mundo!

(Claro).

Pero había que salir igual. Así que fuimos al kiosco y le pusimos pilas. Pin. Trac. Listo. Chuc, se prendió la lucecita.

(...)

Volvió a funcionar. Pero no era lo mismo. Yo ya no iba seguro; antes sacaba pecho, ahora me achicaba. Si antes les hacía ratata-tatá, ahora les hacía despacito ra-ta-ta-ta, y los tipos ni me miraban. Ra-ta, ra-ta, ju, pasaban de largo. Y yo, que era chiquito, yo me sentía así, chiquito de verdad, entre toda la gente.

(Pobrecito).

Nada más.

Gracias, Pedro.

(Lindo).

Las relaciones. En el detalle de las relaciones, en lo más personal que encontramos en ellas, descubrimos lo universal. Recién, cuando Pedro habló de él mismo, todos pensamos en algo nuestro. Cada uno se repitió en la figura de un chico de seis años que llega a un país extraño, que mira el peligro desde un tercer piso y después baja a mezclarse con él. Ahí, en la relación con un juguete tan imaginario como real, estamos todos nosotros. Ahí está lo que creemos, la vida que depositamos en la luz que parpadea y no en las pilas que la producen. Así somos. Así fuimos grandes con él y así nos volvimos pequeños de nuevo. Eso

quisiera que entiendan. Que siempre nos quedamos pensando en los “grandes temas” para referirnos a grandes temas, y entonces perdemos algo. A veces perdemos algo.

(Sí. Uh).

Perdonen las lágrimas. Llorar es como reír, es natural, no nos asustemos de esto. Yo también lloro, como todo el mundo. Les agradezco tanto... Confíen en ustedes. Sean sinceros. De verdad.

(Joya. Snif).

Dejamos acá por hoy.

Después salió a la calle. Era un profesor muy joven, con dos o tres ideas en la cabeza. Ideas hermosas -*como su sonrisa, profe*, le decía alguna alumna-, *como su mirada*. Y él devolvía la sonrisa.

Ahora tenía, después de la clase, un pensamiento perdido y angustiante. No se podía acordar de algo, de un detalle en una historia. Era de nuevo la ausencia, a pesar de todas las minifaldas de la clase, de las piernas cruzadas, de las chicas que tienen casi su misma edad, que están siempre como para él y que él no debería mirar así. “A veces perdemos algo” había dicho. Y no era momento de llorar. Pero otro detalle más se le había perdido, y esas pérdidas lo ponían así.

Alejado unas cuerdas pudo concentrarse mejor. Se acordaba siempre de ella haciendo ejercicios de *memoria sensorial*. Aunque fuera en plena calle -Lavalle y Uruguay- a las once de la mañana. No tenía otro modo de tenerla cerca que recordarla así, *con los cinco sentidos*:

¿Cómo se siente su piel al tacto?

¿Qué olor tiene?

¿Qué temperatura? ¿Qué sensación?

¿Qué escuchás, qué mirás, qué ves?

Veo tus últimos ojos y cierro los míos. ¿Por qué tendrá que ser así esta historia?

Era así. Pero ésta es también la historia de un objeto, y para llegar a él hay que pasar primero por otras cosas: por un recital, por una foto; por la noche y Soledad.

La conoció en un recital en la calle, entre cincuenta mil personas. Primero la vio pasar lejos y no dijo nada. Ella se perdió. Después la volvió a ver a sus espaldas, mucho más cerca, y no quería girar pero igual giraba, a cada momento, para no perderla otra vez. La volvió a perder de todos modos. Y la volvió a encontrar. La sensación era insistente, como un presagio: unos instantes la veía, perfecta y lejana, y luego no estaba más, una y otra vez del mismo modo hasta que la tuvo ahí, casi pegada a él de atrás, y ya no podía girar; si giraba se le pegaba al cuerpo. Además había un tipo adelante, con una criaturita de tres o cuatro años apoyada en el hombro que miraba para atrás. La criaturita lo miraba a él, por momentos sí y por momentos no; por momentos miraba más atrás, más a la izquierda; por momentos la miraba a ella.

Era un chiquito soñador. Bajaba las pestañas lentamente con los ojos muy abiertos, muy tranquilo, y ponía la cabeza sobre el hombro del papá, un grandote que bailaba lento como una mecedora, con ritmo de cuna. Pero no se dormía; se quedaba así, reflexionando. El chico sintió de pronto una mano grande que le tocaba la cara, que le hacía un mimo, y un segundo después otra mano más pequeña y más dulce que le repetía la caricia desde atrás. Hizo una sonrisita vergonzosa y escondió la cara en el cuello del padre. Se durmió, esta vez sí, y no vio más. Así se conocieron el profesor y Soledad.

La historia es muy breve o muy larga, según se vea, con un comienzo feliz. Ella estaba allí con él, entre cincuenta mil personas, y era única y hermosa. Hasta sus defectos le parecían un milagro: caminaba como un pato, tenía las rodillas derechas

y la cola para arriba, las uñas cortísimas, mordidas sin cuidado y la voz afónica. Las venas del cuello se le hinchaban cuando tenía que hablar. Se dio cuenta más tarde, cuando la tuvo más cerca, la noche siguiente en el río, y vio también que llevaba un tatuaje, una rosa roja, muy orgullosa en el hombro. Oyó sus palabras. Tenía esa forma de hablar nada, de no hablar, de contar anécdotas mal, de decir cosas que nadie podría creer. Y todo lo demás; esos detalles que lo conmovían como si ya la hubiera conocido antes, porque estaba seguro de eso. Estaba seguro de haberla dibujado tal cual en los cuadernos de la escuela primaria y en los márgenes de las carpetas del secundario, cuando aprendió a dibujar ojos, bocas y narices. Era ella: el pelo oscuro, lacio, corto y brillando, los ojos grandes y tristes, y la carita perfecta, la más hermosa. Le contó todo esto y Soledad terminó por rogarle -por lo que más quiera- que no le mintiera, que ya era muy difícil para ella, que se besaran en silencio y muy despacio; y él le sonrió como le sonreía a veces a alguna alumna, y todo estuvo bien.

¿Cómo es tu cara, y tu boca, y tu cuello? ¿Cómo son tus manos, tus pechos y tu espalda? ¿Qué sentís, cómo es tu cuerpo, qué querés?

El breve tiempo que dura esta historia fue así, día tras día, como él lo iba a recordar, así, hasta mucho después, hasta el día de hoy en las calles del centro, sin faltar a su palabra: te amo como a nadie, como nunca y para siempre. Así fue desde la primera noche solos, en el río donde había un avión que parecía una antena o una antena que parecía un avión, allí donde el mundo se abrió en un círculo alrededor de ellos y los separó del mundo.

Una vez Soledad llegó con un libro, un libro grande, de tapas azules duras, como una especie de manual viejo pero bien cuidado. Dijo que era un libro suyo de cuando era chica, uno que

llevaba siempre en los viajes largos en colectivo. Libro raro y feo, lleno de dibujos, de consejos, de extractos científicos, secretos del cosmos, álgebra, geometría, normas de conducta y buena educación. Y acertijos. Los acertijos eran simples y matemáticos, muy fáciles, realmente muy fáciles, aunque Soledad no los podía entender. Le dijo justamente eso, que le encantaban los acertijos porque no los entendía. Se sentó frente a él con el libro en las piernas, abierto en una página, y le leyó uno: un caracol que subía un muro. ¿Cómo es?, le preguntó. Regla de tres simple, el caracol tarda una hora. No puede ser. Sí, sí, es así. Pero Soledad tenía una manera demasiado atravesada de pensarlo. Tarda una hora, le repitió. Puede ser, pero no lo entiendo. El le pidió el libro y le leyó detenidamente el acertijo, le hizo hincapié en las claves de los números y no, Soledad no alcanzaba a resolverlo. No entiendo que no entiendas. No lo entiendo. Fijate en las respuestas. No están.

Era verdad. Las respuestas no estaban.

Me lo regaló papá, le dijo Soledad, y cuando me lo regaló le arrancó las páginas de las respuestas para que yo no me fije. Nunca puedo resolverlos.

Era verdad. Faltaban varias páginas.

- ¿Dónde están?

- Se las llevó.

Recorrió el libro atentamente. Había un acertijo distinto. Soledad miró con ansiedad cuando él lo encontró. Era una especie de relato, algo así como un cuento árabe o un remedo de *Las mil y una noches*, de *Simbad el Marino*.

- Es el más difícil, le dijo, te juro. Si lo sacás te mato, o me caso con vos, no sé; te apuesto lo que quieras.

- Bueno.

El relato estaba empezado, como agregado de otro libro sin más explicaciones, y continuado a lo largo de varias páginas. Decía así:

Terminada la exposición hecha por Beremiz sobre los problemas propuestos, el sultán, después de conferenciar en voz baja con dos de sus consejeros, habló:

- Por la respuesta dada, ¡oh Calculador!, a todas las preguntas, te has hecho acreedor al premio que te prometí. Dejo pues a tu elección: ¿quieres recibir veinte mil dinares de oro o bien prefieres un palacio en Bagdad? ¿Deseas el gobierno de una provincia o bien ambicionas el cargo de visir en mi corte?

- ¡Rey generoso!, respondió Beremiz. No ambiciono riquezas, títulos, honores o regalos. La fama que pueden dar los cargos de prestigio no me seduce, pues mi espíritu no sueña con la gloria efímera del mundo. Si, pese a todo, es vuestro deseo hacer que me envidien todos los hombres, como antes dijisteis, mi petición es la siguiente: Deseo casarme con la joven Telassim, hija del jeque Iezid Abul-Hamid.

La inesperada petición causó un asombro indecible.

- Está loco ese hombre... ¡Está loco! Desprecia la riqueza, rechaza la gloria. ¡Y todo por casarse con una muchacha a quien nunca vio!

- Este mozo está alucinado. Repito; alucinado. Pide una novia que tal vez lo deteste. ¡Por Allah, Al Latif!

El Califa frunció el entrecejo y se quedó muy serio. Llamó a su lado al jeque Iezid, y ambos conversaron sigilosamente unos instantes. Finalmente, el Califa habló en medio de un profundo silencio:

- No pondré yo, ¡oh Calculador!, ninguna oposición a tu pedido. Este es mi preciado amigo, el jeque Iezid, a quien acabo de consultar, y reconoce que eres hombre de carácter, educado y profundamente religioso, pero que tus deseos son desmesurados. Debes saber que la bella Telassim está prometida a un jeque damasceno que se halla combatiendo en España, aunque si ella misma desea cambiar el rumbo de vida, no seré yo quien cambie su desti-

no. ¡Maktub! ¡Estaba escrito! La flecha, suelta en el aire, exclama llena de alegría: “Por Allah, ¡soy libre!, ¡soy libre!”. Pero se engaña, pues tiene su destino marcado por la puntería del tirador. ¡Así es la joven Flor del Islam! Tal vez abandone a un jeque opulento y noble, que podría ser mañana un gran visir o gobernador, y acepte como esposo a un sencillo y modesto calculador persa... ¡Maktub! ¡Sea lo que Allah quiera!

El poderoso Emir de los árabes hizo una pausa y luego prosiguió enérgico:

- Imponemos sin embargo una condición. Tendrás, ¡oh eximio matemático!, que resolver ante los nobles que aquí se hallan un curioso problema inventado por un derviche de El Cairo. Si resuelves ese problema, requerirás a Telassim en matrimonio. En caso contrario, tu propia vida quedará en manos del jeque, quien decidirá finalmente tu destino: la muerte y el olvido. ¿Aceptas mis condiciones? Puedes, en caso contrario, desistir y olvidar para siempre esa fantasía loca y conservar tu vida.

- ¡Emir de los Creyentes!, replicó Beremiz. Deseo conocer el problema de que me hablas a fin de poder solucionarlo.

Y el poderoso Califa le respondió:

- El problema, en su expresión más sencilla, es el siguiente: Tengo cinco hermosas esclavas. Las compré hace pocos meses a un príncipe mongol. De esas cinco encantadoras jóvenes, dos tienen los ojos azules, y las tres restantes los ojos negros. Las dos esclavas de ojos azules dicen siempre la verdad cuando se las interroga. Las esclavas de ojos negros son en cambio mentirosas, nunca dicen la verdad. Dentro de unos minutos esas cinco jóvenes serán conducidas a este salón: todas llevan el rostro cubierto por un tupido velo. El haic que les cubre la cara hace imposible descubrir el menor de sus rasgos. Tendrás que descubrir e indicar, sin error, cuáles son las que tienen los ojos azules, y cuáles tienen los ojos negros. Podrás interrogar a tres de las cinco esclavas, pero sólo podrás hacer una pregunta a cada joven. Con las tres respuestas obtenidas tendrás

que solucionar el problema, y deberás justificar la solución con todo rigor. Las preguntas, ¡oh calculador!, deberán ser de naturaleza que sólo las propias esclavas sean capaces de responder con perfecto conocimiento.

Momentos después, bajo la mirada curiosa de los circunstantes, aparecieron en el gran salón de las audiencias las cinco esclavas de Al-Motacén. Se presentaron cubiertas con largos velos negros desde la cabeza hasta los pies.

- Aquí están, dijo el Emir con cierto orgullo. Aquí están las cinco jóvenes de mi harén. Dos, como ya he dicho, tienen los ojos azules, y sólo dicen la verdad. Las otras tres tienen los ojos negros y mienten siempre.

Las cinco embozadas se colocaron en fila en medio del suntuoso salón. Se hizo el silencio. Nobles musulmanes, jeques y visires acompañaban con vivo interés la solución de aquel enigma.

El Calculador se acercó a la primera esclava -que se hallaba a la derecha, en el extremo de la fila- y le preguntó con voz firme:

-¿De qué color son tus ojos?

¡Por Allah! La interpelada respondió en lengua china, totalmente desconocida para los presentes. Ordenó el Califa que las respuestas fueran dadas en árabe puro, y en lenguaje simple y preciso. Pero aquel inesperado fracaso vino a agravar la situación de Beremiz. Le quedaban sólo dos preguntas, pues la primera ya se consideraba enteramente perdida para él.

Beremiz se volvió hacia la segunda esclava y la interrogó:

-¿Cuál es la respuesta que acaba de dar tu compañera?

Y respondió la segunda esclava:

-Dijo: "Mis ojos son negros".

La tercera esclava -que se hallaba en el centro de la fila- fue interrogada seguidamente:

-¿De qué color son los ojos de estas dos jóvenes a las que acabo de interrogar?

A esta pregunta -la última que podría ser formulada- respondió la esclava:

-La primera tiene los ojos azules, y la segunda los ojos negros.

Entonces Beremiz, después de meditar un momento, se acercó al trono y declaró:

-Comendador de los Creyentes, Sombra de Allah en la Tierra: la primera esclava -a la derecha- tiene los ojos azules. La segunda tiene los ojos negros. La tercera los ojos azules, y las dos últimas tienen los ojos negros.

Alzados los velos, y retirados los haics, las jóvenes aparecieron con los rostros descubiertos.

Aquí se interrumpía el relato.

Con tipología seca y apretada, el manual preguntaba:

¿Se casó finalmente Beremiz con la princesa, o fue condenado a muerte?

Si dio con la verdad, ¿cuál fue su procedimiento?

De no ser así, ¿qué respuesta daría usted para salvar su vida y alcanzar su más preciado sueño?

Ahora sacálo, dijo Soledad.

Sonreía.

El cerró los ojos y llevó su cabeza para atrás. Soledad lo besó en la boca, le acarició la cara, se sentó sobre sus piernas. Te amo, le dijo, y le sacó la remera y le acarició la espalda. Te amo, y lo mordió un poco, lo pellizcó y lo apretó. Te amo.

Esa misma noche, tarde, él la llamó por teléfono. Lo resolví. No puede ser. Se lo explicó. No puede ser. Escuchá bien,

insistió y se lo volvió a explicar, despacio, sin obviar ningún detalle. Después de pasar a través de los velos y las preguntas, Soledad se quedó callada. ¿Estás ahí?, le preguntó él. Sí, acá estoy. Bien, lo resolví.

Soledad se oía dormida. Dijo cosas confusas, hizo un par de preguntas, pidió que le repitiera alguna parte. Después de un rato admitió que podía ser, pero quién podría saber, las respuestas no estaban en el libro, no se podían fijar; eso, finalmente, era lo único cierto. Lo despidió con un beso y colgó.

Al día siguiente, Soledad había desaparecido.

El se quedó con el libro de acertijos. El cuento árabe está señalado con la única foto que pudo sacarle alguna vez a Soledad -siempre se tapaba la cara porque decía que tenía una marquita fea en la mejilla, una marquita que en la foto no se ve y que a él, cuando la vio por primera vez de cerca, le pareció más bien la huella que deja un beso-. A veces abre el libro para ver el acertijo o para verla a ella, tan hermosa, tan perfecta. Su cara inolvidable, el pelo recogido en dos trenzas, los labios separados y sus ojos tristes, muy abiertos, muy hermosos y muy tristes. Sus ojos negros.

- Decíme tu fecha de nacimiento.

- 30 de enero de 1969.

- ¿Recordás la hora exacta?

- No, no sé. Las nueve y media, me parece, pero no sé. Nací con cesárea, de ocho meses, y estaba amarillo por lo del RH.

- Está bien, no importa.

La adivina revisó un libro. La luz roja atrás de la cortina.

Abrió los ojos todavía un poco más.

- Once. Ya me parecía. Es tu número, el once, y es muy fuerte. Pero ya sabía yo, por la mirada. Vos sos...

"Yo soy el que soy" habría contestado, pero la dejó hablar. Le hacía tanto bien que se lo dijeran. Y la adivina se lo dijo. No le dijo que era Dios, pero sonó igual. Le dijo que tenía el karma del Maestro, justamente, un karma definitivo, un karma avanzado, evolucionado. En el tiempo circular, giratorio como espirales de humo y esas cosas, su ser estaba orientado hacia el futuro, hacia lo que no podía ser comprendido del todo en el presente sino en el horizonte, en futuras generaciones, como el de los genios brillantes, Galileo, Mozart y los demás. Tu mirada fuerte, le decía la mujer de los ojos seducidos, esforzados por bajar al libro de donde sacaba todas las cosas, encuadernado como un best-seller de Sidney Sheldon y con un título que se le escapaba siempre. A él le gustaba el decorado obvio del rincón donde se habían escondido, ese sahumero acompañando la sonrisa con cosquillas en la nariz. Una sonrisa de satisfacción, sin ironía. En la tarjeta se podía leer, con cuidado, *psicoastrologakármica*, y resultó muy lógico que al descomponer el nombre *cada* cosa entrara en relación con *todas* las cosas. La mujer apoyaba la cabeza en la mano, fumaba L&M Lights y hasta parecía linda. Pero no más linda que sus palabras: estás en una etapa de fin de ciclo, decía, donde todo lo que hasta ahora podías sostener está cayendo. No te angusties (no te cases ni te embarques); todo cae para que nazcan cosas nuevas y más elevadas, las cosas para las que te estuviste preparando. Una preparación que dura vidas enteras, y vos ya habrás hecho, seguro, un camino espiritual. Fuiste alguna vez un iniciado. Ahora estás llegando.

Lo que te digo es una partecita, continuó, lo poco que te puedo decir ahora. Pero te convendría hacerte una Carta Astral completa, si querés. De hacértela -no te digo conmigo-, hacétela antes de cumplir los veintisiete. Es el primer corte kármico. ¿Te interesa?

Sí. Las huellas en la arena, a tu lado, Maestro, tómate en tus brazos y no me dejes caer. No hay en vos un karma cotidiano, pero hay un karma solitario. Sos de Acuario, allá arriba en las estrellas, y allí adelante, adonde estamos por entrar. La Era de Acuario que va a empezar, que se está preparando. La Era empieza a fines del Milenio, entre el '95 y el '97, ahí es donde empieza tu camino verdadero.

Respiración.

Pocas oportunidades da la vida para emocionarse tanto. Hubiera amado recordarse así: seminarista, shaolín, pequeño saltamontes del Maestro Po, y quién te dice. Pocas oportunidades da la vida para recordar vidas anteriores. Así son las señales, los avisos. Con la primera lunación de febrero, que es la luna de Acuario, sería bueno que te alejes de todo y en lo posible, que estés bajo las estrellas. Tu color es el violeta. Tu número es el once. Tu tiempo es el de Acuario. Bajo las estrellas, los mensajes. Eso que de pronto chispea en tu mente; te veo y te descubro, Maestro -"sos el Señor de la Mente", le hubiera encantado escuchar-. La lunación de febrero es tu período del año, después de tu cumpleaños. ¿Qué más te puedo decir?

No sabía. Deseaba con todas las fuerzas que le pidiera un deseo ella, que le dijera "¿puedo tocarte, Maestro?", y hubiera sido justo, porque el camino que lo llevó hasta allí era el camino que en la Tierra se conoce como azar, sin saber de qué se está hablando. ¿Qué más te puedo decir?, dijo la adivina.

Había ido a acompañar a Lorena, que cantaba esa noche. Un lugar de lo más ridículo, que además le pareció triste. Nada en él era lo que pretendía ser. Un pub que no era un pub -no hay pubs verdaderos en esta ciudad-. Un bar de aluminio pintado en negro mate, con una pantalla gigante para pasar videos, mesas de madera tipo algarrobo y un entrepiso muy incómodo y muy caliente. No era lugar para esas cosas, porque ¿cómo hacer un show que no fuera un pseudo-show en Güemes y Serrano, con

Plaza Italia tan real y tan sincera a pocas cuadras? Y lo peor: la mina a cargo, la “animadora”, con su edad fingida y la pasta de gel en el pelo. Le recordaba fielmente a una profesora del CBC, titular de Semiología, cuyos dos teóricos por cuatrimestre eran un show merecidamente superior.

Las calzas delatorias y el público fingido la completaban. Porque no había público: todos habían ido a acompañar a algún artista. En fin, no es que Lorena cantara mal -su voz era un milagro- pero qué se podía hacer así, obligada a cantar dos temas de Sui Generis, justamente, y acompañada por un tipo que se compró una acústica y nunca entendió para qué. Y la animadora, que pretendía que el público cantara y palmeara, y esos gestos lamentables a su edad, y esa noche de domingo. Lo mejor, sin dudas, era lo de la noche de domingo.

Todos habían hecho un notable esfuerzo para asistir al show, justo ese día y justo a esa hora; incluso él, que adoraba en secreto un programa del trece que va a las 22, un programa de fútbol donde siempre creyó entender el drama entero de su nación y su destino: dos equipos y una sola pasión; jugadores, pueblo y árbitro buscando algo en el presente que tiene que ver con la nostalgia, la magia perdida, lo que se fue para siempre con aquel Mago de Todas las Cosas ahora innombrable, el Mago por el cual fuimos todos felices, el embajador que nos condujo por el mundo entero -desde el Zocco de Tanger hasta el campus universitario de Sidney, Australia-; su Destino Manifiesto caído para siempre, sin memoria, pleno de sentimiento y mirándonos hacia adelante, sin imaginar que seríamos finalmente como somos; su figura actual metamorfoseada en algo también falso, imposibilitada de retener en sí ni el sueño ni la realidad, pero una figura que uno sigue amando, porque uno es un amante fiel como nadie.

El se repetía para sí todas estas cosas mientras escuchaba a Lorena cantar, mientras imaginaba una cámara lenta en la pantalla gigante, una cámara que pudiera convertir toda esa

ficción en realidad. Allí mismo, entre aplausos que ni siquiera podían cerrarse, empezó un juego.

- Vamos a hacer -dijo la animadora- nuestro “Dígalo con Mímica” de los domingos, la noche...¡del público! El ganador recibe una sesión gratis con Sandra, la astróloga invitada, nuestra querida Sandra, que ha venido *especialmente* a acompañarnos en esta noche tan... *especial*. Allí estás, Sandrita, un fuerte aplauso... Que pase el primer voluntario.

Pasó una gorda. Era una falsa voluntaria, y conocida de la casa, que no pudo con su película porque el vestido no colaboraba. Después debía pasar otro, pero nadie pasaba y pasó él, voluntario falso por partida doble, primero porque lo llamaron -nunca mires a los ojos a la mina del micrófono- y segundo porque no pudo haber sido exactamente su voluntad lo que lo llevó a jugar.

Su película tenía una sola palabra, “Holocausto”, y le bastó con mirar fijo al hombre que tenía adelante y dibujar con las manos un hongo nuclear para ganar. Holocausto, en siete segundos, y el pasaporte de entrada al otro lado de la cortina. Tiempo después, mientras recordaba esa noche, cayó en la cuenta de que el título de la película se refería más bien al asunto de los nazis y no al asunto de la Bomba, y así pudo confirmar que nada era lo que pretendía ser en la noche de domingo. Una cortina cerrada contra una pared del fondo, un pasillo entre las mesas vacías, una voz hermosa y conocida cantando canciones falsas, y él, un profesor muy joven con un par de ideas hermosas en la cabeza, que resultó ser el Maestro de los Ojos; la bella adivina, la psio-astrologakármica que lo llevó con sus caderas hasta el libro de los números, y su voz conmovida, apresurada, que finalmente le preguntó eso:

¿Qué más te puedo decir?

El contestó con suma simpleza.

Habláme de ella.

• • •

Malo.

Sos muy malo. No me hagas esto, por favor.

Me gusta demasiado. Vení acá arriba, no me dejes sola.

Quiero que me beses en la boca.

Habláme. Decíme cualquier cosa, si no, me parece que no estás.

Abrazáme fuerte.

La realidad virtual es el invento final. Nadie conoce exactamente lo que esta tecnología decisiva ha cometido ya. Pensemos solamente, con nuestra paranoia característica, la de los que nos confundimos con el control de la video, pensemos el erotismo y la lógica de un mercado. Pensemos, por ejemplo, en una tecnología digital para equipos de audio que iba a tardar más de una década en lanzarse a competir con el CD, aún cuando un japonés bien educado pudiera redondear sus ojitos, allá por los ochenta, escuchando la remake de un Goyeneche digitalizado en arrabales de Osaka. Por mentira que sea lo del amor japonés hacia el tango, los inventores del Karaoke son la humanidad a ciencia cierta. La humanidad tocando el botoncito del deseo. Saben que su eficacia consiste en retardar.

La mejor imagen de ciencia ficción que se le podía ocurrir en las noches que el amor lo dejó a solas era la de un cementerio de equipos de música. Kioto, año 2029. La población ha emigrado de la isla al mar y flota como el reflejo del sol naciente sobre el Pacífico. El tercer mundo del tercer milenio invadió sus ruinas y no por hambre, ni por guerra, ni venganza; tampoco por religión. Las invadió por nostalgia. En los inmensos cementerios de electrónica, donde se apila la maravilla del occidente perdido, los equipos funcionan todavía por millones. Y los pobres del mundo escuchan compacts, y recuerdan. Te acordás, hermano,

qué tiempos aquellos. Hasta el cementerio es limpio; los japoneses dejaron barbijos blancos en diminutas bolsas, de modo tal que todos pudieran dejar de hablar, por fin, dejar de hablar de las cosas que hablaban en la bodega del barco que los trajo hasta aquí. Inmigrantes multicolores deambulan y bailan sobre un paisaje sin desolación ni enfermedad ni vicio ni locura. Millones de hombres y mujeres de buena voluntad buscan sus recuerdos en una realidad inimaginable y feliz. Inimaginable y feliz como la realidad virtual.

Poco se sabe de ella fuera del grupo de iniciados. Eso piensa en sus insomnios; las revistas de divulgación le recuerdan la Reforma de Lutero como si la hubiera vivido, y es un Evangelio que abandona el latín y cae en una espiral tirabuzón sin control de la que sólo se puede salvar abandonando la nave. Eject. Lo que sabían los doctores de la Iglesia no se supo más. Ahora es lo mismo. No es creíble que la realidad virtual sea solamente un artefacto tecnológico -unos lentes y un guante conectados- porque sería demasiado torpe, o ruidosa, algo así como el alemán respecto del latín. En la vulgata, la realidad virtual es simplemente una tecnología en experimentación, de uso recreativo, con aplicaciones a otras áreas: diseño, comunicación, arte, terapia, aprendizaje. Construye ésta un espacio ficticio percibido -sólo hasta el momento- por la vista, el tacto y el oído, y dentro de ese espacio el receptor puede instalarse y operar. Tú podrás, dice, *ver* objetos, luces y sombras, cambiar el punto de vista moviéndote dentro de un espacio supuestamente inexistente. Podrás *tocar* los objetos, las superficies; sentir su peso, su textura, su temperatura y humedad, e incluso desplazarlos, moverlos, reubicarlos, arrojarlos, prenderles fuego. Finalmente, los podrás *escuchar*: el sonido de las transformaciones sucediéndose en un tiempo-espacio concreto e irreal -qué mejor idea del tiempo que el sonido-. Participarás, dice, de otra realidad (abandona aquí toda esperanza); establecerás una relación idéntica a la que tienes con lo que está fuera de ella. Pero lo mejor -como las ilustraciones y los dibujitos de la imprenta, la tipografía y la encuadernación-, lo más bello es la diferencia: lo de

adentro es distinto a lo de afuera. Son otros colores, otras texturas y otros sonidos, tal vez análogos a lo externo, pero diferentes. Lo que hay hasta el momento se parece al primer cine en blanco y negro, con su cámara acelerada que dejaba percibir el soporte. Luminoso éste, geométrico, encantador. Ojalá todo sea así, ojalá no se confundan. Ojalá no lleguen a una realidad mimética y nos hagan chistes viejos, representaciones en las representaciones, el Quijote leyendo su propio libro del Quijote, y todo eso. Eso pensaba. Estaba muy cansado ya. Le empezaba el temor cuando empezaba la noche sin Soledad, porque en la noche no hay nada. La noche lo tiene en la memoria haciendo el amor a oscuras, así como se lo pedía ella. Y él, aquellas noches, la amaba tanto que el cuerpo de su amada era virtual.

Había tenido antes el sexo lleno de clichés: la zanahoria de Oliverio, los pechos de miel, el amor por los labios, la piel húmeda, las sábanas blancas, tu perfume y la rosa que engalana. Y los otros: mujeres Sherezade, la prostituta y la virgen, el mito de un polvo tercero y acabar mirándose a los ojos. En cambio Soledad resultó virtual. No era como ninguna que hubiera tenido, y no hacía nunca lo que él hubiera esperado. Era la mujer de los dibujos, la de hermosura perfecta, amada y acostada, escrita en un libro, soñada o destinada, y sin embargo, desconocida. Hechos dos siluetas contra la ventana abierta en la noche de otoño, con el viento que se cuela, es él quien se transporta a una *noche del desierto con princesa árabe sobre el pecho*; sonaba idiota pero era fantástico. El cuerpo en la oscuridad que olía a cuerpo y el permiso de un segundo para que su boca bajara hasta la baba del sexo, invisible, como rodeada de muerte. Detalles, pavadas, cosas, convertidas en magia. Soledad no está en ninguna parte. Es solamente tu tacto, tu olfato y tu gusto. Es tu oído, y las sombras de tu vista. Si al prender la luz a medio vestirse aparecía ante tus ojos una mujer de belleza perfecta, siempre es una conversión de norma. La belleza insuperable de este mundo, y el recuerdo de la belleza del otro. Ahora que camina por Lavalle y Uruguay y la reconstruye en sus sentidos, reconstruye **una** de

las experiencias, la de la luz, o la **otra**. Pero a veces, sin querer, se le combinan las dos, se superponen con exactitud, se le integran una a la otra y entonces se detiene bruscamente y descubre el sol en plena cara, los culos de las minas que lo excitan, los trajes té con leche y el carrito del programa Andrés. Entre ambas experiencias algún detalle más se ha perdido. Eso siempre lo pone mal. “A veces perdemos algo”, había dicho en la clase. Y no era momento de llorar. Pero otro detalle más se le había perdido, y esas pérdidas lo ponían así. No hay espacio para el milagro que la memoria le había propuesto, no quedan espacios en este mundo para **ella** -Soledad y la memoria-, ya no quedan.

• • •

Se escuchaba la música. You say / One love / One life / When it's one need / in the night. ¿En qué tiempo vivimos? En un tiempo circular no se puede vivir; no es posible que no aparezca ella ahora que se escucha la música, y sin embargo no aparece. La rueda funciona mal, o se burla de nosotros. La adivina había hecho silencio, tal vez para preguntarse de qué estaría hablando, y se escuchaba la música. Otra vez la aparición. En la repisa alrededor del equipo había demasiados compacts, y la boca del aparato se podía abrir para tres de ellos a la vez; se lo podía ver grande, un lujo, algo de una potencia apenas imaginable, como una Ferrari para ir a hacer las compras, como eso que se siente al ver las PC en las vidrieras -Personal Computer para jugar Tetris-. Soledad con el control remoto le preguntaba qué quería escuchar, y él no veía casi nada porque había demasiado. ¿Qué te gusta? No hubo respuesta. Decidíte. No, no es eso. El músico Dany Tomas una vez le había preguntado algo así, qué música escuchaba, y él le dijo: Nada. Daniel no lo pensó, simplemente tocó el piano y le respondió: entonces todo; y era cierto. Nada es todo. Pero entre el número incierto de los compacts, la potencia incierta del equipo, la incertidumbre de la música y esas cosas, estaba ella: *One*. Poné U2, lo último, pero no *Zooropa*. *Achtung Baby*. Sí. *Is it getting better*. Sí. Lo mismo que ahora, en el rincón

donde se habían escondido con la adivina. Del otro lado de la cortina había *Uno. We're one / But we're not the same*. Había una. ¿Por qué no aparecía entonces, para que todo se repitiera? El le había dicho algo muy simple, le había pedido que le hablara de ella, y la adivina se había callado la boca. En su lugar hablaba el entorno con la imposibilidad de siempre y le decía cosas raras, que la “noche del público” estaba terminando y que Lorena no cantaba más, y con ella, ninguno de los artistas del domingo. La pantalla gigante por fin se había puesto a funcionar borrando de la memoria el show nefasto, y sólo quedaba él aislado de la verdadera ceremonia, la de pagar las consumisiones, sonreírle a la animadora de las calzas y tomar un colectivo verdadero. Pero quería saber de *ella*. Entonces la adivina respondió:

- No.

No puedo hablarte más. Pero el Maestro la miraba, la miraba apenado, su única razón se le estaba diluyendo. Una mujer se ha perdido, le dijo. Quisiera saber dónde está. Y la miraba. La adivina recogió los L&M. Tengo una foto, dijo él, y la sacó. Es demasiado tarde, respondió la adivina, y le tapó la foto con la mano. ¿Por qué me mirás así? Se llama Soledad. La adivina se sentó.

Ahí está la foto.

No puedo verla.

¿Por qué?

Te estoy mirando a vos.

No digas eso.

¿Por qué estás triste?

No importa, dame la foto.

Decíme qué te pasa.

Tenés la mano arriba de la foto.

No, tengo mi mano en la tuya.

Le había tomado la mano y lo miraba. ¿Estás triste por ella?, le decía. Pero ella no está. Y no estaba, era verdad, no había aparecido. Estaba la adivina. No puedo hablarte del pasado ahora, le decía, en realidad no podemos quedarnos más. Es una lástima... Pero me preocupa tu carita, hermoso, ¿te molesta que te diga esto? No debería. Sé que pasa algo, lo traés con vos, entraste acá con eso, ¿viniste con alguien? Con Lorena. Entonces tenés que irte. Llevá la foto. Y levantó la mano.

Se llama Soledad, le dijo él.

No, no podemos hablar de esto, te tenés que ir.

Quiero quedarme. ¿Querés quedarte? Y le acarició la cara, en redondo, de la mejilla al mentón, con los dedos largos, pero con la mirada triste. Me encantaría, pero yo tampoco puedo estar acá. Nos encontramos. No sé. Tenés razón. Qué lindos ojos, pero seguís triste, levantáte.

No corrió la cortina. Se quedó de pie, frente a él, mirándolo pararse. Le tocó el corazón, con la mano derecha. El no sabía adónde mirar. La adivina le dijo: no puedo hacer nada por vos, no sé si deberías haber venido. Y él fijó su vista. Le miró la mano en su pecho y levantó la suya. Se la puso sobre los pechos, en donde nacen, y después alzó la vista. Ya tenía la cara de la mujer muy cerca y las piernas se tocaban. Descubrió sus labios de a poquito, dulcemente, y ninguno de los dos sabía si podía sonreír. El tiempo es circular como sus caderas, que estaban ahora de frente, pegadas a las suyas, como un alivio redondo, el Ying y el Yang de lo que entra en lo que sale y viceversa. Se enlazaron con los brazos, un beso muy hermoso, porque ella tenía los labios finos pero perfumados, y hacía ruido, como un gatito, y se movía un poco. Todavía está allí. Se quedó con ella en un beso detenido, hasta encontrar a Soledad. Nunca salió. Lorena aún lo espera mirando videos en la pantalla alta, y la luz nunca se apaga, es roja y hace sombras en la espalda de alguno de los cuerpos, donde nadie podría adivinar la foto con los ojos muy abiertos, los ojos negros más hermosos que

dio la humanidad, perdidos en la sombra de otro abrazo. Con el beso, él le cuenta los detalles de su amada y de su historia, desde que se conocieron en la calle entre cincuenta mil personas hasta que desapareció, y los detalles se repiten y no acaban, no podrían acabar porque el deseo es un continuo, algo inexistente, va y va y va y como nunca viene, nunca acaba. No hay final. No parecen acercarse a él. Los últimos días son como los primeros. Mayo. Junio. Soledad igual a ella misma, una princesa de miel en la oscuridad virtual; habla pocas cosas, pocas cosas de ella misma. Le encanta tocarse la pancita, con esa piel de felpa calentita, y decirle cosas vagas. Tengo una marquita en la cara de cuando era chica. Te queda hermosa. No seas malo. Mirá las mías, en la pera y en la ceja; pero la tuya te queda bien porque sos linda. Cosita, labios de miel. Hablando soy un desastre, ¿no podríamos quedarnos así para siempre, sin decir nada, sin hacer nada, vos adentro mío como ahora? Yo tengo un castillito abierto para vos, con una puerta, y adentro es lo más lindo, todo para vos; es calentito y suave, todo suave y lindo, y vos tenés que entrar despacio, cuando vos quieras, sin pedir permiso; vos me mirás a mí, de cerca porque está oscuro, me mirás y me decís cosas, y yo te contesto, no te contesto, te amo, te amo, te amo. Quedate así, así, así. Y yo me quedo, Soledad, ¿por qué no te quedaste vos? ¿Estaremos detenidos? Soledad no está detenida, no, detenida no, le dice él con el beso a la adivina, yo mismo fui a la policía cuatro veces, dos veces con cada uno, pero parecían no saber muy bien qué hacer, la gente no desaparece así nomás si alguien no contribuye, ellos lo sabrán, ni la muerte es una desaparición porque es la muerte, es un cuerpo sin cosita, un castillo abandonado, pero éste no lo es, no está ni abandonado ni olvidado, está vacío, o no, no lo sé, quién lo ocuparía, no quiero sufrir pensando, el castillo ya no está abierto para mí en la oscuridad, su portal zafiro, portal rojo como esta luz cuando te beso eternamente; nunca hice un encantamiento igual, no hubieras podido hacerlo antes de que yo conociera a la princesa; si nos hubiéramos quedado ahí como uno, con nada alrededor, con todo; pero ya no estamos más, mi Soledad desapareció al terminar el mes de Junio

sin decir nada, cuando yo resolví el acertijo; y yo le tenía miedo a la calle, las calles llenas de sombras, de cervezas en los escalones. No supe qué decir después, y me preguntaron poco. No conocía a su madre salvo de vista, una mujer muy linda a su edad, muy sola, muy dolida. No tenía padre, falta esa página en su historia, y me tenía a mí, que no supe qué decir. Les dejé una copia de la foto, no la verdadera que tengo acá con vos, sino una copia algo borrosa que ellos dejaron sobre el escritorio, y se las dejé con dolor, como una traición más, porque a ella no le gustaban las fotos. Se tapaba la cara en todas; le quise sacar por sorpresa; me gritaba que no le saque; pero si sos perfecta; no, no quiero, dame tu carita, soy fea, no, tengo esta marquita, pero si no se ve. Apenas recuerdo cómo era la marca, como el rastro de un beso, como una cicatriz de amor; con la última del rollo la tomé distraída, aunque no parece, parece que está mirando, mira a la cámara, que es como mirarme a mí para siempre, mira las sombras, y parece triste; me arrepentí de haberles dejado la copia, pero no me atreví a reclamarla. El policía la miraba de reojo, y hasta me pareció que la conocía, pero yo no podía decir nada, qué otra cosa hubiera dicho que no hubiese dicho ya la madre, que no hubieran dicho ya los que la conocían de antes, aunque nunca supe quién la conocía de antes. Soledad, pienso, no había vivido hasta que yo la encontré, y ahora que nos besamos tal vez esté con nosotros hasta el día en que vuelva de verdad, aunque no se haya ido, porque ella simplemente desapareció, esa es la última página que falta, la que dice que yo conocí a Soledad y la amé así, y me la quitaron como a ella le quitaron las respuestas, aún cuando yo podía resolverlas. Este beso es mi venganza. Yo me vengo de todas las cosas. No me voy a mover de acá. Por rebeldía, por desesperación, porque sí; suspendo la sucesión y la vida, así ella desaparece para aparecer, ahora mismo, en los ojos negros de un chiquito que se duerme, donde comienza la historia; tengo que contarte eso también con el beso, lo del chico que se duerme, yo no creía que esas cosas pudieran pasar.

TRES

Lorena lo vio salir de atrás de la cortina. Salió él primero, metiéndose entre la gente que todavía ocupaba el lugar, y después salió la astróloga. Estaba agotada, pero por suerte no esperó mucho. La mujer fumaba un cigarrillo, despreocupada, mirándoles las caras a los rezagados. Quiere saber si todavía tiene que atender a otro, pensó Lorena, y se olvidó de ella. No, no todavía. Primero le preguntó a él qué fue lo que le dijo. Pero él no contestaba. Lorena estaba acostumbrada a algunos silencios, a algunas frases sueltas, después te cuento y nunca le contaba, y en realidad lo único que le había llamado la atención era la luz roja que se apagó de pronto, justo cuando la cortina caía en su lugar. Una noche olvidable. No volvería a ver al profe en mucho tiempo, aunque aún no podía saberlo. Cantó dos veces más en ese lugar, pero lo hizo por dinero, y no había ninguna animadora, y menos una astróloga, y sus mensajes en el contestador para que él fuera a verla quedaron sin respuesta. Plaza Italia estaba cerca, y esa noche no había otra cosa de qué hablar excepto el nefasto show que a ella le parecía respetable. Lo llamó alguna vez esa semana, pero poco después tuvo una historia, un hombre grande, separado y con un hijo, y esas cosas le gustaban demasiado. El tipo, antes de dejarla

y entre otras ocupaciones, la acompañó a todos los lugares donde ella tenía que cantar, excepto cuando estaba con “el monstruo” y no podía salir; al fin y al cabo él era un padre, y dentro de todo no fue tan rápido en cansarse. Después sí: bueno, necesito pensar qué voy a hacer de mi vida, no es por vos, ni yo me entiendo, pero es que tengo muchos quilombos y yo no soy para vos, vos te merecés mucho más, necesitás un tipo que pueda darte todo lo que yo no puedo, es por tu bien, muñeca, vos tenés que hacer tu vida, y esto, y el otro. Como Lorena también se cansó un poquito de escucharlo y llegó a su casa con ganas de hablar con un amigo, llamó al profe. En el contestador había algo extraño. Colgó y volvió a discar. Demasiado rápido: no contestaba nadie. Esperó, y a la tercera, una voz repitió el número, el número de él. Pero no era su voz. No había duda. Era una voz también maravillosa, una voz única en el mundo, aunque ella no se diera cuenta porque la suya también era así; era una voz creada en el crepúsculo, en el día en que los dioses dijeron basta, hemos creado por fin algo que excede, que nos excede, y ahora comenzará la fiesta, para regocijo y confusión del universo; ahora, a festejar. Era la inconfundible voz de una mujer.

Es hora de ir a casa. Somos los sultanes del ritmo. Guitarras en la noche, repiten y repiten, el bajo abajo, recuerdos. La jaula, clanch, clanch, con Eddy Van Halen y un negrito que se levanta cantando de su cama. So beat it. Clanch. Bailan. Clanch. Combaten. Just beat it. Es la lucha. No la lucha que yo recordaba, es la lucha que viene, la que llega después, lucha de afuera, oscura y de noche enjaulada, lucha de territorios. Beat it, now I want to beat it. Tres semanas ocupando el ranking americano en 1983. Otra es la gaita del Highlander, who wants to live forever. Nobody. Ya no podemos hablar. Pum-pum, toc-top. Let me go. Lo sé, I know. Tengo un dolor de cabeza, un dolor de cabeza. Me pregunto: ¿qué más, what else, Laura? Reza una pequeña plegaria. Estás linda, te gustás mucho, cada vez más linda para vos

misma, Laura, my darling. Lllaman por teléfono y cuelgan. Todos, todas lo llaman a él, ¿qué es esta voz de mujer en el teléfono? Es Laura, chup, chururup-chup, Mrs. Robinson, oh-oh-oh-oh. Help yourself. Tú puedes. Jesus... Juan el Bautista dijo: preparen el camino, preparen el camino. Me habían enviado a mí para anunciar la llegada. Pero soy mina y todos me quieren coger. Cuando dije “estén alertas, porque nadie sabe el día ni la hora, y si el Espíritu Santo la conoce, no la ha revelado”, los chicos tomaron las armas. En ese entonces todos esperábamos la hora, porque había señales en el cielo, en la tierra y en el mar. Revolution. Redemption song. Ahora me olvidé de todo, ¿no soy estúpida? Pero soy linda, honey. Tengo ojos claros, soy rubia y hago danza jazz, no, esa era otra, las minas son todas iguales. Hola, te comunicaste con el 774-6299, si querés podés dejar tu mensaje después de la señal. Piiiií. Pic, pic, pic, pic, todas las minitas de este chico se arrepienten, menos ésta, turra, you’re always around, hola, habla Lorena, pero creo que me equivoqué de teléfono o cambió la característica, perdón, yo quería hablar con... no, perdón. Laura, ¿por qué no decís quién sos en el contestador? En un lugar de la pampa, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho que vivía una dama de la noche, de nombre Laura, y le decían así, Laurita de Apuba, Laurita de Atahualpa, Laurita de las Casas. ¿Cómo vine a caer yo acá, después de la noche triste? Cabalga Diego Laínez, al buen rey besar la mano, el señor mío quemó las naves, y ahora, mi amor, estoy de lo más triste esta noche. Este es el fin, sí, de esto se desprende que hemos arribado al Fin de la Historia. El mundo entero era mejor, a better world for you and for me. Después se acabó. El sueño. El sueño terminó. Tuve un hijo y un ojo. Se lo llevaron, al primero. Al segundo lo conservo con el otro a su lado. A mi hijo le había enseñado el cantar de la metra. Hacía ratatá con las manitos, aplaudía. Cuando llegó el batuque, él hacía ratatá arriba de un cadáver, muy divertido él, el chiquitito, ratatá. Si sigue sonando el teléfono lo voy a romper. Soy la que soy, lo que soy. Le puse un nombre. Tendrá veinte años ahora, como el mundo entero. Y no se lo volví a decir a nadie. Le

puse el nombre de su padre. Un mundo feliz, soñamos. O, wonder! O brave new world that has such people in't!, Shakespeare. Mundo feliz. Tengo hambre de pizza. Fue mi único embarazo. Yo nunca fui virgen. Era el hambre de vida. Y la canción de la metra. Metro Goldwin Mayors. El tiempo nunca volvió a pasar. Todavía lo estoy pariendo, célula por célula, uña por uña. Nació en el patio closed de una unidad básica cerrada. Eramos tan felices. Laurita. Inmóviles estábamos él y yo cuando nació, vos viste cómo es eso. Bua... bua... y asoma su cabeza. Mujer, he aquí a tu hijo. Hijo, he aquí a tu madre. Ni un puto doctor, no por puto sino por doctor; pero era muy sanito. Father lo levantó en brazos, y después me lo tiró encima y se fue corriendo. Father murió, no me dijeron nunca dónde fue a parar, para que no cante o porque no sabían. Por eso me salvé de la destrucción. Esa es una de las grandes historias de la humanidad. Dice así: en el principio eran los esclavos, y los esclavos eran dios, por ellos se hizo todo y nada se hizo sin ellos; lo que por ellos se hizo era vida y la vida es luz para los hombres; la luz brilla en las tinieblas y las tinieblas no pudieron vencer la luz. La luz vino al mundo, pero el mundo no la conoció. Desde la altura del monte avistamos la emancipación y la joda, a la que nunca llegaríamos. Yo tuve un hijo y un abandono. Pero no había ya más luz afuera, y por aquel tiempo anduvimos escondidos. Good times. Lo quise hallar en los refugios, pero el padre había muerto, y a mi hijito se lo habían llevado -cantando la canción de la metra sobre un cuerpo apagado-. Yo subí, las noches de luna llena, a las terrazas del barrio insólito a cantar la canción para que mi hijo vuelva. Pero se habrá enamorado de otros cadáveres, o de papis, y no vino. ¿Veinte años? Este pibe con el que estoy parece más grande. Pero yo digo, él es como mi hijito perdido. Lo llaman todas la minas, me gusta que sea así. Yo digo para mí que es él. Yo soy eterna, todos son mis hijos. Se querrá acostar conmigo algún puto día, no por puto sino por día. Pero yo sólo pido que este teléfono deje de funcionar.



Lorena insistió bastante, pero no soportaba muy bien los contestadores. En el tercer intento dejó un mensaje abortado. Se quería presentar con la intención de dejar su número y enterarse -si la llamaban- de las razones de ese extraño cambio, pero se confundió, se puso nerviosa, pensó que se había equivocado otra vez, como ya le había sucedido antes con otro contestador y otro aborto. Esas otras cosas eran demasiado recientes como para controlarlas así nomás, su ex-marido no le quería devolver las copas, el juego de sábanas, la video casettera, el espejo de su abuela y el contestador automático. No sólo eso; el hijo de puta puso también un mensaje nuevo, con un tema del Puma Rodríguez y una voz muy grasa, algo así como una trampa para gatos, que decía *me encanta que me hayas llamado, dejáme tu mensaje, dejámelo*. Ella necesitaba el contestador para trabajar, ése era su triste argumento; lo había conseguido ella por su cuenta porque él nunca quiso comprar uno. Pero como al irse falló el transformador y se lo cambió él mismo, al hombre le costaba demasiado desprenderse -funcionaba demasiado bien-. Es hasta que consiga otro, le decía, ya te lo voy a devolver, al fin y al cabo lo único que te interesa son las cosas materiales. Los contestadores automáticos, en consecuencia, la ponen a Lorena cada vez más nerviosa. Su marido -su ex-marido- cambió finalmente la cerradura, porque justo una semana después de que su esposa se fuera, se le trabó la llave y pasó una noche muy mala, pobre hombre, y a su edad. Ella no puede ahora entrar y llevarse el aparato; su llavecita ha pasado a retiro involuntario, pero ya resulta comprensible: no hay punto de comparación entre dormir con una esposa así, veinte años más joven, y dormir solo, mirando películas en la video que también supo conservar; ni qué decir entonces de quedarse afuera con la cerradura rota, en el pasillo. Las noches encierran demasiados misterios.

Cuando Lorena era casi una niña, a los veinte años, conoció al señor R. en Brasil y se transó al amigo. Seis meses después, se casó con R. -el amigo era casado-. No solamente eso. El señor R., que era ya un hombre maduro, no aceptaba “cuidarse”. Le decía simplemente: Lorena, yo no me cuido. ¿Por qué? Porque no me gusta, Lorena. Y Lorena se casó con un embarazo de casi cinco meses. Una semana después del casamiento, perdió al chico en un aborto espontáneo, de la mano de una amiga que lloraba a su lado y le decía: te casaste, boluda, te casaste. El lema de esta asociación civil -civil porque R. no pisaba ni borracho una iglesia; los curas no podían hablarle a él de matrimonio, justamente ellos-, el lema era: yo soy grande y ya soy así, vos que sos pendeja te tenés que adaptar a mí. Sí, mi amor, el amor todo lo puede, en las buenas y en las malas, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte nos separe. Pero una tarde de principios de mayo, tres años después, Lorena juntó lo que pudo en dos bolsas de consorcio y se subió a la combi de la amiga, la misma que lloraba en su boda y en su aborto, y se fue. Dejó allí, entonces y entre otras cosas, a su marido y a su contestador.

El único amigo que la había comprendido, y al que no veía hacía unos meses, tenía ahora un mensaje de mujer en su propio teléfono y esto, más allá de asustarla, la obligaba a pensar demasiadas cosas, todas juntas, todas contradictorias. Resolvió ir hasta la casa para ver qué ocurría, aunque no fuera más que para esperarlo de pie en la puerta. Empezó a cambiarse. Le gustaba la idea; ahora que no era más una señora, volvía a arreglarse bien para salir a cualquier parte. Pronto se haría de noche. En ese horario, por lo general, él solía estar en su casa. Tenía costumbres un tanto solitarias, más aún en los últimos meses. Por eso, debería estar. A menos que tuviera secretos, alguna relación prohibida, quién lo hubiera dicho; podría haber enloquecido y dejado que la amante misteriosa grabara su mensaje, para confusión y espanto de todos. Pero no, que no le hubiera dicho nada a ella... Si llegaba a ser cierto lo de esa relación oculta, se volvería loca de orgullo: yo la conocí, iba a decir entonces, yo y nadie

más. Me fui y me planté afuera hasta que me abrió la puerta, y es una mina grande, una vieja, yo te decía que este pibe iba a terminar así; o es un travesti, ¡qué alucinante!; le digo “te agarré”, te juro que no abro la boca pero sacá ese mensaje del contestador porque vas a ir en cana, querido; cada uno con sus historias, pero mirá si se enteran y perdés el laburo; con esos ojitos tan hermosos, querido, y mirá lo que me venís a hacer; con razón nunca me diste bola a mí, amorcito, es cierto que sos un amigo pero me das asco, no, eso es muy fuerte, me das lástima, no, eso tampoco, tenés que probar lo que es bueno, es un desperdicio, no, mejor lo soborno, regaláme tu contestador o canto. Al fin y al cabo nunca fuiste sincero conmigo, nunca me dijiste si te gusta escucharme cantar: yo te llevé a todas partes y vos mudo como un tarado; ni pelota me das y encima te encerrás con un travesti en el depto, y hasta no me extrañaría que tuvieras sida. ¡Lorena!, no seas tarada -¿teta izquierda con mano derecha o teta derecha con mano izquierda?-. Pobrecito, ¿estará triste?

Los labios pintados le quedaban muy bien. Se los podía pintar incluso caminando por la calle. Un diariero tiró el pilón de Crónica y le dijo *mamita, torcéme de nuevo esa boca*. El chofer del bondi, lo mismo: la miró con una sonrisa idiota mientras otro colectivero le ponía su bondi al lado y le tocaba esos bocinazos grasa que son como un chiflido. Los dos boludos se pasaron una cuadra tocando la bocinita, bondi con bondi, y cagándose de risa. Los hombres cada vez están peor.

• • •

Dejó de funcionar, por fin, el teléfono digo, no por fin sino por teléfono. Es un chiste malo, Laurita. Te pasás las tardes bordando banderas, como las rosarinas del general Manuel Belgrano, el doctor de la ley. Wait a minute. La otra planchaba camisas blancas y cantaba un tango. Girls just wanna have fun. Es lo único que quieren. ¿Y cuál es el problema contigo, muñeca? Yo soy como todas ellas, estoy en casa y espero a mi hombre. Mi hombre es Mambrú; se fue a la guerra y no sé cuándo vendrá.

Ajá. Some fun. Me siento encerrada acá. En mi barrio de veinte años era libre, ¿te acordás? Veinte años en la torre de marfil y hormigón. Yo compuse la gesta de Lugano, por eso soy anónima. Soy NN, que es el signo del infinito, un ocho acostado, *n* al cuadrado, al rectángulo que los chicos cavan con sus propios brazos antes de acostarse en él con una bala en la pancita. El papá embozado en su uniforme puso una semillita en la panza de mamá; la semillita es de plomo marca Acme y los penetra a todos, tarde o temprano; los penetra a todos, y la primera vez duele. La gesta cuenta cómo la ciudadela jamás fue tomada; cuenta la última defensa heroica, las piedras desde las ventanas y el aceite hirviendo que tiraban las mujeres, siempre culinarias y domésticas; aceite y azafrán, mazamorra y jugo de limón, mazorca y palma de Mallorca, y ellos no pudieron entrar. Pusieron sitio a Lugano, y nunca pudieron entrar. Lugano mon amour. Para mí sólo existió el camino de entrada; el tiempo lo ha borrado, y no salí más. No puede ser. No puede ser que toquen el timbre, no puede ser, no puede ser que toquen el timbre con esa violencia, no puede ser, no puede ser que metan el dedo de esa manera en el portero, no puede ser, no puede ser que ahora alguien lo busque, no puede ser. Será una de sus minas, será, oh, qué será. Voy a matarla, o a morir. Han venido a buscarlo. Es la misma cosa, una vez más, como en la Historia.

Lorena contestó el portero temblando de miedo. Me va a hacer pasar, se repetía, me está haciendo subir, y yo con esta cara, va a pensar que soy una loca. Se miraba en el espejo del ascensor con la ansiedad súbita de un error irreparable; ¿qué estoy haciendo acá, por qué no me quedé en mi casita pintando botellas, haciendo lamparitas, vistiendo mesitas ratonas, cultivando potus? Detuvo el ascensor en la mitad, desesperada. Se la agarró con su pelo, sacudiendo y sacudiendo; las ojeras y la remera nueva pegada de esta forma a las tetas, todas las minas pensamos en algún momento que somos unas putas. Pero tuvo

un arranque de furia final, como con el portero eléctrico, y casi deja trabado el botón del piso 11. Abrió la puerta en el pasillo oscuro, que también tiene esa cualidad secreta de la vida en las ciudades, donde pueden ocurrir los hechos más atroces detrás de cada puerta mientras el pasillo se presume inocente. Al llegar al 11 B le dio el temblor tan conocido: se le aflojaba todo, igual que aquella vez cargada de bolsas de consorcio, porque su presión es como un sube y baja. Se apoyó sobre el timbre, más para mantenerse en pie que para llamar a la puerta, y cuando le abrieron ya estaba pálida, los ojos entrecerrados apenas, mirándole las manos a la mujer de la puerta y el vestido de flores, su propia boca abierta pidiendo aire, y un pequeño aliento para pedir perdón por la molestia, pero estaba buscando a un chico que vivía ahí. Laura la recibió en sus brazos como una madre, sin decirle nada, y la ayudó a sentarse; la cabeza para arriba y para atrás, un vaso de agua y algo salado, un puñadito de sal en la palma de la mano que Lorena lamía como en la niebla. Después vino el silencio y la recomposición. Las cosas vuelven en sí pero no tienen tiempo, ni significado.

- Soy Lorena, una amiga.

- Está bien, linda. No hables. Quedáte así un ratito hasta que se te pase. Y no te preocupes por nada.

Me llamo Laura, y vos debés ser la chica que llamó por teléfono. No, no tenés por qué pedir disculpas. Llamaron bastante en estos días, pero la única que dejó mensaje fuiste vos. Dejaste un mensaje muy lindo, muy tierno. No, no te habías equivocado, éste es el número. Lo que pasa es que grabé el mensaje de nuevo, lo grabé yo; creo que me lo pidió él. Sí, me dijo que le grabe el mensaje con mi voz, no sé si era porque le gusta cómo suena. Vos tenés una voz muy linda; le podés grabar uno. Sería mejor. Debe ser para que no lo molesten por ahora, claro; anda en algo muy importante. No, lo tuyo no es una molestia. Yo lo entiendo. Si al-

guien se atreve a pasar una barrera como ésa es porque realmente quiere verlo, quiere saber algo de él, y para decir la verdad, no son muchos los que hacen eso. Yo pensaba que es como morirse, “muérete y verás”, me decía mi padre; ahí aparece la verdad aunque uno no tenga oportunidad de conocerla. La tecnología -ves, ya se me pegó la forma de hablar de él, él siempre anda con eso de la tecnología, ¿no es verdad?-, la tecnología solamente modifica la superficie de la realidad, pero siempre cumplimos los mismos rituales y soñamos los mismos sueños. Cambiar la voz del contestador es una metamorfosis, o un cambio de sexo, o una pequeña muerte. Te podés sentar a ver qué ocurre, a seguir el pulso de otras transformaciones. Lo hicimos juntos la primera noche. A él le gustaba imaginar quién podría haber sido el que se quedaba en silencio del otro lado de la línea. Y me decía: la línea es una metáfora distinta ahora, no es un cordón que une sino una frontera. Es un divino ese chico, ¿no te parece? Pero creo que este tema te aburre; no es muy interesante hablar de contestadores automáticos y teléfonos, a mí también me parece. Tengo una idea, Lorena. Yo sé por qué viniste, viniste para saber de él, pero es largo de explicar. Mirá, si no te molesta, podemos tomar un té. No es ninguna molestia para mí, en realidad es un favor que te estoy pidiendo. Vos no tenés idea del tiempo que hace que no me siento a charlar, a tomar el té -esa cosa de mujeres-. De paso te ponés bien, yo te cuento todo, y te vas tranquila. ¿Tenés tiempo, no? Bueno, es un ratito. Y quién te dice, por ahí vuelve. Ah, no te avisé. No sé si va a volver ahora. Claro que va a volver en algún momento, pero no sé cuándo. Eso es parte de todo el asunto; bueno, no sé si hay un “asunto”, no me hagás caso, me gusta hacerme la misteriosa. Tenés mejor cara ahora, te están subiendo los colores. Después contáme qué te pasó. Voy a poner el agua. Pero vos sos Lorena; creo que él me habló un poquito de vos, me dijo que tenía una amiga que cantaba muy bien, que era una dulzura escucharla cantar; me dijo algunas cosas. ¿Te da vergüenza que te hable? Me encantó lo que decía. Ponéte cómoda, yo ahora voy. Te sigo contando de acá. Me dijo que tenía una

amiga que se transformaba cuando cantaba, se transformaba. Es otro raye de él ése de las transformaciones, pero yo le creo, ahora le creo, ahora que te vi. El hablaba con un cariño muy especial de vos, dejáme que te lo diga. Ahora lo entiendo. Además te viniste hasta acá. Bueno, ya está, hay que esperar el agua. Me siento y charlamos un ratito. Te debo parecer una loca, ¿no? Una extraña, así, que te recibe en la casa de tu amigo y se te pone a hablar. Bueno, hay un poco de eso, no te voy a decir que no. Soy una extraña. Es extraño. Y me gusta extrañar. No me hagas caso. Lo que pasa es que vine acá, de alguna manera, también porque extrañaba. Extrañaba todo, y también extrañaba a alguien. Pero no, a él no lo conocía. Lo conocí hace poco, hace menos de un mes. ¿Si estamos viviendo juntos? ¡Qué pregunta! Parecería que sí, es como una historia de amor a primera vista. ¿Te sorprende? Lógico, él no te dijo nada. ¿Vos creés en el amor a primera vista? Ahá. Sí, la vida es rara a veces. Pero no, te voy a explicar. No, yo estoy de paso acá, no creo que me vaya a quedar mucho tiempo. Qué dulce... No, no estamos de novios, no. El me dejó quedarme un tiempito, justamente; incluso él ahora pasa poco rato acá, viene a veces, algunas noches, y... Por ahí viene hoy, es muy posible. Para decirlo de una vez, él y yo tenemos un pacto, un arreglo de ayuda mutua. Yo me quedo en su casa, vivo acá, no exactamente con él; es casi como vivir en lugar de él. Le cuido la casa, las plantas, hago las compras, voy pagándole cuentas, y si viene alguien importante cuando él no está, yo lo puedo recibir. Viniste vos, nada más, en todos estos días, y aunque no lo veas hoy, se va a poner muy contento cuando se lo cuente. De verdad, él habla muy bien de vos; se ve que te quiere. Son raros los tipos, ¿no? Claro, más rara seré yo, estarás pensando. Y tenés razón. ¿Me esperarás un segundito? El agua ya debe estar. Y me acabo de acordar de una cosa; yo sabía que me estaba olvidando de algo. Es algo para vos, ¿adónde está? Tiene que estar por acá. Te cuento. Me dejó unas notas en un sobre, para alguna gente, por si venían y él no estaba. No eran muchas, eran tres o cuatro, pero seguro que hay una para vos. Tiene una imaginación terrible,

¿no te parece? Me decía algo muy gracioso, cuando escribió las notitas. Me decía: no te dejo mensajes para que le digas a la gente porque no te van a creer, imagináte, van a pensar que sos una asesina serial que me cortaste en pedacitos y me sembraste en las macetas, me tiraste por el inodoro, o me pusiste en el freezer. No le vayas a abrir el freezer a nadie, Laurita, me decía, tenés que conservar el encanto, o el beneficio de la duda; pero mejor que le deje una nota firmada a un par de gente, por si te preguntan por mí cuando no estoy. Debe ser típico de él; yo creo que tiene una obsesión con el tema de los mensajes. Acá está; “Lorena”, dice. Vos leéla que yo voy a buscar el té.

Lorenita: ¿Cómo estás? (No me lo digas, me imagino. Lástima que no pueda estar con vos. ¿Cómo se llama el “hombre maduro” de la semana?)

*Lorena, basta de chistes. La que te dio esto es Laura, una gran amiga y una mujer notable en muchos sentidos. Te lo digo yo. Me encantaría que la conocieras un poco, que charlaras con ella. Oíme, decíle que le digo yo que te haga un té especial, de los que ella sabe -son como una poción mágica, hacéme caso, y no acepto negativas: te quedás un rato y te tomás un té con ella (el caballero que conociste esta semana puede esperar una horita más)-. ¿Ves?, ése es tu problema, lo acabo de descubrir; vos creés que los hombres cuando crecen y te gustan siguen conservando tus tiempos. No, m'hijita, los canosos son más lentos que vos en muchos sentidos. Lorena, finalmente, preguntáale por mí, que Laura te va a explicar **todo**. Pero no pierdas demasiada energía en eso, porque te vas a perder cosas fantásticas. Un consejo: soltáale la lengua a Laura y vas a descubrir de nuevo el universo -yo no soy tan interesante, comparado con ella-. Espero verte pronto. Hasta entonces, un besito, te quiero mucho, amiguita-alumnita.*

Tu amiguito-profe.

P/D: Cantáale una canción a Laura, no me pongas esa cara. Y practiquen una a dúo para cuando yo vuelva -esa mina tiene una voz notable-.

¿Es un té “especial”? Sí, acá me escribe sobre tus té. Es una cartita muy loca. Perdonáme por haber sido tan seca. No, perdonáme igual; pero imagináte, vengo a su casa y te encuentro instalada a vos, y además me baja la presión. En los momentos más importantes me baja la presión y me desmayo, si supieras... No, ¿por qué no te voy a contar? Total. En mi casamiento me bajó la presión, pero no cuando el juez hablaba o cuando yo daba el sí, fue peor, fue cuando estaba firmando. ¿Viste que soy un poco chicata, yo? Bueno, no me quería poner los anteojos; entonces agacho la cabeza y trato de adivinar adónde va la firma; el juez se da cuenta y se acerca para señalarme, y pum, le pego un cabezazo al pobre tipo porque justo me mareé, qué estúpida. ¿Eh? No, no me dolió, el juez tenía un gato en la cabeza y me amortiguó el golpe. Sí. Mi vieja andaba con sal en una bolsita y me jodió toda la ceremonia en voz baja: “Lorena, Lorena, ¿te sentís bien?”. Sí, vieja, cortála. Y después me dice: “¿Ves que sos tarada? Yo te dije”. Tenés razón; lo que le gusta a mi vieja es decir “yo te dije, yo te dije”, ¿vos tuviste una madre igual? Claro, somos todas iguales, cuando tenga un hijo lo voy a volver loco también, hay que vengarse un poco, tenés razón. No me hagás reír, que se me cae el té. Nene, nene, abrigáte, nene, ¿comiste?, nene, cuidado al cruzar la calle, cuidado con los coches que la avenida es un peligro, me tenés siempre con el corazón en la boca, nene. Cortála, vieja, tengo cuarenta años. Si me sigo riendo así me lo voy a volcar todo encima. Siempre fui exagerada para reírme. Pará. Tal cual. Es riquísimo este té, Laura. ¿Qué le ponés? Bueno, espero que te quedes un tiempo acá, si no te jode, no sé. No, lo que te iba a decir es que yo a veces vengo y le preparo una comida especial, hacemos como una invitación a cenar al revés, para festejar cualquier cosa que le pasó a él o que me pasó a mí. Me

lleva sus propias llaves al estudio y me dice: “Lorena, te invito a cenar”, ¿te das cuenta? Pero yo igual lo espero con una cena de aquéllas, y él se cae con un vino; parecemos un matrimonio de publicidad. Bueno, estaría buena una cena los tres, yo se las hago; no, no, es un regalo, vos hacés el té. Así me explican bien. Igual, no sé. Bueno, te cuento lo que dice esta cartita, porque me dejó re-intrigada. Sí, explicáme, es que me pongo a hablar y no paro. Ahora que me puse bien, sonaste, se largó el bla-bla-blá. Vos cortáme. Ok. No; dice que te pregunte a vos, que vos me vas a explicar **todo**. Pero eso sí no te jode. Yo puedo volver en otro momento, o le podés decir que me llame, total ahora estoy más tranquila. Bueno, no sé, como vos quieras.

• • •

- ¿Por dónde querés que empiece?

- Decime dónde está.

- Mmm, está en la calle, no sé exactamente dónde, está en la ciudad, en alguna parte de la ciudad, digamos.

- ¿Y qué está haciendo?

- Está buscando a alguien.

- Demasiado misterio.

- Sí, ¿te parece? ¿Qué estás haciendo vos ahora?

- Estoy hablando con vos. Claro. Estoy tomando un té especial con una extraña. Mmmh, ¿qué más? Una extraña que vive con mi amigo, o perdón, en lugar de mi amigo. Y además, lo estoy buscando a él. ¿Es el té especial lo que me hace hablar así? Decíme la verdad.

- No está haciendo exactamente lo mismo que vos, no creo que esté tomando un té. Está buscando a una mujer. Se llama Soledad.

- ¿Soledad? ¿Quién es? ¿La conocés?

- No, no la conozco. El tenía una foto de ella por ahí, pero se la debe haber llevado. La chica desapareció.

- Típica de él...

- ¿Cómo dijiste? Bueno. En eso anda, para él es muy importante. Creo que descubrió algo hace un tiempo, no sé exactamente qué cosa, pero según dice se vio obligado a ausentarse algunas noches, y algunos días también.

- Es muy raro. ¿Por qué no me dijo nada? En realidad no sé nada de él desde hace bastante. ¿Cuánto hace que está en esto?

- Desde que lo conozco que está en esto.

- ¿Y desde cuándo?

- Sí, hace un tiempo ya. Y vos no la conociste. ¿Nunca supiste nada?

- ¿De qué?

- De ella.

- No, creo que no. ¿Qué pasó?

- Conoció a una tal Soledad, no me preguntes cómo ni cuándo, pero conoció una chica que se llama así, Soledad, y estuvo un tiempo con ella.

- Sin decir nada.

- Sin decir nada. Estuvo un tiempo con ella, no sé tampoco cuánto tiempo, aunque algo me imagino. Y un día la chica desapareció. De un día para otro, o de una noche para un día, desapareció. Ahí se dio cuenta de que sabía bastante poco sobre ella, no lo suficiente para entender qué había pasado. Sabía... su nombre, y apenas alguna historia; sabía dónde vivía y alguna vez habrá hablado con su madre también, creo que después de la desaparición, y con la policía, pero muy poco. Creo que no pudo aportar demasiado a la supuesta investigación, si es que

hubo investigación; no podía decir qué era *él de ella*, y en lugar de información todo lo que podía ofrecer eran preguntas, preguntas que lo hubieran hecho sospechoso, eso decía; pero vos sabés cómo es, ya viste lo que decía de mí, lo de asesina serial; tiene una imaginación bastante florida el muchacho. Lo cierto es que se encontró sin Soledad de pronto y sin saber por qué, con una foto en la mano y un librito extraño y muy divertido que una vez me mostró y que le había dejado la chica, o que le había quedado de ella cuando ella desapareció. Y nada más, o no, mucho más, un montón de preguntas y una cosa que él llama “conocimiento sensorial”. ¿Qué es eso? Bueno, es algo viejo, según recuerdo, y me pregunto de dónde lo habrá sacado. No sé si se refería a lo mismo; me trató de explicar que él, por ejemplo, podría encontrar a Soledad en la oscuridad total; podría quedarse completamente ciego, e incluso sordo y mudo, y podría reconocer a Soledad, porque su cuerpo le correspondía, eso es lo que dijo, así de simple.

- Me dejás muda.

- En eso te parecés a él. Es un chiste. En realidad te parecés a algunos que conozco, sí, incluso a él. A veces se quedan mudos. Debe ser por eso que estoy acá, pero ésa es otra historia. Estábamos con que su cuerpo le correspondía; bueno, yo puedo imaginarme a qué se estaba refiriendo, yo vi la foto de la chica y sí, de alguna manera le correspondía, pero no sólo a él...

- ¿Te pasa algo? Bueno, ¿y cómo era?

- ¿La foto? La foto es una sensación, no sé si me entendés; yo no estaba sola con la foto en la mano, estaba él mirándola también; él me la mostró y me dijo, sí, por primera vez, me dijo “se llama Soledad”, y la estaba mirando. ¿Es posible que se estuvieran mirando?, me pregunto. Porque estaba como iluminada por la mirada de él, vos viste los ojos que tiene ese chico.

- Los ojitos de Bambi, le digo yo.

- Sí, tenés razón, es una especie de ciervito de Walt Disney

tu profe, no lo había pensado. Y ella era hermosa, diría yo; pero la sensación es otra. Está bien, tenía un rostro perfecto, unos rasgos muy dulces, el cabello brillante, atado con dos trenzas negras a los costados, las cejas altas, las pestañas inmensas y una boca así como la tuya, pero más finita, como más estirada para los costados, la naricita, los dientes, un sueño, pero no, no era eso; la mina era hermosa porque él la miraba, o porque se estaban mirando, no sé si me entendés. Incluso su nombre no es el que yo te dije ahora.

- No me vuelvas loca.

- Sí, debe llamarse Soledad, no es eso, pero no es pronunciado por mí como suena de verdad. Ponéle: decílo vos, decí Soledad.

- ¿Soledad?

- Sí. No es lo mismo. Ese nombre... yo sabía, por eso estoy acá, pero ésa es otra historia. Yo escuché una sola vez, antes, ese nombre. Claro, no es lo mismo... ¿Querés más té?

- Quiero que me expliques **todo**.

- ¿Con té o sin té? Mirá que es largo.

- Con lo que vos quieras, pero ahora me lo tenés que explicar. Bueno, si no te jode, yo tengo tiempo.

- Y por ahí vuelve. Tengamos esa esperanza, digo. Algunas noches viene, no sé si hoy; depende de lo que haya encontrado.

- Laura, estoy a punto de ponerme a gritar. Si no fuera por la carta ya me hubiera ido corriendo. Esto es demasiado para mí. No es por vos, no me parece que estés mintiendo, pero me voy a ir corriendo, en cualquier momento, voy a buscar a la policía, voy a armar un quilombo de novela...

- ¿Qué dice la carta?

- Tomá la carta. Dice que me expliques, dice que vos me vas a contar todo, y quiero que empieces de una vez, así que em-

pezá por el principio. Decíme quién sos, qué hacés acá, cómo lo conociste, dónde está él, cuándo va a volver y por qué se fue; qué es todo esto del mensaje, y no me vuelvas más loca.

- Te voy a contar. Es simpática la carta. Dice un par de cosas sobre nosotras.

- ¿Puedo hacer un llamado antes?

- Sí, por supuesto.

Las mujeres somos temerosas entre nosotras, somos lo más parecido a aquellos enemigos. Hola, ¿Leo? Habla Lorena, dame con Leo, dale, apuráte. La ausencia nos resiente. ¿Dónde estás ahora, que nos falta un hombre? Llamando a otro hombre. Leo, oíme, anotá esta dirección, ahora te explico, vos anotála, ¿tenés para anotar? Buscá rápido. Pasamos con una enorme facilidad de uno a otro, para los mismos fines. Conservación de la especie, conservación del hábito, conservación acogedora. Somos las acogedoras. Ellos buscan, sin embargo, otra cosa. Ellos dos, el uno y el otro, los que nos tienen acá. ¿Será como en los viejos tiempos? No hay mal que dure veinte años, no. Anotá: Santa Fe cinco tres cinco cinco once "be", be de boludo, sí. Es casi como había imaginado a sus minitas. ¿No seré yo una del grupo también? Pero es muy dulce esta nena. Atrás de la dulzura está el instinto de las lobaras; yo también era muy dulce, Laurita, muy. Bueno, escucháme bien, yo estoy ahora en esa dirección, en la casa de un amigo, ¿me podés hacer un favor? Bueno... este... si yo no te llamé antes de las doce, ¿me venís a buscar? Podría reproducir el mensaje palabra por palabra, porque ese mensaje está en mi experiencia. No necesito escucharlo, así que no necesita bajar tanto la voz. Es muy tierna todavía, y lo seguirá siendo. No tiene por qué perder. Te estoy pidiendo un favor, Leo. Es que... el teléfono anda mal, por ahí se corta. Un hijo te cambia algunas cosas. No seas pelotudo; ningún taxi, Leo, es en serio, es un favor que te pido y después te explico. Una canción, eso nos pidió él, y él es un chico hábil, conocía de alguna manera la canción que yo cantaba. No pasa nada, no pasa nada, me siento un poco mal, ¡una vez que te pido algo..! Igual te

voy a llamar para que te quedes tranquilo; me voy a ir temprano, es por las dudas. *Un cantar a dúo, ella y yo, ella y yo, tal vez entonces vuelva.* Bueno, es que estoy en uno de mis días, ¿no podés entender? Te voy a llamar; simplemente te pido que vengas si yo no te volví a llamar antes de las doce, ¿tanto lío por eso? *¿Una canción de amor, o una canción de cuna? O una canción de guerra, una murga, un descontrol.* ¿Ves que al final sos buenito, brother, my dear? Es por eso que te quiero tanto. *No, él no es así, y él me está avisando. Es una canción de amor si lo encontré, si la encontraron, es nuestra canción.* Bueno, un besito, te llamo, chau. *La llevo en mis oídos, la música más bella.*

- Ya está, Laura, gracias.

- Bueno, vení. Sentáte que te cuento.

Yo soy Laura, aquella Laura que algunos llamaban Laurita de Apuba, como si dijeran Laurita de la Vega. Eso fue hace mucho tiempo, hace más de veinte años, y son cosas de las que mejor no hablar, porque igual no me entenderías; no tenés memoria de esas cosas. Eran otros tiempos, tiempos difíciles si los hay, pero hermosos tiempos, en los que era todo o nada; así se jugaban las cartas mano a mano, sin pedir permiso al adversario. Jugábamos todos, hasta los que decían que no jugaban, que nunca habían pensado en jugar, que ni siquiera conocían el juego. Así eran las cosas. Yo vivía en otro lado. Un lugar en el espacio era ése, como decían en las escuelas de expresión corporal, las verdaderas, las de antes, cuando el cuerpo era el espacio en el espacio, a pesar de los sacrificios. Era el tiempo de los cuerpos en lucha, antes de que los borrarán. Después inventaron la máquina de borrar cuerpos, de desaparecerlos. Pero justo antes, un minuto antes diría, yo di a luz. Di a luz un niño, y le puse por nombre Emanuel, que en hebreo significa “Dios con nosotros”. El padre pronto habría de ser borrado por la máquina, y no figura en ningún libro, ni en el libro de los nombres, aunque para que me en-

tiendas haya que darle uno; supongamos que se llamaba Carlos. Carlos lo levantó en brazos, y luego se fue corriendo y me dejó allí, y nunca supe más de él. Yo estaba en otro lado, en un lugar ahora inexistente, como tantos otros, un lugar cerrado con una única salida; eso fue hace más de veinte años. Sí, yo tengo más de veinte años, más del doble de veinte años, diría yo; es así. Yo asistí al nacimiento del mundo, podría decirse, y también a su destrucción, pero su destrucción se llevó a mi vástago. Es una irresponsabilidad contarlo como lo cuento, tal vez, pero no puedo hacerlo de otra manera. Era apenas un nenito, que ni siquiera sabía hablar, ni siquiera sabía decir mamá, pero que tal vez reconocía su nombre, sí, su nombre. Y había una canción que la madre le cantaba siempre, se la cantaba entre otros cuerpos, cuerpos difíciles, te diría, pero cuerpos muy posibles. Animados e inanimados. Así fue la última vez. A él le encantaban los ruidos, era un nene muy despierto, le gustaba el sonido metálico de las balas, las prácticas de tiro; él aplaudía todo tiroteo experimental, todo anuncio de un mundo nuevo. Saludaba así al sol naciente, al sol del Este, con las manitos aplaudiendo, cantando nuestra canción. Así lo encontraron, según se cuenta, aplaudiendo los ruidos que había habido, ruidos crueles, ruidos de un mundo mejor que se desangra. Son cosas que después escuché como un rumor, un rumor de boca en boca que llegaba hasta las alturas de mi pabellón. Porque yo me refugié en una torre en Lugano, en un lugar imposible, imposible todo el tiempo desde que tengo memoria. Yo lo había perdido. Así era mi hijo, el de las manitos y la canción de la metra, que una vez perdí, o que alguna vez me perdió a mí, hace más de veinte años, cuando el mundo no era el mundo todavía. Y me quedé allí todo el tiempo hasta hace poco. No podría explicarte lo que vi y dejé de ver en estos años, nunca me entenderías. Pensá simplemente que asistí al rumor de las transformaciones. Yo tenía un radio, una especie de aparato que capta las frecuencias del aire. El radio se fue convirtiendo en algo muy loco, en un receptor de mil voces femeninas, voces muy bellas, que presentaban canciones de todo tipo, ¿cómo explicarte

estas cosas? Yo no tenía a nadie, excepto a algún visitante que ni siquiera noticias podía traer. En las noches de luna llena yo salía a la azotea y cantaba nuestra canción de cuna, sólo para no olvidar. Estaba sola. Las voces de la radio iban cambiando muy lentamente, hablaban de rankings, de canciones, de mensajes que mandaban besos, de cumpleaños felices, e incluso fueron inventando los contestadores, las computadoras, los compactos, los recitales extranjeros y las promociones. Yo aprendía a balbucear sus ritmos nuevos, las palabritas de una segunda generación. Aprendí muchas cosas; incluso aprendí, ciertas noches, a contar mis historias así, así como las escuchás, como historias mágicas e inofensivas de una loca que perdió un nenito y quedó de la cabeza, historias atravesadas por fantasías y ángeles que las hacen soportables. No puedo culparme, ni de haber vivido ni de contarlos así, falseando los detalles, tiñiéndolo todo de fantasía para que al menos me escuches. Y pasó mucho tiempo. Los visitantes cambiaron, el barrio cambió, sus habitantes cambiaron. Los mensajes empezaron a ser diferentes y a hablar de otras cosas, de cosas que corrían, de precios de transacción, de cuánto costaba conseguir de la buena, de territorios. El mundo había desaparecido o yo me equivocaba, o había desaparecido yo del mundo. Y eso era bueno. Yo era Laurita pero no estaba, no estaba en ningún lugar; yo podía ser un nexo para todo y para todos, los ocultos, los dobles, los que necesitaban el pase. Entonces muchos empezaron a necesitarme de ese modo y yo a sobrevivir, a alimentar. Llegar a mí era un misterio, y salir era simplemente un permiso, un permiso de olvido. Me necesitaban. Ellos me construyeron de nuevo, tiernamente, a lo largo de los años. Yo podía conservar mi imagen, mi imagen para nadie, mientras el mundo se hacía de nuevo, mientras el mundo que alguna vez me amó ahora me olvidaba. Pero había dejado a mi criaturita en ese mundo, y aunque les molestara, yo todavía salía a cantar mi canción a la terraza. Conservaba además otros vicios, vicios en las palabras, en concebir las cosas, en interpretar los cambios. Si me escucharas hablar de ciertas cosas que pienso te espantarías, te

irías corriendo, como me dijiste antes, pero ahora en serio. De todas maneras puedo hablarte, yo sé cómo cuidar una sensibilidad como la tuya; si no, no hubiera salido. Aunque no me creas, te conozco. Tu voz es tal vez más bella todavía que las voces de la radio, pero tiene el mismo tono, tiene la misma frecuencia, y yo puedo hablar tu lenguaje aunque ahora me haga la loca y juegetee con estos sortilegios. Podés pensar que te puse algo en ese té del que hablaba tu amigo, que si no te podés mover mucho es por eso, que estoy a punto de hacerte algo terrible; pero no es cierto. En el fondo no estás pensando así, yo lo sé. Hay algo en la corriente más interna de la humanidad que vos también podés comprender. Alguien que conocí debe haber creído que era el síntoma de una cerveza de más lo que le estaba ocurriendo, y de esa persona también quisiera hablarte, pero te lo digo ya: esa vez tampoco era eso, y de alguna manera ésa es la razón por la que estoy acá; es por esa persona que yo estoy acá con vos ahora, Lorena, para practicar más tarde, si me das el gusto y la alegría, alguna cancioncita a dúo mientras esperamos a tu amigo el bambi, a tu amigo que es tan tierno y que entiende ciertas cosas y que me dejó acá en su lugar. Sólo te pido que lo cuides un poco a él si algo sale mal, porque no creo que yo vaya a estar después si eso ocurre, si no encuentra lo que está buscando, o si solamente encuentra una parte. Yo estoy acá por otra cosa y sin embargo es parte de la misma historia, como todo lo que nos sucede si se lo mira bien. Podría leer la tuya, la historia de tu vida, como lee las manos una bruja, si me la contás y sí, te pido eso, creo, tan sólo eso en compensación o como un regalo, o como una pequeña muestra de afecto, si es que después de todo me gano tu simpatía. Que me cuentes tu historia. Aunque sea para que me cuentes algo a mí, así como yo te cuento algo a vos. ¿Me vas a contar? Porque yo te cuento, Lorena, sí; tu amigo habló muy bien de vos, yo te cuento. Pasé muchos años en la torre, conectada al mundo a través de la ciudadela por pasadizos secretos, como los de una madriguera, y por el éter, por las ondas del aire; yo seguía allí. Hasta que una noche, una noche equis, una más, me trajeron

una mascotita, una ternurita, cómo decirte, un chaboncito hermoso de apenas veintipico que no estaba habilitado a pasar por ciertas zonas pero que por vaya a saber qué gracia del destino no habían querido que se quedara afuera; y me lo trajeron a mí, al aguante, supongo que para que no jodiera, para que yo lo tuviera quieto. Es que algunos ya pensaban que yo era como la araña, con una cueva redonda bordada de redes, la araña inmortal que nadie recuerda de dónde ha venido ni si tiene algún otro destino en el mundo que conservarse a sí misma allí, idéntica siempre. Me lo habrán traído como un juguete, supongo, el juguete de la diosa esquiva con la que mejor estar bien y tenerla a su favor. Me lo dejaron casi toda la noche, pero no era un juguete ese chico, no era un juguete. Ese chico conoció mi nombre y conoció mi cuerpo antes. Ese chico, tengo que decírtelo, ese chico, estoy segura, ya lo había conocido todo antes. Más de veinte años antes ya lo había conocido. Es un horror, ya lo sé, tal vez sea un horror, pero vos que sos mujer lo vas a entender. Ese chico había cantado mucho tiempo antes la cancioncita entre los cuerpos, yo no me engaño. Pensé que me engañaba, pero no. A veces sigo pensando que me engaño, muchas veces; pienso que no es posible, que es sólo mi deseo de salir, de salir por fin y de encontrarlo. No puedo dejar de confesártelo: a veces llegué a querer ver, a querer convencerme de que lo había encontrado, de que nuestro amiguito el bambi, que puede llegar en cualquier momento, era mi hijito bienamado en quien tenía todas mis esperanzas, mi hijito perdido, pero no, no es él; vos debés conocer a su madre seguramente y yo no estoy tan loca, no estoy loca de ninguna manera, no más que él, ni que vos, ni que cualquiera. Lo que pasa es que he vivido. Fue a mi hijo a quien volví a ver una noche en Lugano, una noche equis, cuando me lo trajeron como un juguete o un mosquito para la telaraña. Yo me esforcé por dejarlo partir y por convencerme de que no era él (al fin y al cabo, una madre puede equivocarse). Pero sobre todo lo dejé partir porque dijo algo, algo casi innombrable, y ya ves, acá se encierra todo aunque yo pueda seguir hablando muchas horas más. Mi hijo estaba triste. Mi hijo

la estaba buscando, buscaba a una desaparecida, ¿vos podés entender lo que eso significa? Estaba buscando a una mujer; y esa mujer no era yo, y era una mujer que ya no estaba. Y yo lloraba. Yo... había probado su carne otra vez, como era en un principio, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Y él estaba buscando -"siempre la estoy buscando", dijo- a Soledad, ¿podés entender? El la nombró por primera vez, tal como la nombraba nuestro amiguito el bambi: mi hijo dijo "Soledad" y yo me estremecí como solamente puede hacerlo una madre. Quise ser cruel con él, no con la verdad sino con las palabras, y hasta me quiso pegar. Pero yo lo besé, Lorena; él no tenía por qué saber qué significaba ese beso, a pesar de su nombre; él ni siquiera sabe su propio nombre. Habíamos hecho el amor y además, ahora lo besaba como si fuera una traición. Y después lo dejé partir. ¿Me habrá olvidado? Ojalá. Ojalá, si alguna vez lo vuelvo a encontrar, me haya olvidado, haya olvidado el olor de su propia madre, el olor doblemente sentido del sexo de su propia madre. Y esa es la historia. Yo tejí después mis telarañas sobre la puerta de la cueva, y cuando el horror y el milagro de lo que había ocurrido se hicieron carne de mi carne, por decirlo de algún modo, me fui de allí. Creo que me fui a buscarlo, pero no estoy muy segura. Esa otra historia no corresponde a esta noche tierna, a esta noche con vos. O tal vez la historia de recién es la que no corresponde y a vos sólo te interesa saber cómo llegué a conocer a tu amiguito el profesor. Pero no deberías conocer mis métodos, o no podrías. Solamente te digo que no es una efecto del azar, de todas maneras, sino una especie de consecuencia lógica, aunque vos no puedas imaginarla. Te bastaría saber esto: yo sólo sé que mi hijo la busca a Soledad y que la hermosa Soledad ha desaparecido. Fue un treinta de junio, ya ves, la fecha me la dijo mi chiquito entre lágrimas, creo, sí, me dijo algo así. Y yo salí a buscar al que buscaba a Soledad. Pero no es uno solo el que la busca, ya ves, sí, ya ves, debés estar viendo muchas cosas -te digo a cada rato "ya ves"-; me imagino que estás viendo tu vida entera desfilar ante tus ojos, como dicen de la muerte, pero es solamente mi imagi-

nación. Nuestro amiguito el bambi está buscando a la misma mujer; yo vi su foto, o mejor, yo lo vi mirar su foto y vi su foto mirada por él. Con esos ojitos tan preciosos que tiene no puedo creer que no haya pasado algo entre ustedes alguna vez y pienso que no me equivoco: una chica como vos y un chico como él; pero ya ves, una vez más: él también busca a otra mujer esta noche. Es cierto eso, Lorena, creo que es lo único cierto en esta noche, en esta vida, y es así: ellos buscan a una única mujer que no está. Esa mujer no sos vos ni soy yo. Se llama Soledad.

• • •

Yo también tuve un hijo dentro mío. No nació. Bueno, salió muerto, a los cinco meses. Un aborto natural. ¿Sabés qué? En los cinco meses que duró mi embarazo, mi marido nunca me tocó la panza, le daba asco. Después tuve una terrible infección, estuve en cama mucho tiempo, me dolía todo, me sentía mal todas las noches y al final mi marido ya ni siquiera llamaba al médico, decía que le rompía las pelotas. Y yo le pedí un hijo, otro hijo un año entero, y nada. Si Lorena quiere tener otro hijo, lo tenemos ya, les decía a mis amigos, y no sé cómo puede ser que dijera eso si yo se lo estuve pidiendo un año entero. Pero no sé por qué te hablo de esto, no sé por qué pensé en esto cuando me contabas esa historia terrible. No puedo creerte esa historia, no sé por qué no puedo creerte esa historia. No me hace bien esa historia, no sé por qué me la contaste. Me hace llorar, no puedo parar de llorar, estoy llorando por mí, Laura, lloro porque estoy acá, donde no debería estar. Estoy con vos acá; yo no debería estar con vos, no debería haberte conocido, ni haberte escuchado nunca. El tampoco debería haberte conocido, no sé qué es todo esto. ¿Por qué no se dejarán de joder todos los hombres con estas cosas? No me explico qué tiene que estar haciendo esta noche afuera, en la calle, como decís vos. ¿Qué va a encontrar en la calle, una mujer? ¿Va a encontrar una mujer en la calle? La calle está llena de putas a la noche, no hay mujeres en la calle de noche excepto las putas; lo único que puedo creer es que esté bus-

cando una puta, como hacen todos los tipos, salen de noche para buscar putas, y cuando conocés un tipo de noche te trata como a una puta, y eso es lo que debe ser una, una puta, nada más, una puta siempre, para los hombres una no es más que una puta. Los tocás, se las chupás, te hacés coger, Laura, después se te duermen, te tratan para la mierda, se olvidan de vos. ¿Te creés que les importa si vos sentís, te creés que les importa lo que a vos te puede gustar? Es como recoger las miguitas de la comida de los tipos, las gotitas de semen que les sobra, estoy furiosa. Ahora lloro de odio, no soy tan estúpida. ¿Sabés lo que me decía mi marido, sabés lo que me hacía? Me decía siempre lo mismo: yo tengo experiencia Lorena, con mi amigo Gustavo nos cogíamos a todas las minas, de a dos, y está bien, estás aprendiendo -me decía después de hacer el amor- estás aprendiendo, ya te va a salir bien. Y yo me esforzaba porque él tenía razón, yo no sabía hacer nada. El se casó conmigo también por eso, porque yo no sabía nada, porque yo no era una puta; se casó para poder decirme: ya vas a aprender, no está mal. ¿Y sabés qué? ¡Era mentira! Yo soy como todas las minas, hasta la más boluda puede chupar una pija como los dioses. Me encantan las pijas como a todas las minas. ¿Sabés lo que hice después de separarme? A los dos meses, cuando se me pasó un poco la depre, conocí un tipo grande, de treinta y seis y un metro noventa, que creía que la tenía reclara -la tenía reclara, es verdad-, y me miraba como diciendo qué tiernita, esta mina es como una virgen, le voy a enseñar un par de cosas. Cuando me le tiré encima y me empecé a mover -no sabés cómo me muevo yo-, el tipo abrió los ojos como dos huevos; yo le tenía los huevos apretados, ahora me cago de risa, dejáme reírme; abrió los ojos como dos huevos y me dijo: “Lorena, me sorprendés, sos una hija-de-puta”. ¡Síiii, soy una hija de puta! Todas las mujeres somos unas hijas de puta, las madres de hijas mujeres son unas putas, y nos pasan la putez de madres a hijas porque está en los genes; todas podemos apretarles los huevitos a los tipos hasta que lloren y chupárselos hasta que acaben; ellos sienten el terror de los dientes, porque si los cerramos fuerte les cortamos la pija,

nos comemos el palo, así, trac, como debería haberle hecho a mi marido; pobre, no le hubiera hecho nunca eso, pobrecito, a veces me da lástima, yo lo quería. No sé por qué te hablo a vos de mi marido, con las cosas que me contaste, esas cosas terribles, esa historia de mierda. ¿Quién sos vos, Laura? A mí me parece que te entiendo, cuando hablabas me parecía que te entendía, pero explicame por qué. ¿De dónde saliste vos? Ahora entiendo que vos sos mucho más grande, vos podrías casi ser mi madre, pero parecés más joven, en todo caso te escuchaba por momentos como si tuvieras mi edad, como si fueras una chica como yo, y no sos una chica. Laura, me llenás de miedo. Van a venir a buscarme. Va a venir mi hermano, en cualquier momento, después de las doce. Más vale que tengas cuidado: cualquier cosa que quieras hacer yo no lo puedo evitar, pero mi hermano es grandote y me cuida; ojo, tené cuidado, me llega a pasar algo y mi hermano te mata. Es ridículo tenerle miedo a una mujer. Cuando salís a la calle de noche y te dicen tené cuidado, a ver si te pasa algo, te están diciendo que tengas cuidado a ver si te cogen, es todo lo que importa, mirá si te cogen. Eso es todo lo que te puede pasar, pero eso no se dice, no se dice tené cuidado que te pueden coger, se dice tené cuidado a ver si te pasa algo, ¿no será que lo único que le puede pasar a una es que se la cojan? Vos no podés cogerme, dejáme que me ría con lo que te voy a decir, vos no me podés coger como a mí me gustaría que me cojan. No sé cómo es eso, ¿te acostaste alguna vez con una mujer? Me da muchísimo asco pensarlo, pero debe ser mucho más dulce, me cago en la dulzura. ¿Ves? Yo soy una chica dulce, una muñequita, todos me dicen que soy una chica muy dulce, yo creo que también piensan que soy un poco boluda. Y ahora estoy hablando como una guasa; yo nunca hablo así. Me da risa. Es que vos hacés que me suelte. Ni se te ocurra tocarme; mirá la fantasía que tengo, me da vergüenza. Los tipos se calientan pensando en estas cosas, ¿te diste cuenta alguna vez de eso? Se calientan con minas juntas. Hasta el profe, nuestro amiguito, se calienta con eso. Me estaría diciendo: Lorenita, ¿no la tocaste un poquito? ¿No te dieron unas ganitas,

así, unas manitos? Salí, puto de mierda, qué asco. Y el guacho dejaría de comer un rato para tocarme, tenías razón, no es que nunca haya pasado nada entre él y yo, pero tampoco es lo que te imaginás. Coger, lo que se dice coger, no cogimos nunca, y no creo que vayamos a coger nunca tampoco. Nos tocamos un poco, para joder nomás; él me toca las tetas, el hijo de puta es capaz de dejarme en bombacha en tres segundos, yo no sé cómo hace, yo lo cago a palos, no me depilé, le digo. Un día le di besitos en la pija y él me tocaba, pero ¿sabés qué? Nos calentamos por separado. El nunca *está conmigo*, y yo no me puedo imaginar *estar con él*, es como si estuviéramos solos, o con otras personas. A él se le nota más que está siempre como con otra persona. A mí no me importa; yo es como si ni siquiera estuviera donde estoy, por eso después la cortamos sin drama; yo no podría dejarme penetrar por él. No creo que él quiera tampoco. Siempre me pareció como un poco reservado, en ese sentido -no en las palabras, él es capaz de decir cosas tremendas-; ahora que lo pienso él es un poco como vos, Laurita, en cuanto a las palabras. Pero yo me refiero a otra cosa cuando digo que es reservado, me refiero a que tiene “algo reservado” en su intimidad, abajo de todo, algo reservado -cómo te explico-, ¿para alguien?, ¿para otra? Para Soledad tal vez; mirá lo que termino pensando; ¿será eso? Que todo sea para esa mina. Te debe hacer mal que te la nombre, pero vos la nombraste primero, vos la trajiste acá, me hablaste de ella, cosa que él nunca había hecho, y además yo no sé si creerte. Una mina que yo no vi nunca, que él nunca nombró, que tiene una foto que solamente viste vos, y decís que es hermosa, me imagino, si mi bambi anda por ahí a la noche buscándola, entonces debe ser hermosa. ¿Será una puta esa chica? No será como nosotras, supongo. Me da infinita bronca, por un lado, que no sea como nosotras; ¿por qué no es como nosotras? ¿Qué le vio el muy puto a esa mina? Debe ser que la perdió, que no puede tenerla, él es así de raro, o es como todos los putos tipos que nunca se conforman. No, los hombres no son así; él es así. Y tu hijo debe ser así también. ¿Te molesta que te hable de tu hijo? Es que ahora te estoy

creyendo, no me preguntes por qué. Será porque yo también estuve a punto de tener un hijo. Es como si vos también hubieras estado *a punto* de tenerlo, no te enojés. No te pongas triste, Laurita, me parte el corazón. Ahora soy yo la que te tengo a vos así, la que te habla de vos, la que te dice cosas. Te acostaste con tu propio hijo, Laura, ¿puede ser verdad eso? Entonces yo también me acosté con el mío, en la cama del quirófano donde lo perdí. Las dos perdimos un hijo acostadas; lo que pasa es que vos lo perdiste dos veces. Pero también hay cadáveres de por medio entre nosotras, no sé por qué estoy hablando así, no sé por qué soy capaz de decir semejantes cosas. Te estoy haciendo mierda. Me la debías, Laura; estamos permanentemente perdiendo hombres, hombres que perdieron a una mujer que no somos nosotras. Mierda. Tu hijito cantaba una canción con vos. Lo viste cantar arriba de un cuerpo muerto, ¿es eso lo que me dijiste? Eso es una premonición. Los cuerpos muertos, estoy completamente loca, estoy inspirada, estoy horrorosa, nunca sentí estas cosas, es muy distinto que cantar -cuando canto me voy del mundo-, pero es parecido. Lo que pasa es que esto es un horror. Lo que me contaste es un horror, y ahora yo te lo devuelvo. Somos unas putas, Laura; estoy orgullosa. Unas putas indispuetas y salpicamos sangre por todos lados, ¿o no hubo acaso sangre en tu parto también, como en mi aborto? Carajo, mierda, me estoy volviendo loca. El profe nos pidió una canción a dúo en la carta, ¿qué quería decir? El, él debe estar escuchando ahora la canción que nos pedía, yo nunca hablé así, nunca me sentí así, excepto a veces, en algún segundo terrible de una canción emocionante, pero no es lo mismo. ¿No nos tendremos que poner a cantar ahora? Una canción de amor, Laurita, la puta madre, te lo dije a vos, pero yo nunca puteo. Estamos a punto de matarnos. Y ellos deben saberlo. ¿O me equivoco? ¿Cómo termina esta historia, Laurita de Apuba? ¿Qué es eso que descubrió mi bambi, lo que lo hace salir de noche? ¿Que hay una Soledad perdida por las calles, o que hay otro que también la busca? Hay otro que la busca; vos querés que lo encuentre. Eso es lo que me inspira la droga de tu té especial,

a mí no me vas a engañar; vos sos una asesina serial hija de mil putas, ¿era así? ¿Sos como yo? ¿Este es el universo visto de nuevo de la carta? “Soltáale la lengua a Laura, Lorenita”. Ahora no tenés nada que decir; ahora vamos a cantar nuestra canción a dúo. ¿Qué estoy diciendo, qué me está pasando? ¿Nos baja la presión, Laurita, a las dos? Acostémonos entonces. Vamos a parir un poco más de muerte.

CUATRO

El padre de Soledad está vivo; vive en Miami y es el manager de los hijos de los Bee Gees. ¿Te acordás de los Bee Gees? Bueno, el padre de Soledad es el manager de los hijos. Hay que ser jodido para eso. Una vez me contó que había un pibe que tenía en el walkman un cassette de los Bee Gees. Ella le pregunta ¿qué escuchás?, y el pibe le dice: escucho los Bee Gees para recordar viejas épocas. “¡Uh!”, le dice Soledad -era alucinante cuando decía “uh”, así, con la trompita y las cejas serias-. Le dijo: “uh, espero que nunca me pase algo así, llegar a una edad en la te pongas a escuchar los Bee Gees porque te querés acordar”. Es cierto. Aunque yo creo que el flaco tenía veinticinco, más o menos, más o menos como Soledad. Qué mina. A veces te decía: yo quiero llegar a los treinta ¿sabés cómo?; rodeada de mis hijitos en la cama grande, mirando la tele, los domingos a la tarde; qué más podés pedir. No sé. No sé lo que estará pidiendo ella ahora. Y tampoco sé qué más podríamos pedir, pero eso sí: yo no quiero tener nada que ver con los hijos de los Bee Gees. ¿Te imaginás un domingo mirando la tele en la cama grande con los hijos de los Bee Gees? Te pasan Fiebre del Sábado por la Noche, con John Travolta, y todos los boludos -serán cinco o seis- te dicen ¿y mi

papi cuándo aparece? No sé, chiquito, no sé, no rompás las pelotitas; es ése que está cantando, vos no lo ves pero escuchálo, y dejáte de joder. Papi, papi, papi, empiezan a decir y se ponen a bailar arriba de cama y a hacer quilombo, a bailar con las manos así, una rosquita para acá y otra para allá, staying-alive - staying-alive, ah-ah-ah, una joda bárbara. Staying-alive. Manteniéndose vivo. Significa eso la cancioncita. Uno nunca le da pelota a lo que significan las letras de los temas; siempre es mejor así porque ¿cómo vas a estar pensando todo el tiempo lo que quiere decir un tema? Es más, yo tenía un amigo que miró *The Wall*, la película, quince veces en video, cuando recién empezaban los videos, te estoy hablando de cuando teníamos trece o catorce y traían videos importados que no estaban traducidos; entonces el flaco la vio como quince veces y era *su* película, el man te hablaba de *The Wall*, todo era *The Wall*, ya te pudría un poco pero tenía razón, era todo *The Wall*. Hasta que una vez fue al video y le dieron una versión que tenía los subtítulos. El pibe se deprimió. ¿Cómo te explico? No era más *su* película. Ahora leía las letras de los temas, ahora entendía la película, la historia, yo qué sé, ¿qué era lo que entendía ahora? Creo que entendía el significado que tenía *The Wall* para los que la hicieron cuando la hicieron. Es más, es como si hubiera entendido lo que significaba ahora “el muro”, palabra de mierda traducida, para los que hicieron “el muro”. Yo lo entiendo al flaco. No la volvió a ver nunca más. Tampoco habló más de la película. Y creo que solamente a mí me lo dijo. Yo debo tener algo con la gente, que viene y me dice cosas a mí que por ahí no le dice a nadie. Soledad hacía eso también. Ahí tenés por qué, al final de todo, yo sé tantas cosas de ella, si es que son muchas; yo debo ser uno de los que más sabe de ella pero ella no está: lo que no me dijo fue cómo hacer para encontrarla; o por ahí sí, imagináte, ahora que lo pienso, ¿no me habrá dicho todo pero en otro idioma? Mirá: yo soy el flaco que mira *The Wall*; la película es ella. Ella dice un montón de cosas y hace un montón de cosas y yo la entiendo de una manera un día, de otra manera otro día, y así quince veces. Porque esa mina es como la música,

hay que sentirla, no entenderla. Y ahora que no está, ¿mirá si aparece de nuevo subtitulada? Digo, estoy reloco, pero por ahí ni ella entendía lo que decía y lo que hacía; ella es como un sentimiento, Soledad es como Boca Juniors, un sentimiento: “aunque ganes o pierdas / a mí me importa una mierda”; ella es Boca y yo soy la Doce. O por ahí es al revés, ella es el pibe y yo soy “el muro”. Pero no, no; yo nunca le voy a subtitular nada a nadie, no sé si me entendés; cada uno está bien con sus historias cuando las tiene, y sin sus historias cuando no las tiene. Ella me contó a mí un montón de cosas y yo te las conté después a vos, junto con las mías, no todas, pero la mayoría. Te las conté así como fueron cuando fueron, como me las contaron cuando me las contaron o como me pasan a mí cuando me pasan, cuando me las acuerdo o cuando las pienso. Es como yo las veo. Me la pasé contándote la película pero lo loco es que vos no me decís nada. Vos no decís nada. Vos, brother; yo creo que ya llegó el momento, porque vos no decís nada. Por ahí sí, ya es hora de que me calle, ahora que vos también viste todo. Yo sé que vos sos diferente, pero está todo bien, no te preocupes. No pasa nada. Mirá, había una vez un flaco que venía siempre con nosotros al Dragón, en el Abasto. Era conocido o amigo de uno de los chabones que venía siempre, y la historia es que tenía tanta cara de cana que era imposible que fuera cana, ¿me entendés? Todos sabíamos que no era, porque parecía. Un flaco macanudo. No sé qué habrá sido de él; a veces pienso que hasta la misma cana se dio cuenta y se lo llevó, ¿te imaginás? Te llevan porque tenés cara de cana, es alucinante. Te puede pasar cualquier cosa. Hasta estar conmigo, para vos, debe ser algo así. Porque vos debés hablar un par de idiomas, ¿no? Debés laburar en una empresa, debés tener guita. Vos debés haber estudiado en la universidad, y tu papá te debe haber pagado un par de viajes; debés ser de esos que van a estudiar inglés a Londres, o algo así. No te lo digo mal, te lo digo bien. Te digo que no me importa nada, no me importa saber esas cosas, no te estoy pidiendo que me hables de vos. ¿Qué me podrías decir de vos? Una averiguación de antecedentes sería, como el policía de

la historia de Soledad que tenía esa foto y la miraba de esa manera y no sabía nada. No. Vos debés hablar varios idiomas, debés entender las películas directamente en inglés; y el que se la pasó hablando soy yo, que por ahí no entiendo nada. Pero si vos me hablaras de vos mismo, yo no te creería una palabra. Hay tipos que creen que saben, hay un montón de tipos que se creen esa. Son tipos que a mí no me hubieran dejado hablar, ¿me entendés? Por eso, a pesar de todo lo que te dije estoy contento. Pero ahora que me debería callar, no puedo. Es como si todavía no hubiera dicho lo que en realidad quería decir y no te lo puedo explicar. Me vas a tener que ayudar vos, brother, vas a tener que empezar a hablar arriba mío; me tenés que cortar de alguna manera, ¿me entendés?, porque es como que me pierdo, a esta altura, con las palabras; es como si cuando estaba a punto de decir lo que quería decir, después de todo este tiempo, cuando ya estaba a punto, me perdí. Es algo de Soledad seguramente, y algo sobre mí; espero que no sea algo sobre vos. Por favor, cortáme; pásame un poco esa birra así me tapo la boca. No puedo creer que me hayas escuchado tanto, vos tenés cara de escuchar, ¿te habían dicho alguna vez una cosa así? Tenés cara de...

No, hermano.

Nunca me habían dicho una cosa así. Esta es la primera vez.

Mirá, te estoy hablando.

A mí... siempre me hablaron de la mirada, de la forma de mirar; no sé si escucho bien. Y me cuesta tanto hablar ahora. Si al menos supiera qué es lo que quisieras escuchar, hablaría el resto de mi vida.

¿No podríamos estar un rato en silencio, tal vez? Tal vez sea lo mejor; quedarnos un rato en silencio, escuchando lo que haya que escuchar. Por ahí no son palabras solamente. Por ahí es la soledad misma que nos puede decir algo. Hagamos un poco de

silencio. Te propongo eso. Fumemos un cigarrillo tranquilos, o no hagamos nada por un rato. Después...

• • •

Soledad. ¿Escuchás?

Ese era su nombre.

Ahora que te escuché sé tantas cosas. No te podés imaginar todas las cosas que sé.

Las cosas que sabés... Hace calor, brother. Y todo está tan tranquilo... No hay ruidos. Eso es raro acá. Debe estar por pasar algo.

¿Cuándo vamos a terminar de saber? ¿Y cómo harías para creermelo, si me dejo llevar por las palabras? Yo tampoco quiero hablarte de mí. Es por ella, por todo lo que me contaste, que ahora estoy así. Tenés razón. Yo puedo ver las películas directamente en inglés. Me río de los subtítulos, cuando tratan de decir lo mismo y dicen otra cosa. Pero no me la creo. Tampoco es mi lengua materna. Por ahí las películas dicen cosas que yo entiendo mal.

No tenés que explicarme todo, si no querés. La máquina de hablar soy yo. Vos sos un tipo normal, me parece, dejálo así. Mirá qué lindo, después de hablar tanto, el silencio que hay. Es como lo que te contaba, algunas noches, en la oscuridad, cuando ella está a punto de aparecer.

- Sí, es hermoso. El silencio te trae recuerdos de otros ruidos, te hace extrañar. No te lo digo por Soledad. De eso, mejor

no hablar. Me acordé de una anécdota que me contaron hace un tiempo, de un chico con una ametralladora de juguete, que salía al balcón y le hacía ra-ta-ta-ta-tá a la gente.

- ¿Ra-ta-tá?

- Sí. Ese era el ruido.

- Ahora hay demasiado silencio, brother. Mejor ponéte a hablar. Decíme cualquier cosa. Contáme algo. Hacé así, decí “había una vez” y contáme algo. Empezá ahora.

- Ahora. Sí. Hay demasiado silencio, y yo voy a hablar, pero... Pero después quedémonos otra vez en silencio, después tratemos otra vez de escuchar, porque por ahí escuchamos algo bueno, algo bueno después de todo; por ahí escuchamos de nuevo una voz conocida, sí, te voy a hacer un chiste, una voz en nuestra lengua materna, es un chiste malo que ni siquiera yo entiendo. Ni siquiera es un chiste para vos, es uno para mí; y me tenés que perdonar. Soy malo haciendo chistes, eso es decirte algo sobre mí que es verdad. Lo demás, es todo como inventado. Porque yo sé muchas cosas, pero no todas. Sé más cosas de las que te imaginás, también porque te escuché a vos sin subtítulos. Pero algo debo haber entendido mal, o hay algo que no se puede traducir, que es parte de esta película y que queda así, al final, sin respuesta. Yo ahora sé muchas cosas pero no sé dónde está Soledad ni cómo es que puede haber desaparecido. Lo demás, ¿qué importancia puede tener? Le estamos teniendo un poco de miedo al silencio, ¿te das cuenta? Yo creo que está bien, en esta noche está bien. Es una noche de miedo. Seguramente estarán ocurriendo muchas más cosas además de las que nos puedan ocurrir a nosotros. Y ojalá sean para bien. Yo debería contarte ahora una historia, pero lo que puedo decirte no tiene demasiada importancia comparado con eso, con que Soledad no esté y no sepamos dónde puede estar. Lo digo así y me incluyo: no sabe-

mos. Lo demás no puede sorprenderte. Que yo también haya conocido a Soledad no te puede sorprender. Acá está la foto que miraba el cana, la saqué yo. Fui yo el que le dio al cana una copia, y me quedé con ésta. Es Soledad tal como la debés haber visto vos en los últimos días, con la luz prendida. Es la imagen, a la luz, de tu Ángel de la Oscuridad. No tiene forma de pájaro, tiene forma de mujer; y tampoco es tan raro que te mire a vos, fijáte, no es extraño; ahora te mira a vos, tiernamente, tristemente, te está mirando. Esto no puede sorprenderte. No me sorprende a mí y no te sorprende a vos. No. Yo no sé dónde está. Lo demás no es importante, es una historia contra este silencio que nos da miedo. Ni siquiera es muy extraño que estemos los dos acá ahora, después de todo, y yo pienso que deberíamos aprovecharlo bien. Porque cuando pase el miedo, o cuando podamos hacerle frente, así, de a dos en la noche, nos vamos a poner a escuchar el silencio juntos, a ver qué mensajes nos trae. Mientras tanto, tené la foto. Te corresponde a vos ahora, que fuiste tan generoso conmigo sin saberlo o sin entenderlo. Yo, que hablo idiomas, te puedo contar unos cuentos para que pase la noche. Puedo darte una foto de tu ángel para que te mire de nuevo; yo sé muy bien que vos la ves a ella con sólo cerrar los ojos y recordarla. También puedo contarte un par de acertijos, uno sobre un caracol que sube un muro y otro sobre cinco velos y cinco minas con ojos celestes y ojos negros, que seguramente vos podrías adivinar. No. No te sorprendería con mis historias, pero al menos servirían para que el tiempo pase. El tiempo, que es tan largo cuando no se tiene a quien se necesita, ¿no? También puedo hablarte de Laura, sí, la mina del vestido de flores de Lugano. Esa historia también es una historia del tiempo que no pasa, como esta noche que dura tanto. Laura. Al final salió de allá, de Lugano. Está en mi casa ahora, en mi lugar. ¿Y nos sorprende eso ahora? No. Yo debo haber vivido una vida que no solamente me corresponde a mí, ¿te das cuenta? Laura también miró la foto que ahora tenés vos: la miramos juntos y ella la recordaba, recordaba su nombre, Soledad, porque se lo habías dicho vos; vos le habías

hablado sobre ella. Le preguntaste si no estaba ahí con ella, y tenías razón, ¿a quién más le podríamos preguntar si está con Soledad? Esa mina conserva memorias que nosotros no tenemos, imágenes que nunca salieron a la luz. Yo no sé si esas imágenes tienen luz, yo sólo sé ahora que ella sí la tiene, ella sí tiene una luz, y vos también hablaste de eso, de que ella te señaló la brasita de un porro y te dijo de la luz. Pero ¿qué decía exactamente sobre la luz: dar luz al mundo, o dar a luz un mundo, o qué? Ahí está el asunto de la traducción, el problema que le interesa a cierta gente que te aburriría casi tanto como me aburre a mí. No quiero perderme en esas cosas. Vos le preguntaste por Soledad y yo también lo hubiera hecho; si la hubiera encontrado en Lugano con un vestido de flores bajo los trapos, le habría preguntado por Soledad. Pero la encontraste vos, y después ella vino a mí. Veinte años tiene el mundo, dijiste. Veinte años después Laura viene a mí; vos no podés imaginarte el miedo que me dio. A mí me aterrorizan las calles de noche -estas cosas que vos conocés tan bien, hermano-, me aterroriza el sonido de las latas vacías contra el cordón, las cajas de cartón y los retazos que vuelan por el Once; los perros y las esquinas, los pibes que andan calzados con el chumbo, pibes que buscan pibes como yo, ¿entendés? Yo me ubico mucho mejor en un par de páginas arrancadas de un libro viejo, en las historias terribles de gente que vive cosas y en los ojos dulces de las mujeres que antes me habían parecido tristes, sufridas, esperanzadas o banales, pero nunca peligrosas, ocultas, enormes. Lo que pasa es que nos tocó la campanita del destino, no te preocupes en entenderme, hablo pava-das, no te preocupes. Nos tocó conocer a Soledad y perderla. Y nos tocó Laura. Es así: vos tocaste a su puerta y ella tocó a la mía. Eso lo puedo entender claramente; te lo explico. Ella salió de Lugano a buscar al que buscaba a Soledad y me encontró a mí, no a vos. Parece que todos andamos sueltos buscando a alguien en la noche y a veces nos cruzamos; yo creo que es una suerte que estemos juntos en este momento y también espero con el corazón que Laurita no esté sola ahora. Laurita. ¿No te pareció

chiquita esa mujer en algún momento? A veces, cuando se inclina en la cocina a revolver una sopa, a probar con un pancito la salsa, y te lo ofrece, te sonríe y te lo ofrece, parece chiquita, sí, parece una nena que recién prueba el sabor del destino -y yo otra vez con esas cosas; vos miráme mal y decíme “basta” si hablo boludeces-; quería decir que parece una nena que recién aprende a cocinar: está nerviosa y contenta, está orgullosa y con miedo, quiere ver si te gusta, si te parece bien o no. La primera vez que le di un beso -en la mejilla- fue por eso. Parecía, ¿cómo te explicó?, parecía mi madre cuando era muy jovencita, lo que yo me imagino que fue mi madre cuando era muy jovencita: cocinando para su papá, para su hermano, o mejor, para su marido recién casado, así, enamorado, de camisa y corbata, la noche en la que cumplían un mes. Fue muy hermoso, sinceramente. Por eso te digo que esa mina es como una memoria. No solamente por eso, pero por eso también. Le di por primera vez un beso y le dije: Laurita, ¿sabés?, estoy muy contento de que estés acá y, si no te molesta, me gustaría que te quedaras todo el tiempo que quieras, o todo lo que dure esto. Laurita se emocionó. Se secó un poco las lágrimas con la manopla para agarrar cosas calientes, y a mí me sorprendió que esa mujer pudiera llorar porque es una mujer que abajo de la manopla y del delantal que se había puesto tiene otra historia, su mismo cuerpo tiene otra historia, tan distinta a la de los cuerpos que nosotros conocemos, tan diferente a la carita de Soledad -si la viste llorar, a Soledad, a tu ángel oscuro, y te acordás de cómo lloraba Laura cuando estuviste en Lugano, me vas a entender-. Ella me dijo, no sé, me dijo que sí, con una condición que no era una condición; me dijo que se podía quedar si yo seguía saliendo, si eso me ayudaba de alguna manera a no tenerle miedo a salir. Ella me dio consejos, me explicó la calle con un conocimiento que ahora no entiendo o que me cuesta entender, me habló de muchas cosas. ¿Sabés qué? Yo sé que podría haber salido ella si yo se lo pedía, o si yo no me animaba. Me hubiera bastado decirle “encontrame a Soledad”, y ella habría salido; no sé por qué estoy tan seguro de eso, pero es cierto. Hubiera salido

ella misma y sin embargo salí yo. Y cuando salí, yo también lloré, lloré por una especie de recuerdo que me vino de cuando era chico y me mandaban al colegio de los curas. Ella me había dicho “andá tranquilo, *yo estoy con vos*”. Y yo me emocioné, aunque me haya aguantado hasta estar en la calle. Me vino a la memoria, te vas a reír, pero me vino a la memoria la cara redonda de un cura que se llamaba Casimiro y que leía el Evangelio. Leía algo que hay donde todo termina, cuando Jesús les dice a los discípulos algo así, les dice: “Vayan por el mundo a llevar mi palabra, en el nombre del Padre y todo eso, y enséñenles todo lo que yo les he enseñado, y nada teman, *que yo estoy con ustedes todos los días hasta que este mundo termine*”. Sí. Soledad me cargaba y se reía porque descubrió una virgencita de Luján en el ropero, que me dio mi vieja cuando me fui de casa, para que me cuide. Mi vieja me dijo: “ponéla en algún lugar, hacélo por mí”, y bueno, las madres son las madres y los hijos son los hijos, y yo fui y puse la virgencita en el ropero, y tiempo después Soledad me cargaba. El recuerdo de aquella parte del Libro de los Libros mezclado con Laura me emocionó en la puerta y lloré, te decía. Pero el tema es que Laurita se quedó en mi casa para que yo pudiera salir a buscar a Soledad y para encontrarte a vos. Era la noche afuera, con las indicaciones de ella. Te podría decir más; sus indicaciones eran como una especie de mapa, un mapa del tesoro donde todo parecía cambiado menos las pistas. Es decir: vos pensá que esta ciudad no cambió todo lo que uno cree que cambió, y es como si de noche lo que brilla tenuemente, medio escondido, es lo mismo y está en los mismos lugares que hace veinte años, aunque ni vos ni yo podamos saberlo. ¿Habrá tenido dos mapas Laurita?, me pregunto ahora. Preguntas tontas, pero pensálo: un mapa para llegar a mí y otro para llegar a vos. Tomando una decisión a ciegas eligió el primero, y por eso yo estoy acá. Es una pavada más, pero dejáme pensar también la última: que combinando los dos mapas se llega a Soledad; eso es lo que podríamos hacer ahora. Es una esperanza ingenua, porque ya deberíamos haberla encontrado. Bueno, no tan ingenua. De algún

modo, acá están sus historias y su foto y su recuerdo. Acá estás vos y estoy yo, y estamos juntos. Pero basta ya de hablar sin sentido; te prometí contarte cosas y eso voy a hacer. Historias del tiempo mientras la noche pasa, eso dije, traducciones sin subtítular. Había una vez un muro, o varios muros afuera de Lugano, me contó Laura. Para contármelo agarró un mazo de cartas, las puso en la mesa, y las empezó a parar para mostrarme los muros, porque yo no me los podía imaginar. Era mucho más difícil que imaginarse tus playas peronistas. Les ponía nombres a los muros, y con miguitas de pan hacía hombrecitos y mujercitas atrás de los muros o arriba de castillos de cartas. Yo corrí la mesa del comedor y nos tiramos al piso, y trasladamos el escenario de los acontecimientos a todo el piso, todo lleno de castillos de naipes y miguitas de pan, mientras yo le escribía papelititos con los nombres para no olvidarme de ninguno porque eran muchos, y el teléfono no dejaba de sonar. Me estaba volviendo loco ese aparato. Le pedí que grabara el mensaje ella, con su voz de princesa, así se dejaban de joder con los llamados. Después me gustó esa historia del contestador, pero no tiene mucho que ver que te la cuente ahora. Yo le hice entonces una figurita muy especial, no de miga de pan sino del papel metalizado de cigarrillos; una especie de bailarina que le encantó. Se quedó mirándola un rato largo, le levantó los brazos como un cisne, hacia atrás y hacia arriba, y también le levantó una pierna, con la otra en punta de pie. Me dijo: “ésta soy yo”, y yo le contesté que ya sabía. Hay una estatua igual en la plaza de Tribunales, me inspiré en ella, le dije. Era mentira; en lugar de un tío ferroviario yo tuve uno que se ponía en pedo en Navidad y en Año Nuevo y, con la excusa de hacernos muñequitos de alambre y de papel metalizado a los chicos, se tomaba toda la sidra. Mi vieja tiene una foto por ahí donde estamos mis primos y yo, con una hilera enorme de muñequitos en el piso y con la cara colorada de mi tío que se ríe totalmente borracho. Yo aparezco muy gordito y con unos zapatos “Guillermína” blancos, por eso la guardó. Pero bueno, Laura me dijo “ésta soy yo” y se puso en posición. Entonces empezamos el enfrentamien-

to armado. Te puedo asegurar que yo tenía de nuevo diez años, que estaba delirando de emoción, y que ella peleaba muy bien. Pero mirá: yo me pasé cinco años jugando al T.E.G. todas las noches, aunque ahora sospecho que fue ella la que me dejó ganar para mostrarme algo. Era un asunto bastante delicado el combate al principio, totalmente indefinido, y podría haber pasado cualquier cosa. Pero en un momento dado la bailarina se paró en una terraza, con los brazos de cisne a punto de volar y la pierna levantada al cielo, y yo quedé en una posición de tiro ideal. Ahora imagináte eso: la tengo en la mira, el sol se va poniendo, porque también hacíamos todo el imaginario visual, le pega el sol rojo en la espalda, el viento se detiene, todo se detiene, incluso los ruidos se detienen, y no sonaba ni un fusil, ni una pistola de gas, ni el contestador automático ni el motor de la heladera. Yo levanto la cabeza y la veo a Laura que abre ella misma sus brazos y me dice: “yo conozco esa estatua de Tribunales, la chica está así con los brazos abiertos y la pierna levantada, y vos la sostenés desde el piso, arrodillado”. Entonces voy porque me llamaba, y la sostengo en mis brazos desde el piso, una rodilla en tierra y una planta del pie, mis manos en su cintura, sus brazos de cisne y su pierna al cielo raso. Varios muros de naipes se derrumban con estruendo y otros resisten todavía. Y en ese preciso momento se escucha el ra-ta-tá de las ametralladoras, el estruendo, como un millón de aplausos entrecortados que después se cierran y estallan al mismo tiempo desde todos los rincones; Laura que baja sus brazos y su pierna y me abraza muy fuerte, me cruza sus brazos por el cuello y por la espalda, apoya su cabeza en mi hombro, temblando, y hace fuerza, y yo la sostengo y la cuido, estás conmigo, Laura, nada puede pasarte, y Laura se queda inmóvil, y los dos nos quedamos inmóviles un rato largo, un rato eterno. Después hace que la suelte, que la deposite en el suelo, en un lugar exacto del terreno devastado. Y yo empiezo a recoger miguitas. Ella me dice entonces, una de esas miguitas, me dice, uno de esos restos de pan es el cuerpo de un hombre que amé mucho; tratálos con respeto. Y yo le pregunto cuál de todos, pero ella no sabe. Los

papelitos que le había preparado a cada uno se mezclaron con el viento del vuelo del cisne, el último vuelo del cisne. Las miguitas ya no tienen rostro, y yo las junto todas; tengo un gran cementerio anónimo de nombres mezclados y miguitas de pan en la mano abierta. Ella las mira con los ojos muy abiertos, como si viera algo conocido, como cuando miramos lo que vemos en los sueños. Las mira soportando un gran amor que le vuelve del pasado, por eso te digo que esa mina es como una memoria, y no sólo por eso. Ahora está como te decía, soportando un gran amor, el cuerpo de un hombre que amó mucho y que es como la suma y la división de todas las miguitas de pan y papelitos con nombres que yo tengo en la mano y que están destinados al tacho. Te lo digo así y me lleno un poco de horror, porque yo las hubiera guardado, las hubiera puesto en una cajita, o en una panera que me dio mi vieja y que yo no uso nunca. Se lo ofrecí y me dijo que no. Entonces le pedí que esperáramos el día, que fuéramos a una plaza y se las diéramos a las palomas. Me puse como eufórico, no sé si logro explicarme, le dije un montón de cosas, le dije que las iba a repartir entre los viejitos que juegan a las bochas en una plaza que conozco a la que iba mi abuelo a veces, cuando venía a Buenos Aires, para que entre todos se las diéramos a las palomas, pero no. Sembremos nuestra tierra con ellas, Laurita, enterrémoslas en mis dos macetas, vos ya las conocés, Marilyn y Ariadna -mis potus-, pero no. Entonces me las como, le dije, y ella me dijo: tirálas al tacho y vení conmigo y abrazame de nuevo, que no podés entender nada de lo que estás diciendo y el juego todavía no terminó. Y yo me fui muy despacio a la cocina y levanté la tapa del tacho y tiré las miguitas y los papelitos al asco. Al fin y al cabo era un juego inocente, aunque yo creo ahora que la inocencia se me cayó adentro de la basura y me sentí, digamos, como Hansel en el cuento; no sé si te contaron “Hansel y Gretel”, cuando él va por el bosque con su hermanita de la mano tirando miguitas de pan para tener un camino de regreso, y que finalmente se las comen los pájaros porque la naturaleza es sabia, o por lo que sea, porque yo nunca entendí bien esos cuentos

infantiles tan crueles. Laura también estaba un poco infantil cuando volví al comedor, sí, estaba cantando una cancioncita infantil con una letra que no me puedo acordar, pero que iba con palmas; pla-pla-pla, o ra-ta-tá, creo que decía, ya ves, otra vez el ra-ta-tá, ése debe ser un sonido destinado a encontrarse conmigo en los lugares más inverosímiles. Laura tiene una voz muy hermosa y sus canciones, cuando quiere cantar, son la música más bella. La abracé despacito esta vez, cuando volví, porque ella estaba frágil, y entonces me contó la historia. Me dijo que no todos los cuerpos fueron hacia el mismo lugar, que ya veía yo, ella aún estaba ahí, la bailarina solitaria cuando el sol se había puesto. Y había otro cuerpo, muy chiquito, que no estaba allí ahora y que yo tampoco me había llevado, porque una vez más, ¿qué podía ser para mí, que tan hermoso discurso había hecho sobre las palomas, los viejos y la tierra, qué podía ser una miguita que apenas era una semilla, como un pedacito de salvado de trigo casi invisible, y cuya voz solamente ella escuchaba? Me dijo: “no es tu responsabilidad, vos no sabías si estabas buscando algo en especial, sólo estabas maravillosamente conmovido, porque el amor, el juego y la comprensión, son emociones muy fuertes. Las pérdidas también lo son”. Y yo pensé en ese momento en mi inocencia, y le pregunté quién era. Y ella me dijo: “Era mi hijo”. Entonces busqué el escobillón y junté todo, y ella me dejó a solas; me pidió si podía preparar un té, uno para mí y otro para ella, y yo le contesté que sí, que la casa era toda suya, pero que no abriera las ventanas, que no hiciera corriente de aire para que no se volara nada; y estuve mucho tiempo allí, buscando entre el polvo, los naipes derribados, las pelusas, las miguitas que sobraban - todas raras pero ninguna especial, porque no sabía bien cómo era la buscaba-. Un pedacito de salvado. Me quedé así mucho tiempo y de alguna manera todavía lo estoy haciendo, yo y mi escobillón y Laura que me mira con un té perfecto, muy dulce y muy suave, y esa voz cantando canciones que son la música más bella. Le dije: “no sé cómo es”. Me dijo: “se parece tanto a vos. Si tuviera alguna vez otro hijo, tendría que ser como vos, que sos

como el sueño de cualquier madre”. “Me hacés poner colorado; eso creo que es un chiste”. “Vení a tomar tu tecito”, me dijo y yo me levanté y le di un segundo beso, me senté encima de sus piernas, y me quedé abrazado como un pichón, y mirá que Laura no es tan grandota pero yo era igual un pichoncito. Así fueron las cosas, todas como un juego. Laura volvió a ver a su hijo, muchos años después, como veinte años después, antes de conocerme a mí. Lo volvió a ver una noche cualquiera en Lugano, y por supuesto, él no la reconoció. Ese era su hijo para ella, pero ésa no era su madre para él. Así debe haber sido, así deberá ser, no lo sé. En muchos sentidos, con Laurita somos *un hijo para ella, una madre para mí*, aunque yo sé muy bien quién es mi madre. Su hijo le habló, aquella noche en Lugano, de Soledad, una chica hermosa, la más hermosa del mundo -eso lo sé muy bien-, una chica desaparecida. Y le preguntó si estaba con ella. No, por supuesto que no estaba. Soledad no está, eso es lo único que sabemos vos y yo y lo único que verdaderamente importa. Me parece descubrirlo ahora que finalmente encontré al otro que buscaba a Soledad. A vos te buscó Laura desde siempre y también yo, con un escobillón en el piso de mi comedor. Pero traté de ser suave y decirte todo esto de la mejor manera que pude. Son secretos de Laura, secretos míos y secretos de la Historia, para decirlo de alguna manera. Pero los secretos también están en la película, si es que no entendí mal, y si ahora la puedo traducir bien a nuestra lengua materna, sin cometer muchos errores. Espero haberlo hecho así. No sé muy bien qué más decir en este momento, excepto estar acá con vos, de a dos en la noche que -mirá cómo no me equivocaba- es peligrosa y está llena de miedo. Si te sirve de algo, te voy a decir otra cosa, aunque creo que me sirve mucho más a mí que a vos -no creas que esta noche me resulta fácil- y lo que te digo es que Laura es, por ahora, mucho más *para mí* que para vos; igual que, si no escuché mal, igual que Soledad fue mucho más *para vos* de lo que pudo haber sido conmigo. Soledad es para mí el amor hecho acertijo, mucho amor y mucho acertijo; y Laura es como una madre de leyenda para vos demasiado leyenda.

da, demasiado vieja y demasiado nueva, supongo; recién contada y poco creíble. Los dos tuvimos a las dos, dejáme que te explique lo que siento. Soledad en tu calle, en tu cuarto, en tus historias, en tus días y en tus noches. Soledad conmigo también, sinceramente, creo, aunque *menos*, y finalmente, en un libro sin páginas del que no te hablé, y en una foto. Laura en mi casa, en mi comedor, en mi cocina; con sus historias para mí, sus brazos, sus juegos y sus palabras. Pero con vos también, dos veces deslizado vos por ese cuerpo, para afuera y para adentro, pero no sé, no sé si lo de una madre puede ser “menos”. Creo que me estoy equivocando. No debo comprender para nada a las madres, y tampoco debo comprender el amor de una mujer, el amor de Soledad. ¿Se podrán compartir esos amores, digo; compartir entre los dos el amor de una madre y el amor de una mujer? Mirá, por Dios, lo que me termino preguntando. Quisiera hacértelo todo más fácil, y mirá lo que me termino preguntando. No tengo perdón. La foto es tuya, hermano, y Laurita también. Ya te podés olvidar todo esto. Ojalá. Yo podría mentirle a Laura; ya no sé qué hacer. Ojalá encuentres a Soledad. Pensá que lo que te conté es todo mentira. Laura está loca y cree que todos son sus hijos. En realidad, vos la conociste primero y me lo dijiste: esa mina puede estar completamente loca, y lo único que hizo fue darte ganas de morir. Son todas historias que me acabo de inventar para joderle, porque no soporto los celos que me comí por lo tuyo con Soledad. Me quiero morir yo, es lo único que faltaba en esta noche, que sea yo el que se quiere morir. Perdonáme. Por qué. Por qué no me matás de un navajazo: vos sos un pibe de la noche, hermano; metéme una sevellana en el corazón y terminá con este loco. Nadie sabe dónde estoy, nadie te conoce y nadie me vio con vos. Y además son todas mentiras, créeme. Dale saludos a Soledad; no, yo la quise mucho pero está bien; esperá un poco, no me dejes morir llorando, matáme como a un puto cisne, cortáme el cuello, y dejále una miguita de pan en la puerta a Laura que ella va a entender; y perdonáme, por favor, perdonáme por favor, no tengo derecho a escuchar más cosas ni a abrir la boca, perdonáme vos, es

todo lo que pido, no me dejes morir llorando así, pero perdonáme y matáme cuando me la aguante...

• • •

- Me extraña, brother.

Anduviste bastante por acá y no aprendiste nada. Escuchá el silencio que hay. Y no pasa nada, y estamos a salvo. Digo, ¿qué más puede importar? Historias más, historias menos, cervezas más, cervezas menos, todavía estamos acá, y no pasa nada. Vamos, no tiembles más, vení.

Vamos. Sos un exagerado. Me gusta cómo contás historias, vos. Usás palabras muy locas. Es verdad. De alguna manera sos como ella, como Laura. Llorás. Tomá. Ultima Budweiser. Después te mato. No tengo “navaja”, me vas a tener que perdonar. Por ahí hay una botella, ¿te viene bien? También hay películas, y habrá libros, donde se mata con botellas. La rompo y te “secciono” el cuello, ¿así dirías vos? No, además dirías “botella” y “cuello”, con “elle”. Ah, ya sé, ahora entiendo, te mato y me quedo con Soledad. Ella aparece al final de la película, yo vi alguna así, creo. Ella aparece de espaldas, para que te quedes con las ganas de verla. Pero vos tenés que decir una frasecita bien copada antes de morir. ¿Cómo era ésa? “Muero contento, hemos batido al enemigo”. La del Sargento Cabral. Era barbudo. Yo lo tenía en una figurita. Lo sacaban del campo de batalla con un agujero en el pecho. “Avanza el enemigo, a paso redoblado”. Todas las historias parecen iguales. Hasta vos y yo parecemos iguales esta noche, ¿te diste cuenta? Decís cosas... terribles, y te ponés a llorar, y querés que te mate. Está bien. De algo hay que morir, como decía mi amigo Adrián antes de tirarse del trampolín del club. Era un boludo ese Adrián. Se quebró la gamba en tres partes por hacerse el banana con unas minitas en la bici. Teníamos doce años, y él hacía coleadas con la bicicleta poniendo la pata en la rueda de atrás. Patinó y se ligó tres meses en cama con un yeso hasta el ombligo: para cagar lo levantaban

entre la madre, el padre y los dos hermanos. ¿Y sabés qué nos pedía para entretenerse? Soldaditos de plástico. Nosotros se los poníamos en fila, y él agarraba desde la cama un bolón -el bolón de las bolitas- y se cagaba de risa tirando todos los soldaditos a la mierda. Era un genio, Adrián. Por eso; todas las historias parecen la misma esta noche, ¿te das cuenta? Esta vida da para todo. Ponéte bien. Preparáte. Dentro de un rato vamos a descubrir que nosotros dos estamos casados y Soledad es nuestra hija, la nieta de Laura. Perdonáme. No quiero hacer chistes malos. No pienso mal de vos. Podés ser un hijo de puta, pero a mí cualquiera me podría decir lo mismo. No, no. No lo digo por vos, ni por lo que me contaste, ni por Laura, ni por nada. Lo digo por la vida, hermano. Algo muy jodido tiene que haber pasado para que todo esté así, ¿me entendés? Que vos estés acá, que yo te haya contado todo lo de Soledad y que después vos me digas lo que me decís. Sí. A mí solo me pasa esto. Bueno, no; a vos también. A todo el mundo. Me tengo que sentar. Creo que no puedo seguir hablando. Por Dios.

El silencio asustaba a Soledad. Eso había imaginado el profesor en otro tiempo. Amar a alguien, para ella, no podía hacerse en silencio. El silencio era una ausencia. Pero luego, el silencio para él se convirtió en una maravilla. El silencio convocó su nombre, su figura, su recuerdo. Convocó su ausencia -justamente la de ella- como cuando en una mesa de pronto se callan todos porque pasó un angelito. De las siete maravillas del mundo, el silencio es la única a la que se puede acceder. Las demás también han callado, pero ya nadie piensa en ellas. Y de todas, la más amada, la más buscada, la más perdida, se asustaba de sí misma.

Pasó un ángel. En un rincón de la ciudad, dos chicos quedan en silencio. En otro lugar, en un departamento de Palermo, dos mujeres hacen lo mismo, callan y se recuestan. Pasó un án-

gel. Debe ser el momento en que la ciudad entera está por decir algo; el mundo. Como el primer llanto, el primer aliento. El mundo entero, cabeza abajo y agarrado por los pies, cubierto de sebo, con un cordón de sangre en el ombligo, deforme, morado por el esfuerzo, espantoso y pequeñito, espera un golpe para dar su grito. Es el momento de los ángeles. Dios, dice uno de ellos, es el partero del mundo, y el soplo de su espíritu es un golpe. El pibe sube al trampolín, dice el otro, en el club de los recuerdos y de la muerte. Ella, la mayor, dice cosas sin sentido, porque la lengua materna es como un ritmo, bla-bla-blá o ra-ta-tá. Y la menor piensa un insulto pero dice una dulzura, dice una tontería, dice el amor es lindo. La ciudad entera calla. Y pasa un ángel.

CINCO

Al menos ellos no estuvieron solos cuando llegó el momento. Estaban uno con otro, una con otra, para sostenerse en lo que viniera. El tiempo no pasaba para Laura del mismo modo hasta que volvió a ver a su hijo. A partir de entonces el tiempo pasó como una serie de contracciones, una por día, de la espalda al centro de su vientre. Después se desvaneció un poco cuando le vino la última, cuando tomó del mismo té que le preparó a Lorena en el departamento. Lorena se recostó en el sillón ancho y trató de levantar la cabeza para controlar el mareo, y chupó un resto de sal de la palma de la mano mojada de lágrimas. Su amigo el bambi temblaba como un ciervito perdido que está en la mira del cazador, que levanta el hocico y olfatea el peligro, pero que no ve nada porque tiene una infección en los ojos. El ciervito metió la boca en un panal lleno de abejas y ahora no sabe para dónde salir corriendo. Y el chico que está a su lado no puede mantenerse en pie. Piensa por primera vez en el sentido de todo lo que dijo, y cree que por fin el silencio le está diciendo algo. Le plantea una pregunta, le sugiere la posibilidad de que lo mejor, realmente, sea que quede solamente uno al final de la batalla; que haya un solo sobreviviente para recoger el botín de

una guerra del pasado de la que no tiene memoria, en la que él mismo batía palmas como el Sargento batía al enemigo, porque si escuchó bien y es cierto lo que le dijeron, lleva en la sangre bastante más violencia de la que jamás hubiera imaginado, y una muerte en sus manos no le dejaría tal vez ningún remordimiento; piensa también que todas las cosas pueden olvidarse o callarse, y el silencio le sugiere que piense que hubo un solo camino para que esta historia fuera posible y es haber perdido a Soledad, es el camino de una nueva desaparición lo que devolvió al mundo lo que antes había desaparecido y entonces, si él borrara del mundo lo que el mundo le devuelve, encontraría en el mundo lo que el mundo le ha quitado, esto es Soledad, que volvería a aparecer en un rincón del Once para mostrarle la marca en la cara de un pasado que ahora se le ocurre muchísimo más posible que todos esos pasados que este pibe le ha traído y que no tienen marcas, excepto el estremecimiento y el miedo repentino que le dio cuando le hablaron de ametralladoras de juguete que hacen ra-ta-tá y que de todas maneras son de mentira y no existen. Levanta la vista y mira entonces los ojos del chico que no puede detener un llanto que ni siquiera le pertenece y se pregunta cómo puede ser que después de todo le esté robando junto con su película también el llanto que debería tener él. Y un sentimiento terrible de odio le sube desde las manos, desde la punta de las uñas hacia el centro del cuerpo, y busca a tientas la botella vacía de la que habló hace tan sólo un momento; a tientas porque no puede quitarle los ojos de encima al pibe con cara de cana que está llorando y temblando tan cerca. Encuentra la botella y la agarra por el cuello y le dan unas ganas increíbles de gritarle a ése que los hombres no lloran y que se deje de joder con tanta lagrimita, algo que le habían dicho mucho a él como a todo el mundo, los hombres no lloran, pero que era un poco mentira si se lo mira bien porque algo parecido le está pasando a él mismo ahora, cuando la debilidad de las piernas se le está yendo y podría pararse si quisiera y partirle la botella en la cabeza; la angustia se le junta en la garganta y aunque no pueda creerlo le sube también a los

ojos y le cae por las mejillas en la noche como un llanto que ahora parece que está en todas partes, que vino a él para contradecir lo que debería ser el final de todas las historias y esto es la muerte. No hay muerte posible porque su memoria es terrible; él puede acordarse de cada cabecita de cancha de fútbol en la Plaza de Mayo que dibujó en la escuela, y cómo haría entonces para olvidarse de la cara y de los gestos de este flaco que también es una memoria y que lo escuchaba hablar de Soledad y no decía nada si ahora, en una fracción de segundo, puede saber que lo va a tener siempre, como tiene en su cabeza la cara perfecta de su chica y en sus manos el contacto de la tela de flores del vestido de su madre de leyenda que contradice todos los recuerdos o los cambia de lugar; y si Soledad apareciera no podría superponer falsamente esa vida a esta muerte porque aunque mienta él sabe que sería una mentira, él tiene memoria. Pero a pesar de todo la venganza debería ser dulce, una desaparición a cambio de otra, borrar a este pibe y sus historias a cambio de lo que a él le han hecho, y entonces sí, levanta sí la botella vacía y la hace estallar contra el piso, sí, y el chico de los temblores también levanta una última vez su vista con una mirada que se explica a sí misma el sentimiento de justicia que le viene desde el fondo de su horror. La botella estalla en el suelo y quedan sus fragmentos filosos en la mano del chico de Soledad, el pibe que a los ojos del que lo mira es la justa imagen de la semilla de salvado transplantada, crecida de noche y dulcificada alguna vez por la historia de una nena de tres años marcada por su padre pero ahora está bien, ahora es real, ahora es en sí misma el resultado del tacho de basura imposible, del cementerio incompleto que tuvo alguna vez en sus manos, y sólo piensa entonces con alivio que esto lo exime de mentirle a Laura, lo exime de completar él, que no es quién para eso, la Historia. ¿La astróloga que lo besó habrá alcanzado a ver este final? No alcanza a creer lo que piensa en este instante, que aquello fue como una despedida antes de que el mundo se le cambie, antes de que saliera a la calle a la que con tanta justicia le tenía miedo, pero qué bien, qué destino, qué maravilla, porque

él sí puede decir “Yo soy el que soy” y el otro no; él sí puede decir: hermano, te vas a acordar siempre de todo y vas a andar por ahí entre la mierda de no conocer ni siquiera tu nombre porque me lo llevo yo, ¡matáme! Y al mirar entre los dos los fragmentos brillantes de una botella de cerveza que por pura casualidad conserva la etiqueta de su marca intacta, grita, los dos gritan y rompen el silencio, y gritan; la botella estaba vacía, ellos gritan; el resto de la botella cae de la mano de uno que grita y el otro también grita y se levanta de golpe con un salto de ciervito que alcanza a ver el pozo de la trampa y salta, y le hace un tackle y lo derriba, y se pelean todo lo que pueden pelearse, sin pegarse golpes en la cara, como pelean los hermanos, que se pegan muy fuerte pero sin lastimarse, para ver cuánto aguantan no sólo los golpes del otro sino la angustia misma y la euforia de estar pegándose trompadas, cabezazos, empujones, abrazos y parálisis, hasta caer exhaustos y sin saber quién cobró la última, y sin saber cuál es de los dos el que le pregunta al otro si no se cortó con los vidrios rotos que hay por todo el piso, y cómo se les ocurre pelearse ahí.

En el otro extremo de la ciudad no hay golpes ni peleas. Solamente hay algún ruido, o alguna corriente fresca que despierta, casi al mismo tiempo, a las mujeres del sopor, pero que no saben qué es. Lorena se levanta y da unos pocos pasos hasta el baño donde se mira en el espejo y piensa en lo que pensará cierta gente de esa noche ausente, y de esas ojeras, y se sonríe un poco porque es como una confirmación; siempre van a pensar lo mismo de nosotras, se contesta, y se moja la frente y hace un esfuerzo por saber en realidad qué es lo que debería pensar ahora, y no lo sabe. Laura pasa junto a la puerta despacio y se mete un instante en la pieza que está al lado, y después se encuentran las dos en el comedor. Laura apoya un bolso en una silla y un abrigo viejo, que pareciera estar hecho de retazos cosidos, unos más viejos que otros, que brillan un poco pero que no tienen ningún color.

- Me quedé dormida o desmayada -le dice Lorena-, y me extraña que mi hermano no haya venido, aunque por ahí tocó el timbre y no lo oímos. Pero no voy a llamar por teléfono. Si se hubieran preocupado ya estarían acá con la policía; deben estar

todos durmiendo y lo que va a pasar mañana es lo de siempre, ya me imagino, aunque va a ser gracioso para mí esta vez. ¿Te vas?

- Sí, voy a salir, no te preocupes.

- ¿No vas a esperar?

- Sí, voy a esperar, voy a esperar afuera, voy a ver si encuentro algo.

- Pero...

- No tengas miedo, Lorena, el profe llega a veces muy tarde, a veces viene a la mañana; yo no estoy preocupada, es una noche más. Mañana lo llamás y seguro lo encontrás; cuando sale tanto tiempo después se queda. Pero vos ya viniste, ya estuviste acá, y ahora me dieron ganas de salir un rato a mí, de mirar un poco la calle, para ver si hay algo que ver. Vos tenés que dormir o se te van a perder los ojitos en las ojeras. Me parece que no me creés. ¿Sabés qué? Te acepto la invitación que me hiciste a cenar, cuando estemos todos juntos; cuando vuelva el bambi y vos tengas tiempo, nos hacés una comida. Ahora tenés que dormir y yo tengo que caminar un poco. ¿Te quedás acá?

- No, me voy a casa, pero no sé cómo, no me quiero tomar un taxi.

- Bueno, yo te explico, no te preocupes. Pero me gustaría que tu profe se quedara tranquilo si llega antes que yo.

- Déjale un mensaje.

- Bueno, te iba a pedir que le dejes uno vos, así sabe que viniste. Si sabe que viniste, seguro que te llama.

- Déjémosle uno, entonces. Le grabamos uno en el contestador, va a ser gracioso, llega y nos escucha a las dos. Me gustaría verle la cara. Le cantamos una cancioncita, con estas voces de madrugada; debemos tener voces de cabaret, pero va a ser lindo.

- Grabá una risa como esa, también. A veces vuelve un poco triste.

- No me digas...

- No, mentira. Lo que pasa es que me parece graciosa.

- Bueno.

- Linda risita. Me hace bien.

- Laura... Nada.

- Nada.

- Vení, sentáte acá, yo pongo el aparato. ¿Qué le cantamos?

- Lo que vos quieras, linda. Me sé casi todas. Las de la radio y las que tiene él acá.

- Bueno. Hagamos varias, las que se nos vayan ocurriendo; las cortamos o las enganchamos, total tiene un cassette de media hora, podemos cantar un rato. ¿Ensayamos?

- No, empezá vos y yo te voy haciendo voces y después vos a mí; así nomás, como salga.

- Dale. Te doy un tono. Nnnnn.

- Nnnnnnn. Perfecto.

- Linda voz, Laura.

- Igualmente, Lorena.

- Bueno, ahí voy: *Hola, ojitos de bambi, te habla Lorena. Tengo una pequeña sorpresa para vos, así que sentáte muy tranquilo y poné tu cabecita en blanco y tu corazoncito en rojo; respirá hondo, destapáte los oídos y escuchá muy atentamente. No te podés mover hasta que esto termine del todo, y no seas tramposo. Mirá que yo me entero de todas las cosas, así que... atención. Silencio. Esto es para vos, amorcito, de tus chicas que te quieren y te extrañan y que son las más lindas del mundo...*

Lorena y Laura cantaron muchas canciones, improvisaron ritmos haciendo palmas, golpeando biromes, golpeando vasitos y tarros, moviendo un salero, una caja de fósforos, chocando los tacos de los zapatos, inventando ruidos con la boca, bailando, mirando las luces del contestador, mirándose a los ojos para cantar un dúo suave, cerrando los ojos y sintiendo las voces que se mezclaban y soñando que así era la música más bella que jamás cantaron. Lorena la despidió en la puerta de la calle, después de que Laura le explicara el camino más seguro para volver a su casa, y cuando Lorena le dio un abrazo fuerte sintió el olor de esos trapos cosidos a mano que Laura se había puesto y pensó que así entendía un poco más esa vida, y con esa excusa en la cabeza dejó asomar un llanto que tenía que ver mucho más con la despedida que con la comprensión. Lo mismo en la otra punta de la ciudad, donde los chicos vieron que la noche no tardaría demasiado en dejarlos mientras uno se chupaba la sangre de un corte en el brazo y el otro en la rodilla, y se dieron una mano en un momento, cruzando los pulgares, te veo, brother, se dijeron, seguro, te veo. Tomá la foto, quedátela vos. Es muy linda. Claro, bueno, ya sabemos, ¿no querés venir?; no, no puedo ahora, pero nos vemos, man, y hablamos un rato, a ver qué pasó, y además te quería decir, no sé qué es lo que vas a hacer, no sé lo que vas a decir, yo tendría que pensar. Lo que vos quieras, pero no me lo tenés que decir ahora, podemos esperar todavía, podemos pensar un poco y ver qué pasa. Sí, le dice el del corte en el brazo, vamos a ver qué pasa, pero ahora que sé que vos a veces pensás las mismas cosas que yo -lo digo por ella-, ahora que sé que vos también la recordás, te quiero contar algo lindo para que vos también lo pienses, algo que me ayuda cuando me pongo mal, y es pensar que Soledad está muy bien, está feliz -la veo así, feliz- en una esquina cualquiera de la ciudad, al sol, apoyada en la pared con las manos en la espalda y mirando para arriba, y riéndose, con esa risa muy suya pero sin nada de la tristeza que a veces tenía, riéndose por fin, pensando por ahí que nos tiene a nosotros y poniéndose feliz por eso, porque no la olvidamos, y

entonces, dondequiera que esté, al sol en una esquina y mirando para arriba, se ríe y se ríe, y eso me pone bien.

La imagen de Laura se había perdido en la sombra de una esquina, y con esas ropas no podía llamar la atención de nadie. Lorena tomó el primer colectivo rápido, que apareció bien pronto, y se puso los walkman mientras el amanecer le pasaba un video-clip por la ventanilla. El motorcito del scooter se mezcló con los demás motores al doblar por una avenida, cuando el pibe se subió el cierre de la campera y cerró el bolsillo para que no se le volara la foto que había guardado. Y el profesor abrió la puerta de su departamento vacío preparado para improvisar una mentira y meterse rápido en la cama, pero supo de inmediato que allí no había nadie, y al ver la luz titilante del contestador comprendió que alguien por fin había saltado el muro y entonces se sentó en el sillón, infinitamente triste por tanta pérdida. Pero escuchó esas voces y su corazón se volvió rojo y su mente blanca; en la pared había rayos de sol cruzados por las persianas y en el contestador sonaba la música más bella.

FIN

Ignacio Apolo

Buenos Aires, diciembre de 1994.

VOCES DEL PLATA

El treinta de junio de 1994, mientras Maradona abandona la selección nacional de fútbol a causa de la efedrina detectada en su orina, Soledad desaparece. En el país de los desaparecidos, la morbosa evanescencia de los cuerpos conforma una barbarie fechada: antes del 76, después del 83. Y todo lo que sucedió ante esas dos terribles orillas, en la velada memoria de los muy jóvenes protagonistas de *Memoria falsa*, adquiere la dimensión de un drama ajeno, distante, oscuro. El mundo, dicen, tiene apenas veinte años.

El lugar de la epopeya sórdida o heroica, mítica o histórica, de los años '70, es ocupado por un presente que se enfrenta con ese pasado con dolida frivolidad. El puente que los conecta, separándolos casi definitivamente, tiene la consistencia de memoria falsa. Para tornarla verdadera, es necesario que esta novela devuelva a la sociedad argentina la posibilidad de construir historias que contengan la suma de nuestra experiencia.

El Premio Proyección 1995, otorgado a este joven y talentoso escritor por un jurado compuesto por Isidoro Blaisten, Angélica Gorodischer, Silvia Plager, Ernesto Schóo y Roberto Jahni, apunta en esta dirección.

ISBN 950-08-1680-6



9 789500 816809 >

Código 17625